

ARIEL ARANGO

LAS MALAS PALABRAS
Virtudes de la obscenidad

1ª edición – 2000

I. Las malas palabras

*Porque a pesar de todo cuanto se haga y diga,
nuestras semejanzas con el salvaje son todavía
mucho más numerosas que nuestras diferencias...*

SIR JAMES G. FRAZER
(La rama dorada, Cap. XXIII, 1922)

I

Nos sentimos sorprendidos cuando descubrimos que los pueblos primitivos tienen prohibido pronunciar ciertas palabras. Son las llamadas palabras tabú. *Tabú* es una palabra de origen polinesio. Tiene dos sentidos opuestos: sagrado o consagrado; e inquietante, peligroso, prohibido o impuro. Es todo lo que habitualmente nos despierta “un temor sagrado”.¹ El antropólogo Sir James Frazer (1854-1941) enseña en su obra magna, *The Golden Bough* (1922), que:

Incapaz de diferenciar entre palabras y objetos, el salvaje imagina por lo general que el eslabón entre un nombre y el sujeto u objeto denominado no es una mera asociación arbitraria e ideológica sino un verdadero y sustancial vínculo...

Los nombres personales; los nombres de parientes, especialmente los de las personas más íntimamente relacionadas por la sangre como esposos, suegros, suegras, yernos, nueras, cuñados; los nombres de los muertos; de reyes y otras personas sagradas, y los nombres de los dioses caen bajo la interdicción de este singular tabú. No existe comunidad primitiva donde no impere alguna de estas prohibiciones. Desde Siberia a la India meridional; desde los mongoles de Tartaria a los tuaregs del Sahara; desde el Japón al África oriental; en las Filipinas, en las islas de Nicobar, de Borneo, de Madagascar y Tasmania, y en las múltiples tribus del continente americano desde el Atlántico al Pacífico. La violación del tabú constituye un acto de impiedad que origina severas consecuencias. Perturba y conmueve profundamente el alma del primitivo. Las sanciones van desde la pena de calabozo, como en Siam, hasta la pena de muerte entre los guajiros de Colombia o en Madagascar donde se juzga a los culpables por felonía, un crimen capital. En tiempos antiguos en

¹ Sigmund Freud “Tótem y tabú”

Tahití seguían el camino del patíbulo no sólo el temerario que pronunciaba la palabra prohibida sino toda su familia... Incluso en la civilizada Grecia antigua estaba prohibido pronunciar el nombre de los sacerdotes que intervenían en los misterios eleusinos en honor de la diosa Démeter, divinidad de la vegetación y la tierra. Luciano (c. 130-c. 200), escritor satírico griego, relata cómo observó arrastrar ante el tribunal policiaco a un impúdico que había osado nombrar a tales augustos personajes. Los antiguos romanos tampoco estaban exentos del tabú. Como compartían también la creencia en la virtud mágica de los nombres, el de la deidad protectora de Roma se conservaba en profundo secreto.

Indudablemente, frente a la concepción materialista que los salvajes tienen de la naturaleza de las palabras, experimentamos una indefinida pero segura sensación de superioridad. Sabemos que las palabras son sólo el nombre de las cosas. Admitimos que se prohíba realizar ciertas acciones, pero... ¡nombrarlas! Es como si durante el imperio de la famosa "ley seca" en los Estados Unidos se hubiera prohibido no sólo vender whisky sino también leer en voz alta el marbete de las botellas. Sentimos asombro pero también paternal comprensión por estas curiosas peculiaridades de la mente primitiva, porque como hombres civilizados distinguimos certeramente entre la realidad y las palabras... ¿O no?

II

Vi baccio mille volte. La mia anima baccia la vostra, mio cazzo, mio cuore sono innamorati di voi. Baccio el vostro gentil culo e tutta la vostra persona.

La cita corresponde a una carta amorosa de diciembre de 1745 (Lettres d'amour de Voltaire à sa nièce, París, 1957), escrita en italiano por Voltaire (1694-1778), el filósofo francés. Traducida al castellano significa:

Te beso mil veces. Mi alma besa la tuya, mi pija, mi corazón están enamorados de vos. Beso tu lindo culo y toda tu persona.

Sin duda la carta nos sorprende. Por supuesto que es natural y propio de una gran tradición expresar la pasión amorosa epistolarmente, aunque tal vez no lo sea tanto entre filósofos. Pero no estamos acostumbrados a la manifestación franca de sentimientos obscenos, al menos entre gente respetable. Hemos aprendido que el erotismo puede insinuarse pero no declararse abiertamente en el lenguaje. Por ello la palabra *pija* nos conmueve fuertemente, más todavía que la inquietante *culo*. No tenemos el hábito de su lectura en escritos serios y experimentamos una sensación de turbadora sorpresa, de malestar indefinido, de rechazo, tal vez de vergüenza y acaso...¿también de placer? Existen otras palabras aceptadas, tal vez sea mejor decir toleradas, para mencionar partes impúdicas del cuerpo. Sustituyamos, entonces, *pene* por *pija* y *trasero* por *culo*, y releamos el texto así modificado:

Te beso mil veces. Mi alma besa la tuya, mi pene, mi corazón están enamorados de vos. Beso tu lindo trasero y toda tu persona.

Hemos modificado sólo dos palabras pero la atmósfera de la antigua y genuina carta se ha esfumado. Ha perdido fuerza, intensidad, y sin duda, también

voluptuosidad. Ya no nos perturba ni incomoda de la misma manera. Y obviamente no deja de ser curiosa esta transformación. Las palabras *pene* y *pija* como trasero y culo son sinónimos. Se refieren a las mismas partes de nuestra anatomía. No obstante es muy diferente nuestra valoración emocional de los distintos términos. Es más: pija y culo son palabras prohibidas. No pueden ser mencionadas en una conversación respetuosa. Tampoco impunemente reproducidas por los periódicos, la radio o la televisión. Es inimaginable, además, oírlos en labios de una maestra o un profesor en escuelas o colegios. El Código Penal vigila, y la norma pende amenazante, sobre el hombre civilizado. Este es un hecho que, por supuesto, aumenta nuestra curiosidad. Si se refieren a los mismos aspectos de la realidad, ¿por qué unos términos son prohibidos y otros no? Aunque tal vez sea más exacto preguntar, dada la omnipresencia de la veda sexual, ¿por qué los términos pene y trasero son menos censurados que pija y culo?

De cualquier forma nuestras breves reflexiones nos han deparado un interesante descubrimiento: en nuestra sofisticada cultura contemporánea existen también las palabras prohibidas. Determinados paisajes de la realidad pueden nombrarse con ciertos términos, pero no con otros.

Existen pues, palabras interdictas; sabemos de vocablos condenados. Hemos descubierto así, nada más y nada menos... ¡palabras tabú en nuestro mundo civilizado! Y están al alcance de nuestros ojos y oídos sin necesidad de hacer ningún largo viaje a un país desconocido. ¡Con cuánta razón se ha dicho que lo último que descubriría el habitante del fondo del mar sería el agua! Las palabras existen y las hemos calificado de antiguo en forma hartamente reveladora. Las llamamos: las malas palabras.

II. Alucinaciones

Los sueños son vivencias alucinatorias, y éstas, como señalé anteriormente, en términos más cotidianos podrían denominarse también vivencias de espanto o de pánico del durmiente.

ÁNGEL GARMA
(*Nuevas aportaciones al psicoanálisis de los sueños*, IV, 1970)

I

¿Cuál es el origen de este singular tabú?

Avancemos.

En principio advertimos que las “malas” palabras mencionan siempre partes del cuerpo, secreciones o conductas que suscitan deseos sexuales. Las “malas” palabras son siempre palabras obscenas.

Pero, ¿qué es lo obsceno?

Según el *Diccionario de la Real Academia Española* (19 edición, 1979) es lo “impúdico, torpe, ofensivo al pudor”. A su vez pudor significa “honestidad, modestia, recato”. Púdico es, pues, lo honesto.

Continuando nuestra investigación averiguamos que la acepción de honestidad es “compostura, decencia y moderación de la persona, acciones y palabras”.

Pero como ya sabemos que la moderación en las palabras es sinónimo de pudor resulta que... ¡hemos vuelto al punto de partida!

Evidentemente el diccionario no nos aporta ninguna ayuda para elucidar el significado del término *obsceno*.

Tratemos de conocer, entonces, el origen histórico de la palabra. Su etimología es oscura. Posiblemente sea una corrupción o modificación del vocablo latino *scena* que significaría literalmente: fuera de la escena.² Obsceno sería así lo que no debe verse en la escena, o sea, en el teatro de la vida.

Shakespeare (1564-1616), el genial bardo inglés, en *As You Like It*, II, 7 (1623), expresó magníficamente esta similitud entre la vida y el teatro:

*All the world is a stage.
And all the men and women merely players.*

“Todo el mundo es un escenario y todos los hombres y mujeres, simplemente actores.”

La “mala” palabra o palabra obscena es así la que viola las reglas de la escena social; la que se sale del libreto consagrado y dice y muestra lo que no debe verse ni escucharse. Por ello, obscenidad y pornografía son palabras que van, a menudo, de la mano. Son voces afines. Pornografía proviene del griego *pornographos*, que significa literalmente “escribir sobre las rameras”.³ O sea, la descripción de la vida de las prostitutas. Y la obscenidad, la sexualidad impúdica, es precisamente el métier de estas mujeres. La obscenidad es por lo

² Montgomery Hyde, H. “Historia de la pornografía”

³ *Ibíd.*.

tanto el género, y la pornografía una de sus especies. Y este conocimiento, sin duda, es fecundo para nuestra inquisición. Sabemos ahora que las “malas” palabras son “malas” porque son obscenas. Y son obscenas porque nombran sin hipocresía, eufemismo, o pudor, lo que no debe mencionarse nunca en público: la sexualidad lujuriosa y veraz.

Estas palabras poseen además, frecuentemente, un poder alucinatorio.

Provocan la representación del órgano o escena sexual en la forma más clara y fiel. Suscitan, también, fuertes sentimientos libidinosos. Y esta peculiaridad se revela de gran importancia en el psicoanálisis, ya que sus revolucionarios éxitos terapéuticos descansan, casi milagrosamente, sólo en las palabras.

Words, words, words; palabras, palabras, palabras... decía despreciativamente el príncipe de Dinamarca, en *Hamlet* (1604) (acto II, escena II)

Pero para el psicoanálisis, a diferencia de Hamlet, no existen las vanas palabras. Por el contrario. Las palabras, sean cuales fueren, constituyen siempre un discurso revelador. Mediante ellas se hacen conscientes los conflictos inconscientes. Ése es el secreto del método y de la cura.

Sigmund Freud (1856-1939), su creador, lo expuso exhaustivamente en *El método psicoanalítico de Freud* (1904):

La labor que el método psicoanalítico tiende a llevar a cabo puede expresarse en diversas fórmulas equivalentes todas en el fondo. Puede decirse que el fin del tratamiento es suprimir las amnesias. Una vez cegadas todas las lagunas de la memoria y aclarados todos los misteriosos afectos de la vida psíquica, se hace imposible la persistencia de la enfermedad e incluso todo nuevo brote de la misma. Puede decirse también que el fin perseguido es el de destruir todas las represiones, pues el estado psíquico resultante es el mismo que el obtenido una vez cegadas todas las amnesias. Empleando una fórmula más amplia, puede decirse también que se trata de hacer accesible a la conciencia lo inconsciente, lo cual se logra con el vencimiento de la resistencia.

El paciente echado y laxo en el diván comunica al psicoanalista todas las ideas que llegan a su mente. Y en el orden en que aparecen. Es la famosa asociación libre. Y éste interpreta el vínculo oculto que yace tras ese abigarrado fluir de ocurrencias y sentimientos. Ni qué decir que aquí está proscrita la censura. Las asociaciones libres están más allá del bien y del mal, de la lógica, del dolor, del asco, de la angustia o la vergüenza. Todas las palabras son bienvenidas. Incluso, por supuesto, las “malas” palabras...

En realidad es imposible exagerar la importancia terapéutica de estas voces condenadas. Ningún tratamiento puede considerarse concluido *rebus bene gesta*, habiendo ido todo bien, si el paciente no se permite expresar palabras obscenas. Sin esta condición no hay éxito posible. Quien relata su vida sexual con términos propios de un libro de anatomía o fisiología no hace una historia sino un resumen. Tan científico, frío e impersonal como un texto médico. Y la responsable es la conciencia moral. Es ella la que impide narrar en forma cálida o, más aún, caliente, la vida amorosa. Es sobre las posibilidades emotivas del instinto donde actúa, propiamente, la represión.

En estos casos las palabras del paciente son sólo un razonamiento académico: una trampa. Y es tarea del psicoanalista señalarlo sin titubeos y sin claudicaciones. Además, habitualmente, el paciente mismo lo ignora. Es un autoengaño. Cándidamente imagina que hablar de la sexualidad y vivirla es

una misma cosa (muchos psicoanalistas también padecen esta ilusión). Sin embargo es evidente que existe una gran diferencia entre *contar* y *confiar* una intimidad.

La propia actitud de Freud sobre el tema fue ambigua y sin duda errónea. Al comunicar al mundo el psicoanálisis de una adolescente de dieciocho años, desde entonces famosa y conocida con el nombre de Dora, *Análisis fragmentario de una histeria* (1905), afirmaba que en ese historial:

...se tratan con toda libertad relaciones de carácter sexual, se aplica a los órganos y a las funciones de la vida sexual sus nombres verdaderos, y el lector casto extraerá desde luego de su lectura la convicción de que no me ha intimidado tratar de semejantes cuestiones y en tal lenguaje con una muchacha.

Quien lea el apasionante relato advertirá, sin embargo que la afirmación de Freud no es fidedigna. Pues ¿se aplicaron realmente a los órganos y funciones de la vida sexual sus nombres verdaderos?

Absolutamente no. El creador del psicoanálisis no utilizó palabras obscenas sino términos científicos, muchas veces, incluso, en latín. Así llamaba al succionar del pene y al lamer la vulva, coito *per os*. Era una conversación erótica entre una adolescente y un adulto pero una conversación expurgada. Un diálogo *ad usum Delphini*, es decir, como las ediciones de los clásicos latinos expurgadas de obscenidades que leía el delfín, el hijo de Luis XIV.

*En mi consulta doy tanto a los órganos como a los procesos sexuales sus nombres técnicos.*⁴

Tal modo de hablar no convoca, sin embargo, a los auténticos afectos sino tan sólo a su versión amortiguada. Son notas musicales tocadas con sordina, y el psicoanálisis busca, por el contrario, las melodías más sentidas. En última instancia su propósito no es otro que la búsqueda de los afectos perdidos; *à la recherche des sentiments perdus*.

En ésta y en toda su obra, Freud hizo siempre gala de un lenguaje casto y puro. Padecía de lo que él mismo llamaba, “el vicio hereditario de la virtud”. Era un hombre discreto. Y la discreción es un rasgo de carácter incompatible con el relato verídico de las pasiones humanas. ¡Y qué mayor discreción que la castidad! Lo cierto es que a pesar de haber conmovido el sueño del mundo al decir, como Tiresias (el griego adivino y ciego que predijo el destino de Edipo), “la verdad que nadie podrá creer”, descubriendo el deseo sexual de todo hijo hacia sus padres, el genial creador del psicoanálisis era un hombre casto. En su juventud participó, ampliamente, de la mojigatería de su tiempo. Así, prohibió a su novia y posterior esposa Marta Bernays (1861-1951), de veintiséis años, leer *Tom Jones* (1749), de Henry Fielding (1707-1754), reconocida por muchos como la mejor novela inglesa, por considerarlo un libro poco apropiado para su honesto espíritu.⁵ En otra ocasión necesitó excusarse ante ella por haber mencionado en una carta los pies de la Venus de Milo, y cierta vez cuando Marta, a mediados de 1885, manifestó el deseo de permanecer en casa de una vieja amiga que, como ella decía delicadamente, “se había casado

⁴ Freud Sigmund, “Análisis fragmentario de una histeria”

⁵ Jones, Ernest, “Vida y obra de Sigmund Freud”

antes de la boda”, le prohibió, rigurosamente, el contacto con semejante fuente de contaminación moral...

Pero no eran éstos solamente fervores juveniles. En 1920, con sesenta y cuatro años, pasó un mal rato cuando Georg Groddeck (1866-1934), un psicoanalista alemán, se incorporó al Congreso Psicoanalítico Internacional de La Haya... ¡acompañado de su amante!⁶ Era una reacción típica de la *pruderie* de la época victoriana. Fue éste un período que tomó su nombre de la reina Victoria de Inglaterra (1819-1901), pero que fue común a toda la Europa del 800. Se distinguió por la severidad de las prohibiciones eróticas que se extendieron “hasta cubrir no sólo palabras, imágenes y cosas sexuales verdaderas y propias, sino también todo lo que pudiera asociarse, simbólicamente, a la sexualidad”⁷. El creador del psicoanálisis era, indudablemente, un hijo de la época. Y, además, fue un monógamo empedernido. Y como fue también un celoso encubridor de su vida amorosa, nada sabemos de su intimidad sexual. Aparentemente no hubo, tampoco, otra mujer antes de su esposa, Ni siquiera una prostituta...

Una sólida herencia judía gravitaba en él. Era un incrédulo, pero tenía un poderoso sentimiento de comunidad con su pueblo en el que nutría también a sus hijos. Había respirado en la atmósfera milenaria creada por un dios déspota y una religión sombría en la que el pecado era su idea central. Se ha dicho, con razón, que “jamás pueblo alguno estuvo tan encariñado con la virtud de no ser aquellos puritanos que parecían salir del Antiguo Testamento sin interrupción de siglos católicos”⁸. Freud, que conocía griego y latín, no era insensible a los encantos de la Antigüedad, pero su alma no vibraba al son de la flauta, del sistro y del tambor en el templo de la inmortal Afrodita, la diosa del amor. Era un hombre austero que, aunque sintió como nadie en Edipo la tragedia griega, no compartía el lenguaje procaz del jocundo Aristófanes (450-385 a. C.), el gran comediógrafo. Era judío.

Y es sin duda una de las paradojas de la historia que fuera precisamente un hijo de este ascético pueblo quien asombrara al mundo mostrando en la universalidad del incesto los confines insospechados de la pasión. Freud develó un mundo erótico, pero con fría prudencia. Pensó la sexualidad pero “a la manera talmúdica”, en el clima de una sensualidad menguada y una emoción débil. Las palabras obscenas, con su talento para pintar seductoras imágenes, le estaban vedadas. Se expresaba así el genio de la raza, por lo que el fenómeno parece no conocer fronteras.

Así, por ejemplo, el académico Camilo José Cela (1916) en su *Diccionario secreto* (1974) llama la atención sobre el hecho de que la ñoñería y la pudibundez en España constituyen un rasgo ajeno a su natural idiosincrasia. Sospecha, por el contrario, que es contemporánea a la cristianización de los judíos y a su posterior poder político. Recuerda de esta manera que el romano Séneca, el moro Ibn Hazm y los cristianos Beato de Liébana y Elipando de Toledo eran dados a las obscenidades léxicas. Los hombres formados, en cambio, en la observancia de las leyes de Moisés eran virtuosos en la conducta y prudentes al hablar y al escribir. Y Freud no era ajeno a esta gran tradición. “Sus descripciones de la actividad sexual”, señala su discípulo y biógrafo, el

⁶ “Historia del psicoanálisis”

⁷ Marchi, Luigi de, “Sexo y civilización”

⁸ Durant, Will “Nuestra herencia oriental”

psicoanalista inglés Ernest Jones (1879-1958), *Life and Work of Sigmund Freud* (1957), “son tan escuetas que muchos lectores las han considerado áridas y carentes de todo calor”. Nadie más alejado que él del Don Juan. No era exagerado, por supuesto, descubrir en el sabio vienés un verdadero puritano...

Sandor Ferenczi (1873-1933), su alumno más grande y que a su vez hizo “de todos los analistas sus discípulos”,⁹ comprendió mejor que su maestro la trascendencia terapéutica del lenguaje obsceno. Creía el psicoanalista húngaro que a su debido tiempo, sin apresuramientos inoportunos, era necesario enfrentar al paciente con las “malas” palabras. Sólo así era posible, a su juicio, liberar genuinamente los afectos reprimidos. Ferenczi, que en sus escritos fue, no obstante puntillosamente púdico, nos ilustra en su ensayo *Über obszöne Worte* (1911) con provechosos ejemplos.

Uno de ellos es el de una paciente histérica de veintitrés años. La joven podía escuchar sin remilgos amplias explicaciones sexuales en lenguaje estrictamente científico. Podía hablar también, sin inhibiciones, de los espermatozoides, del huevo, de los órganos sexuales masculinos y femeninos y de su unión. Pero, sin embargo, tenía una excentricidad. Desde su niñez, cuando se sentaba en el inodoro... ¡necesitaba cerrar los ojos!

Ferenczi tuvo, entonces, una feliz intuición. ¿No lo haría acaso para no leer las palabras obscenas que habitualmente decoran los baños públicos? La joven, tan imperturbable en sus disquisiciones científicas, al oír la interpretación y dirigir su atención hacia los familiares *graffiti* que poblaban sus recuerdos se llenó de vergüenza. Y embargada por ese casto sentimiento tuvo, por primera vez en el tratamiento, acceso a sus recuerdos eróticos más ocultos y sentidos.¹⁰

Igualmente interesante es el caso de un paciente homosexual. Durante largas horas se había resistido, en el tratamiento, a pronunciar la palabra obscena *pedo*. Trataba de evitarla con todo tipo de alusiones, palabras extranjeras y eufemismos... Pero fue sólo al vencer su resistencia y oír de sus propios labios el vocablo emitido que se abrió la posibilidad de comprender, emotivamente, el complejo mundo de ideas asociadas al *culo* y a su voluptuosidad, por obvias razones, tan trascendente en su vida amorosa.

Como las famosas palabras “¡Sésamo ábrete!”, que abrían piedras imposibles de mover en el cuento oriental de *Las mil y una noches*, en ambos casos, fueron sólo las “malas” palabras las que tuvieron el mágico poder de conjurar los afectos reprimidos.

Por supuesto que todos verificamos a diario las experiencias de Ferenczi. Un joven adolescente que acudió a mi consulta, por ejemplo, no podía durante su psicoanálisis pronunciar palabras obscenas. Su inhibición era absoluta. Un día, al de decir yo la palabra *concha*, dirigiendo su mano a la frente, me dijo nervioso:

Doctor, cuando usted pronuncia esa palabra la veo aquí

Su comentario no dejaba lugar a dudas. La palabra obscena había provocado en él la representación visual, plástica y conmovedora, del órgano genital

⁹ Freud, Sigmund “En memoria de Sandor Ferenczi”

¹⁰ Ferenczi, Sandor “Sobre las palabras obscenas”

femenino. La alucinación es una cualidad distintiva de todas esas voces. Y, por supuesto, el análisis de su dificultad para pronunciarlas nos llevó hasta los orígenes más profundos de su neurosis. Las “malas” palabras son también, como los sueños, un camino real hacia el inconsciente. Constituyen, a semejanza de los antiguos caminos construidos a expensas del gobierno, más anchos y más perfectos que los habituales, un acceso privilegiado al mundo abismal.

Al muchacho la plena vida erótica le estaba vedada. No podía experimentarla con todo el esplendor e intensidad que despiertan la palabras obscenas. Únicamente podía referirse al placer sexual con alusiones muy veladas. Para mencionar el coito con su novia, por ejemplo decía:

Ayer lo “hicimos” con Cristina...

Las alusiones con su languidez descriptiva no suscitaban en él ninguna respuesta afectiva. Hablaba de la sexualidad, pero no la sentía. Su conciencia moral sólo toleraba el erotismo al precio de la frigidez. A la manera de los medicamentos homeopáticos, sólo aceptaba la voluptuosidad en forma muy diluida. Los sentimientos libidinosos fuertes estaban inhabilitados.

El escritor norteamericano Henry Miller (1891-1980), en *Tropic of Capricorn* (1939), expresó sagazmente esta limitación léxica del hombre civilizado:

Lo inmencionable es el *coger* y la *concha* puros y simples, sólo deben mencionarse en las ediciones de lujo; de lo contrario, el mundo se deshará en pedazos. La amarga experiencia me ha enseñado que lo que sostiene el mundo es la relación sexual. Pero el *coger*, el auténtico, la *concha*, la auténtica, parecen contener un elemento no identificado que es mucho más peligroso que la nitroglicerina.

Detengámonos, ahora, un instante, y hagamos un pequeño balance. Evidentemente nuestra labor no ha sido inútil. Por el contrario, hemos obtenido una alentadora cosecha. Descubrimos, primero, que las “malas” palabras son “malas” porque son obscenas; luego, que son obscenas porque develan verídicamente la vida sexual que no debe mostrarse en público; y finalmente, que todas ellas están investidas de un poder alucinatorio, casi mágico, y que éste es uno de sus atributos más seguros.

II

El psicoanálisis ha indagado, prolijamente, en el mecanismo psíquico de las alucinaciones. Alucinar significa percibir lo inexistente. Es un error de nuestro juicio. El oasis que en el desierto se presenta a los ojos del hombre extenuado y sediento es un ejemplo típico. Anna O. (1842-1925), la paciente que condujo a Freud al psicoanálisis, solía ver serpientes y calaveras imaginarias. Es un síntoma usual en el enfermo mental grave. En realidad estamos acostumbrados a considerarlo propio de un estado anímico particular: la locura. Asumimos que sólo los locos tienen alucinaciones. No obstante, una breve reflexión sobre nuestra vida cotidiana nos muestra las limitaciones de nuestra creencia. Porque ¿acaso no padecemos todos de alucinaciones regularmente?

Y si no, ¿qué otra cosa son los sueños? Los hechos más extraños, maravillosos, absurdos o aterradores se presentan a nuestros ojos y no titubeamos en darles crédito. Al menos durante el dormir. En este aspecto (y no sólo en éste) todos somos un poco locos. Si conociésemos, por lo tanto, la causa de estas habituales alucinaciones podríamos, seguramente, comprenderlas a todas.

Veamos, pues, hasta dónde llega nuestra sabiduría.

¿Por qué, entonces, soñamos?

Imaginemos un soldado en la guerra. De pronto, cerca de él, estalla violentamente, sin herirlo, una bomba. Sufre una fuerte conmoción y pierde el conocimiento. Después, al cabo de varios días, comienza a tener ataques. Despierto, alucina la explosión y, además, la revive, dolorosamente, en sus sueños. ¡La bomba estalla otra vez!...

Otro ejemplo. Luego de viajar todo un día en tren, cuando vamos a dormir, arrebujados en la cama, sentimos aún el monótono traqueteo de los vagones. Es un evidente error de nuestro juicio. Alucinamos lo que en realidad es sólo un recuerdo. Igual que el soldado.

¿Por qué?

Porque al dormir abandonamos nuestro contacto psíquico con el mundo exterior. Y al hacerlo disminuye nuestra atención y también nuestra capacidad de controlar los estímulos que surgen en el alma durante la noche. De tal forma recuerdos desagradables, a veces horribles, que durante el día habíamos mantenido en jaque, irrumpen otra vez en la conciencia a través del sueño. Y revivimos, entonces, experiencias que creíamos olvidadas. El pasado retorna con ímpetu desbordante, y al no poder reprimirlo se escapa de nuestras manos y toma vida propia. No lo sentimos ya nuestro, sino extraño y ajeno. Forma, ahora, parte del mundo. La alucinación ha tenido lugar. Ésta es la teoría. Estamos hechos de tal manera que consideramos siempre como propios del mundo exterior los estímulos penosos interiores que no podemos reprimir. Aunque, por supuesto, éstos no consisten únicamente en recuerdos. De ninguna manera. Son también pensamientos y deseos. Ya Platón (427-347 a. C.), el filósofo griego, en los albores de nuestra civilización había intuido esta verdad (*República*, IX, 571). Nuestros sueños se alimentan de deseos reprimidos. El hombre común sólo sueña lo que el criminal ejecuta:

Bien sabes que en estos momentos esa parte del alma a todo se atreve, como si se hubiera desligado de toda vergüenza y de toda sensatez. No vacila en violar con la imaginación a su madre, o en unirse a cualquiera, sea quien fuese, hombre, dios o animal; no hay asesinato que la arredre, ni alimento del cual se abstenga; en suma, no hay insensatez ni desverguenza que no esté pronta a realizar.

Siempre en asedio, durante la noche, los deseos soterrados huyen de su prisión y amenazan recrear escenas pavorosas y siniestras. Dormidos, no podemos rechazarlos, y entonces caemos en una situación traumática. (Se designa con este nombre en psicoanálisis toda situación que presenta acúmulos insuperables de estímulos desagradables.)¹¹ Y, en consecuencia, alucinamos. La belleza y felicidad que muchas veces el sueño nos revela y

¹¹ Garma, Ángel "El psicoanálisis"

suscita, no son sino el resultado de nuestro último y desesperado esfuerzo inconsciente por enmascarar ese paisaje espantoso. Pues bien, en ocasiones es tan poderosa la fuerza traumática de estas vivencias interiores que invaden también a la persona despierta. No hay poder capaz de controlarlas. Entonces se sueña despierto. Y he aquí la alucinación típica de la psicosis, la más grave enfermedad mental. Pero, dormidos o despiertos, el origen de la alucinación es siempre el mismo: lo reprimido invade, traumáticamente, la conciencia. Hasta aquí llegamos. Como esperábamos, al comprender la génesis de la alucinación onírica hemos comprendido el enigma de toda alucinación. La situación traumática es siempre en ella su *fons et origo*, su fuente y origen. Sabíamos ya, además, que las “malas” palabras tienen un efecto alucinatorio. Casi con el rigor de un silogismo, entonces, una conclusión se insinúa: ¿No serán las “malas” palabras hijas del miedo, del espanto, del trauma? ¿Y no favorecerá, acaso, nuestra investigación con una pista promisoría, saber que la mujer que provocaba el fogoso anhelo de la *pija* de Voltaire y que despertaba en él el deseo de besar su *culo* gentil, no era una amante común, sino su sobrina, la hija de su hermana Catherine, Marie Louise Mignot, y que, casada con el capitán Nicolás Charles Denis, conocemos como Mme. Denis?

III. El camino de la leche

*Carne en flor, oh, mis senos
¡qué ricos son en voluptuosidades!*

PIERRE LOUYS
(*Les chansons de Bilitis*, III, 1894)

I

¡Qué hermosos los pechos femeninos! Sus voluminosas esferas han conmovido a los hombres en todas las edades. Les fueron ofrendados los versos más inspirados y sentidos. En el *Cantar de los cantares*, el amante canta las bellezas de su amada:

Tus dos senos, como dos cabritillas mellizas que apacientan entre los lirios.

Y más embriagado aún:

¡Qué hermosa eres y cuán suave eres, oh, amor deleitoso! Tu estatura semejante a la palma y sus pechos, racimos. Yo dije: Subiré a la palma, asiré sus ramas y tus senos serán ahora como racimos de vid...

La escultura y la pintura los inmortalizaron en todas las formas y desde todas las perspectivas. Tan grandes han sido sus poderes que aun en el Renacimiento, bajo la mirada censora de la Iglesia, lograron manifestarse, plenos y deliciosos, incluso en el mito católico de la virgen María a través de imágenes de la piadosa *madonna*.

Y es que todo hombre reencuentra en los senos femeninos su primer amor. El pequeño que introduce, acariciante y decidido, su manita en el vestido de la madre complaciente en busca del pecho amado en el cuadro *La virgen y el niño*, del pintor manierista español Luis de Morales (1510-1586), el Divino, señala una ruta consagrada por el instinto. Un verdadero destino manifiesto. La misma mano, ya adulta, franca o subrepticamente, lo buscará también. Seguirá la huella del pasado y como el pícaro dios del amor en la figura *serpentinata*, retorcida, del refinado florentino Bronzino (1503-1572), en *Venus y Cupido*, lo oprimirá mórbidamente. Y al gozarlo, con arrobamiento, revivirá el placer de volver a ser niño... ¡Las *tetas* de mamá!

Por supuesto que la actitud del hombre frente a los pechos femeninos ha padecido de las vicisitudes sufridas por la valoración de la mujer en el curso de nuestra civilización. A la exaltación antigua de su cuerpo: "¡Qué espaldas y brazos yo vi y toqué! ¡Y las formas de los senos, hechos para las caricias!" (Ovidio, *Amores*, I, V, 17-25), siguió el desprecio judío, "Más odiosa que la muerte considero a la mujer, cuyo corazón está erizado de trampas y engaños..." (*Eclesiastés*, 7, 26), y cristiano "Sería para el hombre bueno no tocar a la mujer" (*Corintios*, VII, 1-2). En la Edad Media era ya la personificación misma del demonio. Al piadoso San Odón de Cluny (879-943) lo obsesionaba la angustiada pregunta:

*Pero si nos negamos a tocar el estiércol o un tumor con la punta del dedo, ¿cómo podemos desear besar a una mujer, una bolsa de estiércol?*¹²

No obstante, *rara avis*, existieron dentro de la propia Iglesia algunos raros y afanosos abogados de las inquietantes protuberancias femeninas. Hubo entre los jesuitas, muy dados al análisis de los casos particulares en su magisterio moral, quienes sostuvieron, en el s. XVII, el derecho del varón a tocar las *tetas* de la mujer en el *rebus amoris*. Benzi y Rousselot se llamaban, pero se los conocía con el ingenioso y obsceno nombre de teólogos *tetales*...¹³

La *teta*; he aquí, pues, una típica palabra obscena. La primera de nuestro elenco. Su etimología es elemental, según Joan Corominas, *Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana* (1980) Es una voz común al castellano, portugués, francés, y además conocida dialectalmente en otras lenguas romances. Es en su origen un vocablo expresivo infantil. Aunque palabras semejantes existen en griego, céltico, y en ciertas lenguas germánicas, se trata de creaciones paralelas en todos estos idiomas, y no hay razón para creer que se tomara de ninguno de ellos.

De cualquier modo, y a pesar de ser un vocablo tan difundido, es imposible decir *teta* en el lenguaje adulto educado. Es una prohibición antigua y venerada que, además, no ha conocido fronteras. En Inglaterra, por ejemplo, durante la época victoriana, se prohibió el uso del vocablo *breast*, pecho, para nombrar la pechuga de las aves, porque traía reminiscencias del seno femenino. Debía usarse, en cambio, *bosom*, que significa, diversamente, buche, pechera, pechugo. Las mujeres, en el mejor de los casos, tienen busto pero, por supuesto, ¡nunca *tetas*!

Y, sin embargo, qué ridículo sería escuchar a una madre, con sus pechos repletos, decir: “Tengo que darle el busto a mi hijo”. Sería extravagante. Porque ¡las madres tienen *tetas*, y son *tetas* las que dan a sus hijos!

Las *tetas*... La prohibición de pronunciar el término, ¿no se deberá precisamente a la atmósfera maternal que la palabra suscita? ¿No será que evoca saudades de la *teta* de mamá?

Chupar las *tetas* de mamá... Todos lo hemos hecho (salvo algunos infortunados). Y todos, con mayor o menor violencia, debimos renunciar, alguna vez, a aquella placentera intimidad. Pues la misma madre que nos prodigó tal delicia nos la quitó después. Luego un manto de silencio cubrió para siempre la amorosa historia infantil (no existe prohibición más rotunda que el silencio). Fue, además, una exitosa invitación al olvido. Pues, ¿quién, ya adulto, menciona a la madre sus *tetas*? ¿Quién luego del destete ha pensado sin zozobra en ellas? ¿Quién las ha mirado sin turbación? El repetido y dulce *rendez vous* infantil termina siempre siendo una cita prohibida. Muy prohibida, porque chupar la *teta* es un placer incestuoso. Y frente al tabú milenario, el deseo debe ceder; debe sucumbir a la represión. No debe ocupar ya más nuestro pensamiento. De ahora en adelante, mamá ya no tendrá más *tetas*... Pero no termina en el destete esta historia natural del dolor. Llegará un día también, puntualmente, un hermanito. Y entonces, ¡qué suplicio observar al intruso beber en la fuente cálida del placer! En el dulce surtidor que una vez fue nuestro...

¹² Marchi, Luigi “Sexo y civilización”

¹³ *Ibíd*

Es un inmenso dolor que se incrementa hasta la tortura con la *raffinatézza* casi ritual de la madre: “Tenés que quererlo mucho. Mamá los va a querer a los dos”. (Imagine el lector llegar a su casa y encontrar a su mujer dándole la *teta* a su amante, mientras escucha las mismas consoladoras palabras). La historia de la temprana sexualidad del niño es sin duda una historia de placeres y desprendimientos. Goces y renunciaciones. Pero el deseo no se agota jamás. Permanece agazapado y listo esperando la ocasión propicia. Desaparece pero no muere. Y en un momento dado vuelve, retorna la represión, y el anhelo inextinguible de la *teta* se abre paso con toda la fuerza de un instinto postergado, indómito e indomable.

II

Un paciente mío, en psicoanálisis, me contó un día su primer encuentro con los “racimos de la vida”.

Tenía diecisiete años. Ella era una chica de su misma edad, alta de rostro inexpresivo y más bien gorda. Vivía con una familia vecina; era empleada doméstica. De mutuo acuerdo programaron un encuentro furtivo. Él, durante la noche, fue a visitarla. Entró en la casa por la terraza contigua, y sigilosamente llegó a su pieza. La joven se sentó en la orilla de la cama, desabrochó su blusa y soltó su corpiño. Y entonces, en medio de una intensa emoción, aparecieron ante sus asombrados ojos... ¡dos *tetas* grandes y generosas! Se mostraban, además, avasallantes, como en una película de Fellini, inundando su campo visual. No podía creerlo. Pensar que estaban allí. Podía mirarlas, tocarlas, chuparlas... Fue en ese instante que lo sorprendió un súbito sentimiento de vergüenza. ¡Se sentía un niño! No obstante, la suerte estaba echada: las pesadas masas de carne caían ya, blandamente, en sus acogedoras manos. Las oprimía casi con incredulidad, porque el momento supremo había llegado. Y fue así como sus labios, desmesuradamente abiertos, recibieron la grande y suave *teta* en toda su boca. ¡Qué inmenso placer! Realmente era un niño. ¡Y cómo no habría de serlo! Todo hombre se siente un niño cuando puede abandonarse plenamente a esta encantadora regresión al pasado. Porque chupar la *teta* es siempre un retorno. Un volver a vivir. Tal es así que la chica, ante el frenesí de su novel amante, le musitó al oído con maternal solicitud: “¿Tenés hambre mi amor?”

III

Pero no sólo la palabra *teta* está prohibida. También el vocablo *chupar*. Sin embargo, es el término más castizo para describir los movimientos de la boca del amante sobre la teta. Se lo usa con absoluta propiedad, ya que chupar significa exactamente: “Sacar o traer con los labios el jugo o sustancia de una cosa” (*Diccionario de la Real Academia Española*). Pero la interdicción es absurdamente implacable. Merced a los libros psicoanalíticos, castos y aburridos, nos hemos acostumbrado a su versión científica: succionar (significa exactamente lo mismo). Y gracias a este aséptico expediente los hombres ya no *chupan las tetas*; ahora... ¡*succionan los senos*!

De cualquier manera, para el hombre adulto *chupar la teta* es un placer que esconde una sutil frustración. Es como si fuese una sinfonía inconclusa. En cierto modo también una ilusión. Hay algo que se espera y que no llega. *En*

attendant toujours quelque chose qui ne venait point esperando siempre alguna cosa que jamás llegaba.

En el voluptuoso lienzo del Veronés (1528-1588), Marte y Venus unidos por el amor, mientras la diosa del amor y de la belleza cubre, tiernamente, con su brazo izquierdo, el hombro del guerrero inmortal, oprime con la otra mano su *teta* derecha, de donde surge un discreto hilo de leche, delicioso alimento que el dios, hirsuto, musculoso y viril, se apresta a gozar. Pues bien, ¡ésta es precisamente la apetitosa culminación vedada habitualmente a los mortales! Sólo a veces el hombre puede compartir con su hijo la *leche* en los ubérrimos pechos de su mujer. Pero no es común. El íntimo e indisoluble placer infantil de la *teta* junto con la *leche* se pierde inexorablemente. Pero no por ello el deseo cesa en su empeño. La imaginación nunca descansa. Busca nuevos modos de expresión y desborda inagotable, casi sin disimulo, en el arte.

En la *Fuente de Neptuno* (1563-1567), en Bolonia, del escultor Giambologna (1529-1608), la eterna fantasía se manifiesta en una robusta, redondeada y sensual ninfa, que abre conmovedoramente sus piernas para montar a un enorme pez con sus poderosos y nobles muslos, mientras aprieta, generosa, sus prominentes *tetas* prodigando el líquido anhelado y saltarán...

También en el antiguo Egipto, en la época de los faraones, la poesía popular volcaba en armoniosos versos su natural y simple sabiduría erótica. Y así observamos, en escritos que datan de Menfis o Tebas, hacia 1500 antes de Cristo, un pleno conocimiento del valor amoroso de las *tetas* y su rico contenido:

*¿Vas a partir porque querés comer?
¿Qué sos, entonces, vos, esclavo de tu vientre?
¿Vas a partir para cubrirte?
¡Pero yo tengo sábanas sobre el lecho!
¿Vas a partir porque tenés sed?
Tomá pues mi seno
Lo que contiene sobra para vos.*¹⁴

La *leche* de los pechos femeninos es un motivo tenaz y vehemente en el pensamiento del varón en todos los tiempos. En 1453, por ejemplo, en una fiesta dada por el duque de Borgoña, se decidió que para especial regocijo de los invitados una joven y bella mujer exhibiera sus turgentes *tetas* de las que manaba abundante *leche*...¹⁵

Los caminos para llegar a la fuente del deseo son múltiples y a veces extraños, pero el hombre, sonora o silenciosamente, no dejará de caminarlos jamás.

Los griegos, con su maravillosa y sensual imaginación, le dieron a este deseo un lugar en sus mitos. Juno, la esposa del señor del Olimpo, Júpiter, con quien tuvo una luna de miel que duró trescientos años, amamantaba a Hércules, el futuro héroe. Pero sucedió que el pequeño, anunciando su enérgico carácter, le mordió y lastimó una *teta*, y la *leche*, que casi inextinguible se derramó por la herida, formó en el firmamento la Vía Láctea, “el camino de la leche”. Y es así como desde entonces, para nuestro solaz, la avidez del cálido alimento puede encontrar en el cielo su ruta en las estrellas.

¹⁴ Lo Duca “Historia del erotismo”

¹⁵ Bourke, John Gregory “Escatología y civilización”

Pero ¿qué sucede con la mujer?

Por supuesto que ella, siendo niña, ha *chupado* también las *tetas* y gozado con ellas como el varón. Pero, salvo que luego, ya adulta, las busque en sus amigas como las hijas de Lesbos, en la isla Mitilene en la antigua Grecia, deberá olvidarlas para siempre. Y, en realidad, es propiamente en esta cálida repetición de la intimidad de la madre con su retoño, como enseña la psicoanalista polaca Helene Deutsch (1884) –una de las primeras discípulas de Freud- en *Psychology of Women* (1944-1945), donde halla la mujer invertida “la máxima satisfacción de la homosexualidad”.¹⁶

El caso de Bilitis, la heroína del escritor francés Pierre Louÿs (1870-1925), nacida de un griego y una fenicia en Pamfilia, país melancólico y triste, es ejemplar. Una inefable voluptuosidad la inundaba cuando su encantadora amante Manasidika descubría sus tentadoras *tetas*:

Con mucho cuidado entreabrió su túnica y me ofreció sus senos cálidos y suaves, como se ofrecen a la diosa un par de tortolitas vivas.

Querelos, me dijo. ¡Yo los quiero tanto! Son dos amorcitos, dos nenes. Cuando estoy sola me entretengo con ellos. Y con ellos juego; y los hago gozar.

Los baño con leche. Los cubro de flores. Mis finos cabellos que empleo para secarlos son amados por sus pezoncitos. Y los acaricio estremecida y los acuesto entre fina lana.

*Puesto que no he de tener nunca hijos, sé su criatura, amor mío, y ya que están lejos de mi boca, besalos vos por mí.*¹⁷

Pero estas dulzuras no son sólo páginas de historia antigua. Cuando Gabrielle d'Estreés acaricia delicadamente el pezón de la duquesa de Villars, que comparte con ella el baño, en el lienzo de Jean Cousin el Joven en el s. XVI; cuando húmedos y mórbidos cuerpos femeninos comparten promiscuamente *El baño turco*, de Ingres (1780-1867), y cuando dos bellas mujeres desnudas duermen juntas, descansando una de ellas su hermosa cabeza sobre el pecho de rosado pezón de su amiga en *El sueño* de Courbet (1819-1877), en una de las mejores pinturas del s. XIX, advertimos que la sombra de Safo, la poetisa griega homosexual del s. VI anterior a nuestra era, todavía nos visita.

Y es que los amores sáficos tienen hondas raíces. Se manifiestan además con diversos rostros. Era, por cierto, una difundida costumbre griega. No sólo Platón elogió los amores homosexuales. También Naucrates, el filósofo de Alejandría, veía algo encantador en la unión de dos mujeres jóvenes, con la condición de que cuidaran ambas su feminidad, conservaran sus largos cabellos y no utilizaran elementos postizos envidiando al sexo bruto.¹⁸ En Francia, en el s. XVI, estos penes artificiales se llamaban *godemichis*. Estaban muy difundidos en la corte. Así fue como tuvieron lugar risueñas experiencias. Habiendo ordenado un día la reina madre registrar las habitaciones de personas que se hallaban en el Louvre, hombres y mujeres, en la búsqueda de armas ocultas, resultó que en el cofre de una dama no se encontraban

¹⁶ Deutsch, Helene “La psicología de la mujer”

¹⁷ Louÿs, Pierre “Las canciones de Bilitis”

¹⁸ Louÿs, Pierre “Afrodita”

precisamente pistolas sino... ¡cuatro *godemichis*! (el artefacto se colocaba entre las piernas y se ataba a la cintura con cintas).¹⁹

El psicoanálisis no ha desmentido la intuición del amable filósofo. Porque, prescindiendo de los casos en que la mujer, como las cortesanas francesas, adopta una actitud francamente masculina con la utilización de algún *Ersatz* o sustituto del pene, las formas más delicadas del amor homosexual femenino muestran una tonalidad tiernamente infantil. El *ars amandi* se agota en una intimidad maternal.

Helene Deutsch es elocuente:

La observación muchas veces oída a las niñas pequeñas –“ustedes son pequeños y yo grande”- puede ser realizada en una situación que permita a la niña hacer a su madre todo lo que ésta le hizo a ella.

Y precisa más adelante:

La predilección de la zona oral en las actividades sexuales de las mujeres homosexuales descansa en esta relación con la madre. La mayor parte de los investigadores ha pasado por alto la frecuencia con que la homosexualidad femenina asume esta forma, que puede referirse a un deseo reprimido hacia la madre. Estas mujeres se hallan con sus objetos amados homosexuales en una relación madre-hija más o menos conscientemente reconocida.

Pero, por fortuna, son pocas las mujeres que eligen el camino de Mitilene. La mujer busca, naturalmente, al varón. Al menos privilegiadamente. Y en él no encontrará las añoradas *tetas*, pero la naturaleza, sabiamente, le ofrecerá una lujuriosa compensación... ¡la *pija* del hombre!

Y henos aquí, entonces, inesperadamente, frente a una nueva “mala” palabra que posee, además, un poderoso impacto afectivo y una gran fuerza alucinante. En el repertorio de vocablos obscenos es, sin duda, uno de los más severamente proscritos. Prestémosle, pues, nuestra atención.

La etimología del término es interesante y simple. La palabra *pija* deriva de la voz *pis* (que se lee *pix* como la *x* catalana, gallega o vasca), que reproduce onomatopéyicamente el ruido de la micción. Suele admitirse que la desaparición del sonido *s* en castellano, que imitaba el de la expulsión de la orina, forzó el tránsito a la *ch* para mantener la fricación palatal como el caso de *picha*; pero también evolucionó hacia la velar sorda *j* como en *pija*. En estas sencillas vicisitudes se resume la breve historia del terrible vocablo.²⁰ Sin embargo, no terminan aquí nuestras sorpresas obscenas.

La contemplación de la habitual vida amorosa de la mujer nos invita, también, a unir la conmovedora palabra *pija* con nuestra conocida e inquietante *chupar*, multiplicando su ya elevado voltaje para dar lugar a una nueva, vigorosa, purpúrea y verídica frase procaz: *chupar la pija*.

Frente a esta frase obscena, las consagradas versiones psicoanalíticas de la misma experiencia erótica, como *succionar* el *pene* o *fellatio* –el equivalente

¹⁹ Brantôme “Las damas galantes”

²⁰ Cela, Camilo José “Diccionario secreto”

latino que goza de gran predilección-, brindan sólo una imagen escuálida y anémica de la realidad sentimental.

Chupar la pija es para la mujer un hábito tan inveterado como gozoso.

Constituye un magnífico sustituto del pecho materno que le brinda, además, un placer normalmente vedado al hombre que chupa la *teta*: recibe de la pija el cálido y espeso semen viril.

Y es así como, casi vertiginosamente, se presenta a nuestros ojos otra “mala” palabra para enriquecer nuestro elenco: la leche. El delicioso líquido que en el momento de suprema voluptuosidad se derramará en la boca...

Es éste, en realidad, un término moralmente ambiguo, ya que su uso es legítimo cuando se aplica a la alimentación del bebé. Y, sin embargo, se trata en el fondo de la misma cosa, ya que cuando la mujer *chupa* la *pija* la originaria situación de amamantamiento infantil se reproduce con fidelidad y con fruición. Por ello la asimilación psicológica de ambas secreciones es tan antigua como el hombre. Así lo demostró el psicoanalista alemán Karl Abraham (1877-1925), en *Traum und Mythos: Eine Studie zur Völkerpsychologie* (1909), al analizar el mito griego sobre el origen del néctar, que junto con la ambrosía constituían el alimento de los dioses homéricos.

El néctar tenía efectos milagrosos y misteriosos. Brindaba inspiración y vitalidad. Pero, sobre todo, confería la inmortalidad. ¿Y no es el semen, acaso, el único elemento verdaderamente inmortal de nuestra naturaleza? ¡Qué mejor alimento, entonces, para un inmortal que una sustancia también inmortal! El néctar era el semen.²¹

El conocimiento de la identidad inconsciente entre semen y leche materna formaba parte también de la sabiduría de Panurgo cuando sostenía frente a Pantagrúel, en *Gargantúa et Pantagrúel* (1533-1552) que la bragueta constituía la pieza fundamental en el arnés de todo guerrero:

Por consiguiente, ya no será posible decir si se quiere hablar con propiedad al ver a los francotiradores en guerra: “Salva, Trevot, tu frasco de vino, que es la cabeza”. Habrá que decir: “Salva, Trevot, el frasco de leche, que son los huevos”, por todos los diablos del infierno.²²

Y es precisamente este uso habitual del término obsceno *leche* para denominar al semen el que brinda una rotunda confirmación del significado inconsciente de *teta* que a menudo tiene la *pija*. Y es así, entonces, como *chupar* la *pija*, una de las frases obscenas más condenadas, se revela, inesperadamente, como la evocación de una inocente y primordial escena infantil.

Dice Freud en *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci* (1910):

La investigación nos muestra también que esta situación tan implacablemente condenada tiene un origen inocentísimo. No es sino la transformación de otra en la que todos nos hemos sentido felices y contentos; esto es, de aquella en la que, siendo niños de pecho, tomábamos en la boca el pezón de la madre o de la nodriza y chupábamos de él.

²¹ Abraham, Karl “Sueños y mitos”

²² Rabelais, François “Gargantúa y Pantagrúel”

Actualmente, las revistas pornográficas reproducen esta modalidad de fare l'amore con profusión y detalle. Pero las representaciones del amoroso hábito tienen venerable antigüedad. Eran muy populares en la India. Escenas del Auparishtaka, o unión bucal, se encuentran en las esculturas de numerosos templos de Shaiva y Bhuvaneshwara, cerca de Kattak, en Orissa, que fueron construidos hacia el siglo VIII. También lo ilustran los vasos y ánforas de la Grecia antigua, los portalámparas y mosaicos de Pompeya y las impresionantes cerámicas de la cultura moche en el antiguo Perú. En el Renacimiento, el lienzo Las tres edades, de Giorgione (1471-1510), al que le "complacían las cosas del amor" y "vivía enamorado de la vida, de las mujeres hermosas y de la música", muestra casi desembozadamente, con el mínimo velo de un símbolo, a una joven flautista, sanguínea y rozagante, introducir su flauta, como si fuese un falo, entre las piernas de un hombre casi desnudo y muellemente echado, y a punto de comenzar a "tocar" su instrumento. El pico del cisne metido entre los carnosos labios de Leda – esposa de Tíndaro, que en una misma noche se unió a su marido y a Júpiter, que se llegó a ella con la forma de un ave- en Leda y el cisne (1529), de Miguel Ángel (1475-1564), y el mismo tema en la ambigua y provocativa tela de Giorgio Vasari (1511-1574) son testimonios, elegidos dentro de una multitud de imágenes creadas por el arte, de la obstinación, a través del tiempo y del espacio, de un deseo verdaderamente inmortal.

V

Llegamos al fin de esta jornada. Ha sido provechosa. Hemos descubierto que las escandalosas palabras teta, pija, leche y chupar la teta y la pija nos conducen con instintiva seguridad al mundo de nuestra tierna infancia: a nuestra madre, a su teta, a su leche y al cándido placer que obteníamos chupando... Pero hemos descubierto también, dolorosamente, que ese cuadro inocente e idílico fue transformado por la prohibición incestuosa, amenazadora y ciega, en un paisaje espantoso, en un cúmulo insuperable de estímulos desagradables. En suma, en una situación traumática y alucinante. Una verdadera metamorfosis tuvo lugar. ¡Y qué cruel transmutación de valores produjo! El dulce placer de mamar se transformó en un acto asqueroso e impúdico. El instinto, por supuesto, se mantuvo siempre igual a sí mismo, pero cambió nuestra opinión sobre él. Y ¡cómo se perturbó nuestra mirada! El tabú del incesto invalidó ese mundo paradisíaco y nos pintó, en cambio, un espectáculo desfigurado y horrible. El anatema moral alteró, malignamente, el mundo de nuestros sentidos y falsificó nuestras emociones, y el goce inocente del deseo se perdió bajo el peso ominoso de la conciencia. Y éste es, sin duda, nuestro verdadero hallazgo, el fruto más rico de nuestro empeño: el mal no está en el instinto que nombran las "malas" palabras sino en nuestra mente; no está en la vida, sino en el alma. ¡Cuánta razón tenía el filósofo alemán Federico Nietzsche (1844-1900) cuando afirmaba que no necesitamos una interpretación moral de la naturaleza, sino una interpretación natural de la moral! Las "malas" palabras constituyen un auténtico disparador de recónditos recuerdos y antiguas pasiones. Despiertan el deseo dormido, pero también la prohibición. Y reviven así, el magno conflicto incestuoso, provocando el trauma y la alucinación. Por ello no deben escribirse ni pronunciarse jamás. Su uso libre e indiscriminado, sobre todo entre familiares íntimos, generaría,

inexorablemente, fantasías y reminiscencias incestuosas. Y el tabú exige, por el contrario, imperiosamente, olvidar. Pero olvidar no significa anular. De ninguna manera. El pasado está allí y definitivamente en nuestra historia. La represión no sólo no lo modifica, sino que abona con la amnesia el campo fértil de la neurosis, porque como Freud demostrara al mundo, únicamente la integridad de nuestra memoria garantiza la salud.

Negar nuestra sexualidad infantil es un propósito vano y también infructuoso. ¡Como si la mala memoria pudiese cancelar el pasado! Pero el tabú es torpe y obstinado, y, por supuesto, está más allá de la razón. La represión es su único gesto primitivo. Y a ella acude.

El incesto es, así, siempre la última ratio, la razón última de la prohibición. Él es el “elemento no identificado mucho más peligroso que la nitroglicerina” de que hablaba Henry Miller, que yace oculto en todos los vocablos inmencionables. Y para proscribirlo de la mente consciente se condenan todas las palabras que puedan evocarlo. Ellas son, precisamente, las malas palabras...

IV. Entre heces y orina nacemos

Sin duda, el hombre se siente avergonzado de cuanto pueda recordarle con excesiva claridad su índole animal.

SIGMUND FREUD
(Prólogo para un libro de
John Gregory Bourke, 1913)

I

La prohibición no rige con igual rigor para todas las “malas” palabras. La condena pesa sobre ellas con diferente intensidad. Las palabras obscenas que mencionan órganos o funciones excrementicias pueden usarse con mayor libertad. Y no sólo en el lenguaje vulgar. Las han utilizado, incluso, los literatos más famosos. *Gracias y desgracias del ojo del culo* (1626) es el título, por ejemplo, de una obra del gran escritor y humanista don Francisco de Quevedo y Villegas (1580-1645), una de las cumbres más altas del genio español. No obstante, es evidente que tampoco es posible hablar de este escondido agujero de nuestra anatomía con espontaneidad y franqueza. Tampoco de lo que sale de él...

Y la prohibición vale, por supuesto, también para los excrementos líquidos, como el gracioso refrán atribuido a una abadesa que quería desterrar del rezo lo que no le sonaba bien:

*Domine meo es término feo; decí domine orino, que es término más fino.*²³

Es ésta una de las grandes hipocresías de nuestra vida civilizada. Una especie de confabulación silenciosa. Todos sufrimos, como los “ángeles más perfectos” de la escena final del Fausto (1808-1831), de J. W. Goethe (1749-1832), del “residuo terrestre penoso de llevar”. Por ello sólo en los casos más extremos nos permitimos aludir a estos aspectos impúdicos de nuestra humanidad. Y, así y todo, lo hacemos con grandes reservas. Hablamos asépticamente del *ano*, y, avanzando en el conducto anatómico, del *recto*; decimos que tenemos que *defecar* o que *mover el vientre*; nos referimos, con acento médico a la *materia fecal*, y nos avergonzamos cuando se nos escapa una *ventosidad*... Y acaso aun, como las mujeres imaginadas por Freud que habían hecho una excursión a un parador campestre, y decían que iban a “recoger flores” cuando se ausentaban para satisfacer alguna necesidad excrementicia, inventemos un código privado.²⁴

Todas estas ñoñerías léxicas son, como dijo Freud, en *El chiste y su relación con el inconsciente* (1905), hijas de la represión:

Concedemos a la cultura y a la buena educación gran influencia sobre el desarrollo de la represión y admitimos que tales factores llevan a cabo una transformación de la organización psíquica –que puede ser también un carácter hereditario y, por lo tanto, innato- merced a la cual

²³ Cela, Camilo José

²⁴ Freud Sigmund “El porvenir de la terapia psicoanalítica”

sensaciones que habrían de percibirse con agrado resultan inaceptables y son rechazadas con todas nuestras energías psíquicas.

Es la civilización con sus restricciones la que nos impide disfrutar, plácidamente, de nuestros instintos. Con su imperio transforma placer en asco, condenando, además el auténtico lenguaje escatológico. Los grupos humanos de menos cultura gozan por lo tanto, habitualmente, de mayor libertad sexual. Son francamente soeces y no necesitan encubrir la concupiscencia con eufemismo. En las clases sociales más elevadas, en cambio “la procacidad no es ya tolerada más que siendo chistosa”.²⁵ El uso de “malas” palabras devela por ello un espíritu menos remilgado y más robusto.

El creador del psicoanálisis siempre pensó que existía una áspera tensión entre la cultura y el instinto sexual. Creía también, por ese motivo, que la vida erótica del proletariado era más libre que la del burgués. Y éste fue uno de sus más fecundos criterios heurísticos.

Tanto es así que en este orden de ideas hay quien ha sostenido, con sagacidad y gracia, que la humanidad se divide en cuatro clases de distinta categoría que se definen por su lenguaje excrementicio, una de las formas más comunes de la obscenidad. El que emplea la fórmula hacer pipí, pertenece a la clase más alta y refinada. “Hay que ser un señorito para usar esa palabra”.²⁶ En cambio, el que dice hacer pis forma parte de la clase inmediata inferior. Es una palabra que usan preferentemente “los empleados, las viudas de militares, las familias de los pequeños rentistas y la burguesía en general”.²⁷ Descendiendo en la escala social encontramos el tercer grupo constituido por personas que emplean el verbo orinar. Es gente simple, cordial y sencilla que vive de su trabajo manual. Y en el nivel más bajo están los que dicen mear. Es la clase más populosa formada por las personas menos cultivadas.

Todo lo escatológico es tabú. Por esta causa las palabras que mencionan cosas excrementicias tienen que ser pronunciadas con sordina, con tonos apagados, casi indefinidos. Están absolutamente desterrados las sonoridades claras, nítidas, fuertemente descriptivas que suscitan las “malas” palabras. En realidad los seres humanos civilizados componemos una deshonesto cofradía que presume y finge que los hombres y las mujeres que la forman no tienen culo, no se tiran pedos, ignoran lo que es la mierda o el sorete, y por supuesto tampoco, ¡jamás! cagan...

II

Todas estas indignas palabras, no obstante, tienen una distinguida genealogía. Todas derivan del latín. Mear de mejare, cagar de cacare, culo de cūlus, peer de pedere...

Pero, a pesar de su ilustre pasado, no podemos imaginar que padezcan de las humanas debilidades que mencionan estas “malas” palabras las grandes personalidades. Aquellas que gozan de gran poder y autoridad y que disfrutan, también de admiración y respeto.

²⁵ Cela, Camilo José

²⁶ Laiglesia, Álvaro de “Sólo se mueren los tontos”

²⁷ Ibíd..

Es una defecación inimaginable, además, en la divinidad. Los dioses griegos, por ejemplo, han sido representados por el arte desde el Renacimiento en las más diversas situaciones y aventuras, pero jamás en poses excrementicias. Tampoco el dios judío o la sagrada familia cristiana. Tan poderoso es el tabú que si un ciudadano de nuestro mundo civilizado recordara pública y obscenamente que el presidente de la República, el comandante en jefe del Ejército o el Papa ponen regularmente el culo sobre el inodoro y cagan (como de hecho lo hacen), se vería expuesto, como los nativos del reino de Galla de Ghera, o como los sakalavos, o los guajiros, o los zulúes, a una condena criminal por haberse atrevido a pronunciar palabras tabú. La terrible norma no puede ser violada impunemente.

No obstante, no es aventurado afirmar que dichas personalidades comparten también, íntimamente, los risueños pero verídicos versos del filósofo evocado por Quevedo:

No hay gusto más descansado
que después de haber cagado.²⁸

Pero sucede que la fuerza alucinatoria de las palabras obscenas plasmaría en la audiencia, inmediatamente, la imagen visual de los altos dignatarios satisfaciendo sus necesidades en posiciones indecorosas. Y eso sería inaceptable. ¡Recordaría ostensiblemente la índole animal de los grandes personajes! Y en la negación de los rasgos zoológicos descansa, precisamente, la grandeza.

El sentimiento de grandeza es hijo de nuestro sometimiento al tabú. La grandeur es siempre una ficción; una inveterada adulteración de la naturaleza humana. Un hombre que caga y mea nunca puede ser un dios. Ésta es la tremenda duda que acosaba a uno de los pacientes de Freud en uno de sus historiales clínicos más impresionantes. (El enfermo es actualmente conocido como “el hombre de los lobos” debido a una singular característica de uno de sus síntomas). Comenzó su tratamiento ofreciéndose para tener un coito anal con él y cagarle en la cabeza, y durante su niñez había vivido obsesionado por el hecho de si Cristo tenía culo y de si también cagaba.²⁹

La Iglesia Católica percibió, justamente, esta relación inversa entre la mierda y la grandeza, y desde el s. X instituyó como parte del ceremonial en el día de consagración de un Papa la silla estercórea. El nombre proviene del latín, stercus, que significa excremento. La silla colocada ante la puerta de la basílica no era pues otra cosa que un inodoro majestuoso. Y portátil. Su fin era inculcar en la Papa la virtud de la humildad (“estar sentado en el trono” es, precisamente, una conocida alusión excrementicia). El motivo declarado de distinguido asiento era:

Stercoraria sedes, in qua creati pontífices ad fragendos elatos spiritus
considerent unde dicta.³⁰

²⁸ Quevedo Villegas, Francisco de “Gracias y desgracias del ojo del culo”

²⁹ Freud, Sigmund “Historia de una neurosis infantil”

³⁰ Bourke, John Gregory “Escatología y civilización”

“Silla estercórea en la que se sentaban los pontífices apenas elevadas al solio para abatir la soberbia”, de ahí su nombre.

Esta costumbre fue abolida por León X, que ocupó el solio pontificio de 1513 a 1521.

La misma capacidad subversiva de los valores consagrados, propia de los excrementos, se advierte en la Farce de Maître Pathelin (1480), de autor desconocido, que es por sus cualidades cómicas y su dramatización una obra maestra del teatro cómico francés. En una sabia reconvención a la vasija que recoge la orina se dice:

Presuntuoso orinal, ¿por qué te has ofendido? ¿por haber obligado a las mujeres a agacharse sobre las piernas? Ante rey y reina nosotros doblamos humildemente las rodillas, pero las mismas reinas se ven obligada a inclinarse ante ti.

La franqueza en materia escatológica es siempre iconoclasta; derriba ídolos. Su virtud es desvanecedora de mitos (nadie es un héroe para su valet, decía Napoleón). Y como los excrementos son, sin excepción, patrimonio común de todos los hombres, la sincera aceptación de los mismos como propios de nuestra condición humana constituye, sin duda, una rica vena democrática.

III

Todo lo estercóreo ha sido en todo tiempo eróticamente inspirador, y bajo su auspicio han nacido placeres muy poco ortodoxos. Como el de esta escena verdaderamente escabrosa. Los protagonistas fueron un paciente mío y su amante. Ella era una mujer muy lujuriosa que tenía gran experiencia sexual. De haber vivido en la Antigüedad, decía él, hubiera vestido seguramente el traje de las cortesanas de Frigia, comarca del Asia Menor, que dejaba descubiertos los veintidós lugares de la piel donde las caricias son irresistibles. Por su parte mi psicoanalizado buscaba siempre un nuevo motivo de inspiración lasciva. Un día, sorpresivamente conmovido aunque no sin vergüenza, imaginó un nuevo goce: la mearía en la boca. Nunca lo había hecho antes pero se tenía fe. Si bien íntimamente se sentía un degenerado, la fantasía le despertaba una calentura inmensa. Evitó orinar durante unas horas y luego fue a buscarla. La chica trabajaba en un edificio de oficinas donde cada piso tenía un baño común. Al encontrarse con ella no necesitó exhibir sus argumentos para obtener su complicidad; la resistencia fue mínima. Siempre se entregaba con una mezcla de salacidad e inocencia infantil. Se dirigieron al baño. La excitación mutua aumentaba con el riesgo de ser vistos. Al entrar y cerrar la puerta con llave se sintió a un paso de la meta. Evitó prender la luz. Luego le pidió a su compañera que se arrodillara y le introdujera la pija casi flácida en la boca.

Para poder mear mejor procuraba evitar la erección pero la chica, casi poseída, no podía dejar de chupar. ¡Era algo superior a sus fuerzas! Fue sólo con gran empeño que logró la necesaria continencia. Entonces, y luego de una breve pero intensa espera, que parecía interminable, poco a poco, primero gotas y luego cortos chorros de orina comenzaron a fluir hasta transformarse en una corriente abundante, continua y casi sin fin. La chica, al sentir el cálido líquido en su garganta, le clavó, crispada, las uñas en el muslo, mientras su rostro

ardía transportada en placer. Después, y cuando notó que la meada había dejado de salir comenzó, deliciosamente, a chuparle la pija, ahora dura y poderosa, hasta que otro licor distinto, pero igualmente anhelado, la inundó también.

Desvanecido el éxtasis, mi paciente fue invadido por un agudo remordimiento. Se llenó de reproches. ¡Era un perverso! ¡Un anormal! Acompañó a su amante a la casa sin mencionar siquiera los momentos vividos y se propuso olvidarlo todo. Y, verdaderamente, el éxito acompañó su empresa por pocos días. Pero luego comenzó a añorar su lúbrica aventura. Y cada vez con más fuerza. A la semana, y casi con la fidelidad de una liturgia, repitió la misma ceremonia escatológica.

IV

La historia de la literatura nos provee, también, de impresionantes cuadros excrementicios. La Philosophie dans le boudoir (1795), obra póstuma del famoso y obscuro Marqués de Sade (1740-1814), escrita durante el frenesí de la Revolución Francesa, nos brinda algunos de estos frutos secretos. La hermosa y lasciva Madame de Saint Ange, una de las heroínas del soez escritor, con su amorosa dedicación y elevado espíritu docente inicia a su encantadora y joven alumna Eugenia en los caminos del libertinaje. La única precaución consiste en evitar los hijos. A ella, su propio marido, con sus peculiares inclinaciones, le evita todo riesgo:

Mi marido era ya viejo cuando nos casamos. Desde la primera noche me previno de sus fantasías, asegurándome que, por su parte, no obstaculizaría las mías. Juré obedecerle y siempre hemos vivido en la más deliciosa libertad. El gusto de mi marido consiste en hacerse chupar, con este añadido: mientras, curvada sobre él, con mis nalgas sobre su rostro, yo chupo con ardor el licor de sus pelotas, ¡quiere que le cague en la boca!...¡Y traga!³¹

Para Eugenia es ésta una fantasía extraordinaria. Pero Dolmancé, el gran protagonista de la obra, un hombre libertino e impío, que colabora amigablemente en la educación de la joven, interviene para corregir a su discípula:

Ninguna puede calificarse así, mi querida; todas están en la naturaleza, que se complace, al crear a los hombres, en diferenciar sus gustos como sus rostros; no debemos asombrarnos más de las diversidades que ha puesto en nuestras inclinaciones que de las que ha colocado en nuestros rasgos.³²

La escena es, sin duda, repugnante. ¡Introducir mierda en la boca! Recibir por los labios materia tan asquerosa... Sentimos que es una abominable perversión. Más aborrecible aún que la de mi paciente. Pero he aquí que el héroe del inefable Marqués aduce, con

³¹ Sade, Marqués de "La filosofía en el tocador"

³² *Ibid.*

imperturbabilidad filosófica, que no constituye sino una ordinaria disposición natural. Y, de gustibus non est disputandum, de gustos no se discute. El argumento es asombroso y cínico. ¿Es posible que estos placeres, que nos parecen monstruosos, no sean sino deseos simples e inocentes? ¿Es concebible, acaso, que el inmortal Dolmancé tenga razón?

V

Sólo el libre examen de los hechos puede dilucidar la cuestión. En la búsqueda de la verdad, la costumbre, aún la más antigua y venerada, no es un argumento. Únicamente la observación desprejuiciada y serena, puede brindarnos conocimientos verídicos.

Miremos, pues.

La información acumulada sobre la utilización de excrementos humanos y animales en las prácticas religiosas, médicas y cotidianas en la vida del ser humano a través del tiempo y el espacio es verdaderamente sorprendente. Los indios zuñi, de Nuevo México, Estados Unidos, por ejemplo, después de entregarse a una tradicional danza ritual bebían ávidamente orina de una olla a grandes sorbos. Y cuando la danza se realizaba en una plaza era para ellos un honor comer excrementos de hombre y de perro. Los parsi, pueblo de la antigua Persia, después de levantarse de la cama, se frotan la cara y las manos con orina de vaca. Las mujeres, además de estas abluciones, luego de un parto deben beber también un poco de orina. La misma ingestión deben realizar los niños cuando son investidos con los emblemas de la fe de Zoroastro, fundador del mazdeísmo y parte indisoluble de la historia de los persas.

La Fiesta de los Locos, de Europa continental, que estuvo muy difundida en Francia, extendiéndose incluso hasta Rusia, está también íntimamente relacionada con la danza de los zuñi. Consistía en una misa cantada a la que asistían eclesiásticos con el rostro embadurnado de negro o cubierto con una máscara desagradable. En un momento dado, y en presencia del sacerdote celebrante, muchos se acercaban al altar y comían salchichas y morcillas, evidentes sustitutos de bastones fecales. (La traducción de la palabra francesa boudin es morcilla, pero también excremento). Finalizada la misa, y después de licenciosos abandonos, donde como en las danzas zuñi se advertía la presencia de hombres desnudos o disfrazados de mujer, los participantes montados en carros cargados de inmundicia se divertían lanzándolos a la multitud que los rodeaba.

La Fiesta de los Locos constituía, sin duda, una supervivencia pagana dentro de la Iglesia cristiana. En Francia desapareció con la Revolución; en otras zonas de Europa, en tiempos de la Reforma. La fiesta tenía lugar en el período que va de la Navidad a la Epifanía, como señalan Diderot (1713-1784) y D'Alembert (1717-1783), los pensadores franceses que en el s. XVIII dirigieron la Enciclopedia. Se ha querido derivar esta celebración de las saturnalias de la antigua Roma, fiestas religiosas y profanas con que los romanos conmemoraban anualmente el reinado de Saturno, o la edad de oro de la humanidad, donde reinaban la felicidad, la igualdad y la justicia. No pareciera ser ésta, sin embargo, una suposición probable, ya que la utilización de excrementos en el ritual religioso es común a toda la humanidad. Precisamente el término escatología, que proviene del griego skór, skatós: excremento, y

lógicos: tratado, sirve también para expresar todo el conjunto de creencias y doctrinas de ultratumba.

La coprofagia, el alimentarse con mierda y meada, es, además, un hábito muy difundido. En los manicomios es conocida la inclinación a comer excrementos de muchos de sus huéspedes. Aunque bien es cierto que estos extraños gourmets no habitan sólo en los asilos. El emperador romano Cómodo, que reinó de 180 a 192, célebre por su libertinaje, tenía las mismas debilidades.

Dicitur saepe paretiosissimis cibus humana stercora miscuisse, nec abstinuisse gustu.

“Se cuenta que a menudo mezclaba excrementos humanos con manjares refinadísimos y que no se abstenía de gustarlos.”

No es éste, por supuesto, un hecho excepcional. Los mismos gustos imperiales han sido compartidos por tribus primitivas desde Florida y Tejas, el este de las Montañas Rocosas, California, el Lago Superior en América del Norte, hasta los negros de Guinea, los salvajes de Australia, los nativos de Siberia, de Cochinchina, de África central, algunos devotos de la India, y aborígenes de la Patagonia... que no agotan la lista de estos extravagantes comensales. Los excrementos de las grandes personalidades religiosas han sido también alimentos muy valorados. En otros tiempos comer mierda del Gran Lama del Tíbet era una consagrada forma de veneración. La materia fecal era recogida cuidadosamente, secada y utilizada de distintas formas: como condimento, como polvo para oler o como medicina. Los tártaros y japoneses, aparentemente, adoraban también su estiércol. Sin embargo, y a pesar de originarse en vísceras sagradas, cuando los residuos fueron analizados por el doctor W. W. Mew, del ejército de los Estados Unidos, no se encontró nada interesante o singular. Del análisis se desprende que el Gran Lama debía seguir una dieta farinácea, ya que se observó una gran cantidad de almidón no digerido. Había también abundantes rasgos de celulosa, lo que señalaba que la harina ingerida era de calidad inferior, y una reacción blanda ante sustancias biliares pareció demostrar que no había obstrucciones en los conductos biliares.

Pero esta costumbre coprófaga no es exclusiva del lamaísmo. Quien se interese por estudiar las discusiones que sobre el tema de la Eucaristía han tenido en el curso del tiempo los creyentes cristianos, se sorprenderá al ver la gran trascendencia que la mierda ha tenido en ella. Dio, incluso, ocasión para que se acuñara un nuevo término: estercorista. Fue el nombre dado por la Iglesia Católica a aquellos que consideraban que la ostia estaba sujeta a la digestión y a todas las otras consecuencias que padece cualquier alimento. La célebre discusión teológica se inició en el año 831. En este orden de ideas es interesante señalar que en el Primer Evangelio de la infancia de Jesucristo, que parece haber sido acogido como auténtico por aquellos que profesaban la doctrina religiosa del gnosticismo y que pretendían tener un conocimiento instintivo y misterioso de las cosas divinas, así como también por Eusebio, Atanasio, Juan Crisóstomo y otros Padres de la Iglesia, se encuentran reveladoras citas que muestran los extraordinarios poderes que tenían los pañales del pequeño Cristo o el agua en que se lo lavaba. Es evidente que a los residuos del Nazareno se les atribuía, también, propiedades eficaces para una verdadera cura milagrosa.

No son extraños tampoco a la religión judía estos manjares escatológicos. Es sabido que el Señor ordenó a Ezequiel (Ezequiel, IV, 12), que mezclara estiércol en sus colaciones. Debía comer durante trescientos noventa días pan de cebada, trigo y mijo cocidos, debajo de excrementos humanos. El profeta se resistió a ese mandato, y entonces Yahvé le dijo:

He aquí que en lugar de excremento humano te daré estiércol de bueyes, con el que cocerás tu pan.

Estas conmovedoras muestras de piedad estercórea no son, sin embargo, comparables a la insólita devoción que romanos y egipcios sentían por los excrementos. Llegaron incluso a imaginar divinidades que tenían como función proteger a las letrinas, aunque aparentemente este culto fue copiado de la tierra de los faraones. Pero esta adoración no fue privilegio únicamente de pueblos europeos o asiáticos. También en América los antiguos mejicanos tenían una divinidad coprófaga. Se llamaba Suchiquecal, madre de los dioses, y se la representaba habitualmente en actitud de comer excrementos. Y existía también una diosa de estiércol denominada Tiacolquani, la comedora de estiércol, que presidía los placeres del amor y de la carne. No han sido menores los honores rendidos al pedo. En diversos pueblos se lo ha considerado con religiosa unción. Así, entre los egipcios, el Pedo era una divinidad que se la representaba como un niño agachado haciendo esfuerzos para cagar. Sin embargo, más impresionante aún era el culto sirio a Belgafor. Su ritual era excrementicio y obsceno:

Distendere coram eo foramen podicis et stercus offerere.

“Se destapan el ano ante él y le ofrecen su estiércol”.

Los pedos, tenían, pues, el carácter de verdaderas oblaciones; eran ofrendas al dios.

Entre los griegos eran señal de buen augurio, pero no así entre los romanos.

Ello dio origen a que Cicerón (106-43), el orador y filósofo latino, empeñara su ilustre elocuencia para desagraviar al Pedo, a quien consideraba una víctima inocente oprimida por la civilización de su tiempo.

Más tarde, los cristianos tampoco fueron ajenos a este sentido respeto. El monje alemán Martín Lutero (1483-1546), el promotor principal de la Reforma en el s. XVI, le atribuía grandes poderes disuasivos relatando a modo de ejemplo la historia de una mujer que:

Sathanum crepitu ventris fugavit.

“Puso en fuga a Satanás con ventosidades.”

Y ecos de esta creencia sobreviven todavía en nosotros en la conocida frase obscena: “Lo saqué a los pedos...”

Finalmente, last but not least, último en orden pero no en importancia, es necesario destacar el trascendental valor que la orina y la heces han tenido en la medicina de todos los tiempos. Ha sido la farmacopea más persistente. En el mundo antiguo Asclepiades (124-46 a.C.), médico griego, fue el primero que aconsejó el empleo de excrementos humanos. Era ésta ya una antiquísima costumbre en Oriente, especialmente en Egipto. Hipócrates (460-357), el padre

de la medicina, recomendaba también estos remedios. Tan difundida era esta medicación que Aristófanes llamaba a los médicos skatóphagous, comedores de excrementos. Esquines de Atenas, Jerapión de Alejandría, Dioscórides (s. I de nuestra era), Galeno (131-201), y Sexto Plácido (s. IV) cierran la lista de los escritores clásicos famosos por sus recetas médicas estercóreas. Una de ellas, por ejemplo, indicada para la cura de la tuberculosis, consistía en la mierda de un adolescente, seca y mezclada con miel ática:

...el chico, no obstante, tenía que estar alimentado con verdura y pan cocido, hecho con levadura y poco salado, preparado en un horno pequeño. También debía ser moderado en el beber vino.

Las enfermedades susceptibles de curarse con mierda y meada humana eran numerosísimas: cefaleas, insomnio, mareos, locura, melancolía, gota, convulsiones, parálisis, epilepsias, inflamaciones de los ojos, cataratas, otitis, hemorragias nasales, caries, pleuritis, cólicos, lombrices, sífilis, esterilidad... la lista es interminable. Los excrementos eran una verdadera panacea.

Y llegamos, así, al fin de nuestro recorrido por esta olorosa feria de residuos humanos. Las costumbres escatológicas de las más diversas comunidades humanas nos han sorprendido hondamente, pero al mismo tiempo nos dejan una buena lección: nuestra repugnancia hacia los excrementos no constituye una tendencia original de nuestra naturaleza. Por el contrario, es el resultado de una penosa adulteración. La meada y la mierda han sido objeto, en todos los tiempos y lugares, de reconocimiento y veneración. Se las ha considerado como manjares exquisitos y se les ha atribuido propiedades prodigiosas. Se les ha rendido, incluso, un religioso culto. Ha sido la civilización, con su progresiva instauración de severas prohibiciones morales, la que promovió nuestra contemporánea y artificial respuesta, llena de asco y repulsión. Ella es impresionante pero superficial. Los hechos hablan con luminosa claridad. Nuestra actitud más profunda hacia los excrementos no es de desprecio sino de amor.

Evidentemente, Dolmancé tiene razón.

VI

Ha sido uno de los inestimables méritos de Freud enseñarnos que el hombre primitivo convive diariamente entre nosotros. Y que no ha perdido sus inveteradas costumbres. En realidad, ha sido extraordinario que no lo advirtiésemos antes. Ahí está: His Majesty the baby!; ¡su majestad el bebé! Fue uno de sus grandes descubrimientos:

Limitándonos a cuanto hemos aprendido acerca de las funciones excretoras, el principal descubrimiento hecho por la investigación psicoanalítica es que el niño, durante las primeras fases de su desarrollo, recapitula normalmente todas las actitudes sucesivamente mostradas por la raza humana respecto a la evacuación, la primera de las cuales, probablemente, fue asumida cuando el *homo sapiens* se alzó de la tierra madre.³³

³³ Bourke, John Gregory “Escatología y civilización”

El niño es absolutamente impúdico con sus excrementos. Disfruta, por ejemplo, oliendo curiosamente sus heces. Arthur Rimbaud (1854-1891), el poeta simbolista francés, refiere cómo, de pequeño, en los bochornosos días de verano en que su madre le prohibía salir de su casa a jugar,...

il était entété à se renfermer dans la fraîcheur des latrines; il pensait là, tranquille et livrant ses narines.³⁴

“Tercamente se encerraba en el frescor de las letrinas; ahí pensaba tranquilo, dilatando sus narices.”

Sin embargo, el gran placer del pequeño salvaje es demorarse, morosamente, cagando. Es un goce que lo acompañará toda su vida, y a algunos, como el músico austriaco Wolfgang Amadeus Mozart (1756-1791), verbi gratia, con desbordante poder. El artista pasó por una época en que parecía fascinado por la expulsión de la mierda. En una carta a su madre celebraba los pedos en prosa y versos.³⁵ Y cuando tenía veintiún años escribió a su prima Anna Thekla diecinueve cartas verdaderamente procaces. En una de ellas, el 5 de noviembre de 1777, le decía:

Te deseo buenas noches, pero antes cágate en la cama.³⁶

Y en otra del 13 de diciembre:

He estado cagando, así se dice, casi veintidós años por el mismo agujero, que no está nada gastado.³⁷

Y otros, al llegar a la adultez, le tributarán a la defecación poéticos honores, como en los exagerados pero correctos versos de Quevedo:

No hay contento en esta vida que se pueda comparar al contento que es cagar.

Y no faltará quien, como el escritor irlandés James Joyce (1882-1941), autor de Ulysses (1922), rinda al flatus un voluptuoso culto. Los describía y clasificaba con la seguridad de un experto. A su novia Nora Barnacle le escribía, nostálgico, el 8 de diciembre de 1909:

Tenía el culo pedorriente aquella noche, cariño, y te los fui sacando, gordos ellos, huracanados, rápidos, menudos, alegres petardeos, y muchos pedos breves y desobedientes que acababan en un prolongado farfullar de tu agujero. Es maravilloso coger a una hembra pedorrera si a cada embestida sacas un pedo. Creo que reconocería los pedos de Nora en cualquier parte. Ruido juvenil, y no como esas ventosidades húmedas y sin ruido que supongo han de tener las casadas gordas. Repentino, seco y hediondo, como el que una chica descarada se tiraría

³⁴ Garma, Ángel “Sadismo y masoquismo en la conducta humana”

³⁵ Durant, Will y Ariel “Rousseau y la Revolución”

³⁶ Ibíd.

³⁷ Ibíd.

por la noche y para divertirse en el dormitorio de un pensionado. Espero que Nora no deje de tirárselos en mis barbas para que yo pueda reconocer su olor.³⁸

Pero el pequeño salvaje, que es el eterno inspirador desde el inconsciente de todos estos placeres adultos, no muestra sólo gran interés en expulsar y oler los excrementos. Además, le gusta chapotear en ellos. Los mira, los toca y señalando el camino del imaginativo Marqués... ¡los come!

Toda la conducta del niño muestra tan inocultable cariño por las heces como curiosidad por sus ventosidades. Y es razonable que así sea. La materia fecal es algo que ha estado primero adentro de su cuerpo para después salir, lenta y placenteramente, a la luz del día. ¡Es su primera obra! ¡La primera producción que lleva la marca de sí mismo! Constituye una realización que lo colma de un orgullo perdurable. ¡Cuántos adultos, todavía, observan su copiosa cagada en el inodoro con indisimulable ufanía!

Sin embargo, el niño no ama sólo sus propios excrementos, sino también los ajenos. Sobre todo los de los seres más queridos: papá y mamá. Su placer estercóreo no es únicamente egoísta sino también social. Quiere compartir con ellos su gozosa intimidad. Los invita o los visita en el baño, que para él es un lugar de encuentro preferido. Quiere disfrutar en comunidad los agradables momentos; lo pide y hasta lo exige imperiosamente. Y este promiscuo placer sobrevivirá, apenas disimulado, en su vida adulta.

John Gregory Bourke (1843-1906), un estudioso de los ritos escatológicos del ser humano, nos cuenta una ilustrativa anécdota. Se refiere a un gran Magnífico de Venecia que durante el Renacimiento había sido embajador en Francia. El alto dignatario era de las personas que no se deciden nunca a renunciar a esta infantil sociabilidad excrementicia. Sucedió así que un día, al conceder audiencia a un noble personaje, lo hizo permanecer con él en el excusado, como gesto de particular deferencia, hasta que acabó de atarse los pantalones. Y cuando sintió deseos de sentarse otra vez en el orinal, generosamente... ¡lo mandó nuevamente a llamar!

Los hombres y las mujeres siempre han encontrado placer en alivianarse entre las amenas charlas que brotan de las amables compañías. Entre los romanos, por ejemplo, en tiempos del poeta satírico Marcial (42-104), estas fragantes camaraderías no eran nada desdeñables. Los suecos tienen una máxima reveladora: Svensk man pisar inte ensam; hombre sueco no mea solo.³⁹ Y entre los italianos es muy conocido el proverbio marchigiano que dice:

Chi non piscia in compagina
o fa il ladro o fa la spia.

*“Quien no mea en compañía o es un ladrón o es un espía”.
Y en todos lados la difundida costumbre de leer en el baño es heredera, también, del mismo placer infantil. ¿No decimos, acaso, que la lectura es una “buena compañía”?*

³⁸ Carta publicada en “Campo de l’arpa”, Revista de Literatura N° 52, junio 1978, Barcelona

³⁹ Cela, Camilo José

Nuestra afable sociedad excrementicia con nuestros padres será trascendente. También inconmensurable. Y dejará para siempre su huella en el alma. Constituirá el modelo inconsciente de nuestra sociabilidad adulta, la rica inspiración de las reuniones, el incansable motor de las rituales charlas de café, y la fuente de todas las variadas formas de agrupación en que se expresa la cálida vida gregaria del hombre.

VII

La intimidad escatológica con nuestros padres es, sin duda, una de las grandes delicias de la infancia. Pero como todas las primicias de la sexualidad infantil debe, inexorablemente, sucumbir. La concupiscencia no ha de ser eterna, ya que la lujuria excrementicia constituye un placer incestuoso. El tabú será implacable con ella.

Las ignominiosas palabras obscenas culo, mierda, cagar, mear, pedo, provocan sensaciones eróticas muy fuertes y muy... prohibidas. Nos suscitan un verdadero shock. Por eso son tan vívidas y alucinantes. Si ocupasen libremente su lugar en nuestro lenguaje diario despertarían poderosas representaciones de los órganos excrementicios y de sus secreciones. También de las personas que los poseen y las producen. Y se rasgaría un velo invisible y silencioso. Y, entonces, nuestra atónita mirada descubriría que los seres humanos que nos rodean, con periodicidad animal, cagan, mean, se tiran pedos, y que... ¡nuestros padres también! Nos veríamos así envueltos, irremediablemente, en una atmósfera turbadora e inquietantemente erótica. No, no es posible usar "malas" palabras. Son demasiado verídicas. Y, sin embargo, muchas veces necesitamos hablar de nuestra fisiología vergonzosa. ¿Cómo hacerlo pues?

En principio tenemos a disposición los términos científicos. Pero no sólo a ellos. El tabú, curiosamente, se muestra también muy relajado con otras voces. Podemos también decir, por ejemplo, pichí y caca para referirnos a la meada o la mierda. O pichilín y cotorra, o cualquier sucedáneo similar, para aludir al pene o a la vulva. Son los habituales eufemismos o diminutivos que utilizamos para nombrar los órganos sexuales y las deyecciones de los niños. Ellos nos representan sus reducidas dimensiones y sus magros exudados. Evidentemente no es difícil descubrir la explicación de esta franquicia moral. La prohibición nos permite pensar libremente en el cuerpo humano desnudo siempre que se trate de una anatomía infantil. La sexualidad adulta es la que está proscripta. Más precisamente la de papá y mamá. Éste y no otro es el propósito inflexible del código ancestral.

Este nuevo conocimiento enriquece nuestra caracterización de las "malas" palabras y podemos formularlo así: las palabras obscenas hablan siempre de la anatomía adulta.

Por este motivo, el hablar ñoño y poblado de diminutivos que caracteriza a muchos adultos es índice seguro de sometimiento sexual. La conciencia les permite el erotismo con la condición de atrofiarlo. Para ellos el infantilismo es el precio del placer.

El desenlace de este afán moralista es siempre la neurosis. Freud describió, prolijamente, el penoso resultado de este impropio esfuerzo:

El poder que dificulta a la mujer, y en menor grado también al hombre, el goce de la obscenidad no encubierta es aquel que nosotros denominamos “represión”, y reconocemos en él el mismo proceso psíquico que en graves casos patológicos mantiene alejados de la conciencia complejos enteros de sentimientos en unión de todos sus derivados, proceso que se ha demostrado como un factor principal en la patogénesis de las llamadas psiconeurosis.⁴⁰

El psicoanálisis busca, por lo tanto, levantar la represión. Y la liberación del placer anal y uretral es uno de sus propósitos definidos. Se han inventado, incluso, ingeniosos procedimientos para que el enfermo abandone sus inhibiciones. Así, el psicoanalista Georg Groddeck, de indómito carácter y muy querido por Freud, acostumbraba a pedir al paciente incrédulo –Das Buch vom Es (1923)- que en nombre de la investigación hiciera el experimento de permitir que:

... la orina corra sobre sus brazos y muslos, pues de lo contrario no podrá creer que el niño siente placer en ello y además considera pérfidos a los adultos que de tarde en tarde se proporcionan un placer semejante creyéndolos antinaturales, viciosos y enfermos. Lo único que está enfermo de eso es el miedo. Inténtelo usted. Lo difícil es hacerlo sin sentirse cohibido.⁴¹

Sus recomendaciones, además, no se limitaban a estos dorados y cálidos baños. Los invitaba, también, a revolcarse en el grummus merdae; les vaticinaba el retorno de un antiguo placer:

Y no hablemos de hacer mierda y acostarse sobre ella. Concebir la idea de hacerlo lleva días enteros de cavilaciones y apenas tres o cuatro, de los que sedientos de saber deseaban investigar bajo mi dirección el desarrollo del inconsciente, se atrevieron a hacerlo. Pero me confirmaron lo que yo afirmaba.⁴²

San Agustín (354-430), en el despertar de nuestra era, veía en el cuerpo y en la sensualidad el pecado más grande y la fuente de todo mal. Y para robustecer su argumento formuló una frase célebre: inter feces et urinam nascimur; entre heces y orina nacemos. Los excrementos eran para el santo la prueba irrecusable de la ruindad de nuestra carne. Muchos siglos después el lúcido Voltaire, con mayor sagacidad y amplitud de espíritu, reconoció en cambio en las deyecciones uno de los portentos de la mano de la naturaleza. La evacuación de los excrementos es tan necesaria para la vida como la manutención. Y no dudaba en afirmar que se necesita tanta industria y tanto poder para producir la defecación y preparar los conductos que le dan salida, “como para producir el semen que les dio vida a Alejandro, Virgilio, Newton y Galileo”.⁴³ Finalmente, en nuestra época Freud agregó que la meada y la mierda no son, como pretendía el ascético obispo de Hipona, señal de nuestra

⁴⁰ Freud, Sigmund “El chiste y su relación con el inconsciente”

⁴¹ Groddeck, Georg “El libro del Ello”

⁴² Ibíd.

⁴³ Voltaire “Diccionario filosófico”

natural vileza física, sino que, por el contrario, en esos residuos húmedos y olorosos se revela también, con ímpetu inagotable, el inmortal y salaz instinto que todo lo cubre y todo lo envuelve con su manto cálido y carnal.

VIII

El tabú exige, imperiosamente, reprimir el deseo incestuoso. Es necesario, por lo tanto, exorcizar el maligno y mágico poder de las "malas" palabras. No es posible tolerar vocablos que lo evoquen con tanto vigor. Ése es todo el secreto de la interdicción.

Pero al ahuyentar las temidas voces se alejan también las emociones unidas a ellas. Y entonces Eros, el pícaro y retozón dios del amor, sufre entrañablemente porque penetra en un mundo aséptico y frío. Un mundo de términos científicos y alusiones infantiles. Un mundo sin pasión.

Y las consecuencias son muy serias, porque, como el psicoanálisis ha demostrado cumplidamente, sólo los que no se asustan de sus pasados placeres incestuosos pueden amar intensamente. Al no reprimir sus recuerdos o reminiscencias infantiles no renuncian tampoco a los fogosos sentimientos que los acompañan. Y disponen de ellos para un nuevo amor. Quien se avergüenza de su primer amor no tendrá otros. Y la pasión excrementicia es un importante ingrediente del deseo.

La añoranza inconsciente de aquella temprana e infantil promiscuidad escatológica con sus padres es la que excitaba fuertemente a Mellors, el célebre guardabosque imaginado por el genio de D. H. Lawrence (1885-1930), en su difundida novela El amante de Lady Chatterley (1928), cuando dirigiéndose a la gozante Connie le decía:

-Me alegro de que cagues y mees. No quiero a una mujer que ni caga ni mea.

Connie no pudo reprimir una súbita carcajada de asombro; pero él siguió impassible.

-¡Vos sos real! Sos real y hasta un poco puta. Por aquí cagás y por aquí meás, y te pongo las manos en los dos lados y me gustás por eso. Me gustás por eso. Tenés un auténtico culo de mujer, orgulloso de sí. Y no se avergüenza de serlo.

Posó la mano apretada y firme sobre los lugares secretos de ella, en una especie de íntimo saludo.

-Me gusta- dijo él -. ¡Me gusta! Y aunque viviese diez minutos, y te acariciase el culo, consciente de ello, consideraría que había vivido una vida entera. ¡Con sistema industrial o sin él! Éste es uno de los momentos trascendentales de mi vida.

Connie se dio vuelta y se encaramó en su regazo estrechándose contra él.

-¡Besame!- susurró.

V. Crueldad y sumisión

Mientras que la castración puede ser una muy importante idea inconsciente de castigo en el masoquismo masculino, no es en modo alguno la única, como supusieron durante mucho tiempo los analistas. Junta o separadamente con la idea de castración, aparecen otras más grotescas, como la de ser usado por otro hombre como mujer, de ser violado o fecundado.

THEODOR REIK
(*Masoquismo en el hombre moderno*,
I, Cap. X, 1949)

I

Dolmancé se enteró por uno de mis amigos del soberbio miembro que, como sabés, tengo. Comprometió al marqués de V... a que me invitara a cenar con él. Una vez allí fue necesario exhibir mi miembro. Parecía al principio que el único motivo era la curiosidad, pero pronto un hermoso culo que se me ofrece y del cual se me suplica el goce me hizo ver que sólo el placer era el objeto de este examen. Advertí a Dolmancé de todas las dificultades de la empresa y nada lo acobardó: "Estoy hecho a prueba de catapultas –me dijo-, y no tendrá la gloria de ser el más respetable de los hombres que perforaron el culo que le ofrezco". El marqués estaba allí moviendo, tocando, besando todo lo que uno y otro sacábamos a luz. Me muestro... quiero al menos algunos preparativos: "No haga eso –dijo el marqués- pues le haría perder la mitad de las sensaciones que Dolmancé espera de usted; él quiere que se lo parta... que lo desgarré..."⁴⁴

Así relata El Caballero, hermano de nuestra conocida Madame de Saint Ange, su primer encuentro con Dolmancé. En su lujuriosa descripción la autenticidad alcanza su clímax por el uso de "malas" palabras. Ello es indudable. Imaginemos si no, por mera curiosidad académica, qué es lo que hubiera sucedido si Dolmancé en vez de pedirle a su partenaire que le "rompa, le desgarré el culo", le hubiese propuesto, con acento psicoanalítico, tener... ¡un coito anal con él!

Es evidente que la escena habría perdido, vertiginosamente, su poder lúbrico. De la turbadora calentura únicamente sobreviviría una débil y casi hipócrita alusión. Y ello sería así porque las palabras obscenas le dan al cuadro sexual no sólo una poderosa reverberación afectiva sino también una genuina descripción de motivos. No es meramente que algo entre en su *culo* lo que anhela el héroe de Sade, sino algo que entre desgarrando y rompiendo. No sólo quiere placer, sino placer doloroso. No quiere tener un coito anal. Quiere... ¡que le *rompan el culo!*

Y en la diferencia de palabras existe un abismo de significado. Y es, precisamente, esta tremenda sinceridad la que otorga al insólito Marqués su permanencia y singularidad. El psiquiatra Richard Freiherr von Krafft-Ebing en

⁴⁴ Sade, Marqués de

su libro *Psychopathia sexualis* (1886), lo inmortalizó acuñando con su nombre una denominación específica para el goce de la crueldad: el sadismo. *Romper el culo*, es pues, la frase obscena, la “mala” palabra, que ocupa ahora nuestra atención.

II

El *culo* posee un atractivo misterioso. “¡Qué culo más precioso tenés!”, oía decir Lady Chatterley a su amante mientras se sentía acariciada larga y tiernamente. Y agregaba el guardabosque luego del sentido homenaje:

*¡Vos no sos de esas chicas de culo de botón, que parecen jovenzuelos! ¡Vos tenés un trasero auténticamente suave y redondo, como les gusta de veras a los hombres! ¡Un trasero que podría sostener al mundo!*⁴⁵

A veces, es cierto, estas voluminosas esferas posteriores del cuerpo femenino suscitan amorosos deseos de besarlas y morderlas suavemente, mostrando que evocan a las otras dos dulces prominencias que preceden orgullosamente a la mujer: sus *tetas*.

Pero, no obstante, es indiscutible que frente a una mujer arrodillada que ofrece franca y provocativamente un soberbio *culo*, como en los famosos frescos pompeyanos de la Casa de los *Vettii*, se despierta en el hombre un definido y seguro anhelo de penetrar violentamente. La plenitud rozagante de un culo femenino es siempre irresistible. Por ello la opulencia femenina ha sido siempre un motivo exaltado por la literatura. Como en este epigrama de Marcial (*Epigramas*, XI, 100):

No quiero, ¡oh Flacco!, una amante que sea como un hilo en cuyos brazos se pueda introducir un anillo con culo afilado y rodillas agudas...

El impetuoso deseo de poseer analmente a una mujer, a “la manera italiana”, como decía Benvenuto Cellini (1500-1571), el turbulento orfebre renacentista, está siempre presto a surgir en el hombre enardecido. Y es que cada órgano sexual tiene un poder singular para convocar a los instintos. Un poder diferenciado y específico. Las *tetas*, la ternura; el *culo*, el sadismo.

El fuerte encanto del trasero femenino es una nota constante a través del tiempo y el espacio. Y a veces, para nuestro gusto asume proporciones insólitas. Los negros hotentotes, por ejemplo, que viven cerca del cabo de Buena Esperanza, admiran especialmente a muchas de sus mujeres que tienen la parte posterior del cuerpo proyectada de una manera extraordinaria. Se vio así una vez que una de ellas, considerada una beldad, estaba tan desarrollada por atrás que cuando se sentaba no podía levantarse. Para hacerlo debía arrastrarse hasta llegar a un promontorio. Y esta peculiaridad femenina se encuentra también en otras tribus negras. Los hombres de Somalia, en África oriental, “escogen a sus mujeres poniéndolas en hilera y tomando la que proyecta más a *tergo*. Nada puede parecer al negro más horroroso que la forma contraria”.⁴⁶

⁴⁵ Lawrence, D. H.

⁴⁶ Darwin, Charles “El origen del hombre”

La Venus “posterior” tenía muchos admiradores, también, en la antigua Grecia. Ahí las chicas, como las de ahora, concursaban públicamente para ver quién tenía muslos más perfectos. Incluso a la Venus Callipyge, que significa “la diosa de las nalgas”, le fue dedicado un templo en Siracusa.

No obstante, hubo períodos en que el placer de “gozar detrás de Venus” fue duramente condenado. El cristianismo contribuyó decididamente a ello. En una época tan temprana como el s. VI, en Francia, el monje San Benito de Aniana (750-821) advertía seriamente a los creyentes en su *Summa Benedicti*, que era pecado mortal “conocer analmente a la esposa”. Y la interdicción con el correr del tiempo alcanzó intimidante magnitud. Así en el s. XVI hubo ya mujeres que lograban que sus maridos tolerasen sus adulterios bajo amenazas de denunciarlos por haberlas querido gozar por el culo. Y el capricho... ¡les hubiera costado la vida!

El castigo de los homosexuales masculinos no era por supuesto el más ligero. Desde la Edad Media el cadalso constituía para ellos un destino manifiesto. El severo Dante (1265-1321), en su *Divina Commedia* (1304-1318), los condenó sin misericordia al suplicio eterno de su *Inferno*. Y todavía en pleno s. XVIII estos desdichados calmaban su pasión en el fuego de las hogueras.

Pero la condena moral, si bien implacable en sus penas, ha sido siempre muy parca en sus razones. Con el santo francés se ha limitado a sostener que la sodomía es vituperable porque “atenta el orden natural”. Y para sus preceptos sólo es natural, en el arte de amar, lo que conduce a la concepción. La tesis es evidentemente muy estricta y... ¡dificilmente la acepte algún amante! Además es muy discutible. Porque, ¿qué niño puede nacer de los apasionados besos en que se cruzan incansablemente las lenguas? ¿Qué embarazo puede aguardarse, razonablemente, como fruto de chupar una teta, introducir dulcemente la lengua en la oreja o morder suavemente un grácil cuello? No hay duda de que la naturaleza, que es quien nos sugiere estos cálidos placeres, tiene propósitos eróticos mucho más amplios y variados que los que pueda prescribir cualquier prolijo catecismo.

No menos estrecho e inconsistente es el argumento higiénico de la repugnancia: introducir la *pija* donde está la *mierda*. Es obviamente superficial. Como señalaba Freud, no es un razonamiento mucho más sólido que el que dan “las chicas histéricas para explicar su repugnancia ante los genitales masculinos: esto es, que sirven para la expulsión de la orina”.⁴⁷

No obstante, lo que es indiscutible es que esta antigua pasión se apoya en un conspicuo rasgo de la conducta humana, a veces angélicamente negado: la crueldad. El goce en infligir y padecer dolor físico y moral. Ella es su verdadera esencia.

III

Pero el creador del psicoanálisis nos brindó, además, otra interesante precisión. Creía que la *poedícatio*, la sodomía entre los hombres, como en el caso de Dolmancé, se inspiraba en la penetración anal de la mujer. Para él la homosexualidad masculina tenía su modelo en las hembras lujuriosas.⁴⁸

⁴⁷ Freud, Sigmund “Una teoría sexual”

⁴⁸ *Ibíd.*

Ahora bien, en este aspecto, Donatien Alphonse François, marqués de Sade, pensaba al revés:

Confieso mi debilidad. Convengo en que no hay goce preferible a éste; lo adoro en uno y otro sexo, pero aceptemos que el culo de un chico me da más voluptuosidad que el de una chica. Llaman bufarrón a quien se libra a esta pasión; ahora bien, cuando se es bufarrón hay que serlo completamente. Fornicar mujeres por el culo no es serlo sino a medias: en el hombre es donde la naturaleza quiere que el hombre cumpla esta fantasía, y para el hombre nos ha dado esta afición.

La opinión de Freud es seductora, pero la vida no le ha escamoteado razones, tampoco, al escritor "maldito". Por el contrario. La frase obscena *romper el culo* es, en verdad, una típica imagen masculina. Un lugar común en las conversaciones de varones. Constituye una clara manifestación de triunfo y de violencia: "A éste le voy a *romper el culo*". O de irritada expectativa: "Aquél nos quiere *romper el culo* a todos". Y por lo demás, ¿qué otra cosa que un simbólico *romper el culo* es el difundido "corte de mangas" donde el elevado antebrazo representa la dura *pija* agresivamente ofrecida al adversario? ¿O el mostrar y ofrecer provocativamente a otro hombre, rodeándolos con la mano la braguita, los propios genitales?

Tal vez no exista otro modo de expresión que muestre tan drásticamente el propósito profundo y oculto de la victoria y dominio de un hombre sobre el otro. Y es que en la raíz profunda de todo conflicto viril, la lucha es siempre por conquistar la mujer. Ser el más macho, disfrutar de la hembra y someter, femeninamente, al rival. Y este motivo latente está pronto para alimentar, inconscientemente, con su fuerza inagotable, cualquier discordia. Y si no fuese así, ¿cómo explicar que sea cual fuese el motivo declarado de disputa: pretensiones económicas, pasiones políticas, rencillas familiares o enconos deportivos, la misma imagen obscena la caracterice hasta el cansancio? Es indudable que todo conflicto entre hombres despierta en la raíz del alma, detrás de las querellas manifiestas, la cuestión sexual. De allí la popularidad y ubicuidad de esta proverbial "mala" palabra.

La idea de *romper el culo*, parecería, así, haber nacido en un mundo de varones. Freud *versus* Sade.

¿Quién tiene razón?

IV

En verdad, el origen del sólido vínculo entre la analidad y el sadismo constituye todavía un enigma para los psicoanalistas.⁴⁹

¿Cuál es la causa por la que el culo aparece tan unido con la crueldad?

No ha habido hasta ahora una respuesta segura. Y sin embargo esta afinidad erótica es un hecho de observación cotidiana. Acaso, ¿no oímos con frecuencia decir a los amenazantes padres a sus hijos: "¡Mirá que te voy a dar un chirlo en la cola!". Y por otro lado, ¿quién no ha tenido más de una vez un impulso irresistible de dar una patada a la persona agachada que exhibe temerariamente su *culo*? La experiencia diaria es, sin duda, elocuente.

⁴⁹ Ferenczi, Sandor "Thalassa: A Theory of Genitality"

Y desde la Antigüedad podemos rastrear con seguridad esta casi inextricable *liaison* a través de las épocas y las costumbres. Y no solamente en la forma violenta de la penetración del pene en el ano sino también en algunos de sus sangrientos derivados y sustitutivos simbólicos.

Tal es el caso de la flagelación.

El azote ha sido uno de los más antiguos métodos de castigo. El antiguo Egipto, que como ningún otro pueblo grabó incansablemente sus historias y leyendas en los muros de sus edificios, nos muestra ya en sus bajorrelieves casi en los umbrales de la historia, a severos celadores que azotan profesionalmente a prisioneros y esclavos. Moisés, el héroe judío, tuvo que huir precisamente del país del faraón por haber dado muerte a uno de estos cabos de vara. Este castigo era también conocido por el derecho sagrado judío. El delincuente tenía que echarse en tierra y en presencia del juez recibía los golpes con una vara; pero no debían rebasarse los cuarenta.⁵⁰ Entre los romanos el hombre desnudo era sujeto al cuello con una horqueta y luego azotado,⁵¹ y en el cristianismo las prácticas flagelatorias, indicadas como penitencia, se remontan casi a sus mismos orígenes.

Su primer florecimiento, no obstante, tuvo lugar hacia fin del s. XI, donde era común que los fieles fueran azotados en los locales contiguos a la iglesia. Santo Domingo (1170-1227), en el s. XII, consideraba que mil latigazos eran equivalentes, como castigo, a la recitación de diez salmos penitenciales. Y hacia la mitad del s. XIII la flagelación estalló en medio de interminables procesiones que, guiadas por sacerdotes, estaban pobladas por convencidos devotos de estas sangrientas muestras de piedad. A veces, incluso, participaron poblaciones enteras.

Por supuesto que esas feroces efusiones no se agotaron en esa edad oscura.

De ninguna manera. La pena de azotes continuó inmutable a través de la historia su lacerante faena hasta llegar a nuestros días. Así, por ejemplo, en las viejas penitenciarías alemanas, con diabólica rutina, se flagelaba a los reclusos al entrar y al salir de la prisión, y con frecuencia, todos los viernes.

En Inglaterra este castigo recién fue abolido en 1948. En este país los azotes fueron muy populares en el s. XIX, donde llegaron a convertirse en un verdadero furor en el hogar, la escuela, el burdel, y en sanción por delitos criminales.⁵² Como siempre, los castigos eran mucho más crueles en los códigos militares. El sadismo alcanzaba allí grados de infame premeditación. En una visita al viejo buque insignia del famoso almirante Nelson (1758-1805), el *Victory*, los conmovidos huéspedes pudieron observar a un marino condenado a la pena de azotes, al que le habían dado veinticuatro horas para trenzar por sí mismo el gato de nueve colas con cuerdas embreadas con el que luego sería flagelado.⁵³

Era tan grande esta pasión por el látigo entre los hijos de la rubia Albión que se hizo famosa más allá de sus fronteras. En el continente europeo se la conocía como *le vice anglais*, el vicio inglés.

La historia de las vicisitudes de este cruel castigo nos brinda ricas sugerencias en nuestro viaje por el mundo de las “malas” palabras. A su influjo podemos intuir un fenómeno sorprendente. Y de gran utilidad en nuestro estudio. En

⁵⁰ Hentig, Hans von “La pena”

⁵¹ *Ibíd.*

⁵² Montgomery Hyde, H.

⁵³ Hentig, Hans von

breves palabras, es dable sospechar que el *azote* no es sino una forma enmascarada de *romper el culo*.

V

Analicemos los hechos.

Estamos acostumbrados a pensar que los azotes se reciben en la espalda, sobre el torso desnudo, y que el instrumento de castigo lo constituye el látigo que blande implacable el verdugo. La idea no es incorrecta, pero tampoco es totalmente exacta. Más bien es el resultado de una larga evolución. Su último producto. Primitivamente no era así. Ni la espalda era objeto del sádico ataque, ni el látigo su herramienta. En verdad siempre fue el *culo* el destinatario original de estos crueles fervores. Y no fue tampoco al principio un objeto flexible sino rígido el instrumento de castigo.

El hombre del látigo puso siempre sus ojos, privilegiadamente, en las carnosas asentaderas humanas. En Inglaterra durante la euforia victoriana por la flagelación, ése era el lugar preferido. Se desarrolló así una extensa y minuciosa literatura sobre esta excitante zona anatómica. Y merece especial mención, en este sentido, el libro que sobre el tema se atribuye a un joven escritor bretón llamado Hughes Rebell, titulado generosamente:

Las Memorias de Dolly Morton, historia de la participación de una Mujer en la Lucha para Liberar a los Esclavos. Relato de las Flagelaciones, Violaciones y Violencias que precedieron a la Guerra Civil en Estados Unidos, con Curiosas Observaciones Antropológicas sobre las radicales diversidades en la conformación del Culo Femenino y la manera en que Distintas Mujeres soportan el castigo.

Dolly, que es huérfana, viaja a un lugar en el estado de Virginia, exactamente en medio de los estados esclavistas. Luego de diversas contingencias se convierte en amante del propietario de una gran plantación llamado Randolph. Y es sometida por éste a castigos con látigos y varas de abedul. Tras la flagelación, Randolph, excitado, hacía el amor con Dolly.

Pero la predilección por el trasero humano en los castigos no fue, por supuesto, un privilegio inglés. En absoluto. En el continente europeo, en los colegios jesuitas, por ejemplo, florecía aún a fines del s. XVIII. Todos los días los niños indisciplinados eran entregados al "padre" corrector para la pública vindicta. Eran aferrados entonces, cada uno a su turno, por dos frailes que los inmovilizaban, mientras el "padre" les bajaba los pantalones dejando al descubierto el *culo*; los golpes oscilaban entre diez y doscientos. Ésta era, por otro lado, una rancia costumbre de las congregaciones religiosas. Así, los benedictinos, en el s. VI, debían arrodillarse o levantar su túnica hasta descubrir los glúteos para recibir allí los azotes del superior. Y hasta el s. XVIII la fustigación fue la pena generalmente reservada en toda Europa para las putas, adúlteras o brujas redimidas de la hoguera. A todas, previamente, se las desnudaba en público. Y en Roma durante mil años fue para la plebe un lugar obligado de cita, el feroz espectáculo en el que el verdugo pontificio ensangrentaba el *culo* de las condenadas...

Todavía en nuestro siglo, en 1915, en las prisiones de Alemania la pena de azotes se aplicaba sujetando al delincuente de pies y manos a un potro de tormento,

de manera que las nalgas queden muy tensas; luego con un bastón, un vergajo, un látigo de cuero o una vara, se administran de veinticinco a sesenta golpes en las nalgas desnudas, pudiendo variar la cifra máxima...

No existía, no obstante, unanimidad de criterios en todo el país sobre si debía azotarse sobre el trasero desnudo o sin quitar la ropa. En Sajonia, por ejemplo, el *culo* debía estar desnudo, pero en Prusia y Oldenburg la cuestión seguía sin resolverse. En los Estados Unidos, para la misma época, en las flagelaciones ejecutadas durante el verano en Canon City, estado de Colorado, los presos eran desnudados, también, con anterioridad al castigo. Y en general los azotes sobre las asentaderas descubiertas, tanto en hombres como en mujeres, siempre han sido considerados como una forma agravada de castigo.

Pero nuestros descubrimientos no terminan aquí.

El carácter simbólico de *romper el culo*, propio de la *flagelación*, resalta aun más cuando advertimos que, además, prístinamente, el látigo no consistía, como ahora, en un elemento flexible de cuero o soga, o aun de pesadas cadenas como prefería el crudelísimo emperador romano Calígula (12-41), sino que era de material rígido y forma alargada. Es decir, un típico símbolo del falo. El conocimiento del simbolismo genital nos es en este punto de gran ayuda. Constituyó uno de los hallazgos más interesantes de Freud, aunque muchos humanistas y antropólogos lo habían señalado ya, ocasionalmente, en el estudio de culturas antiguas y primitivas. "Todos los objetos alargados -decía-, bastones, troncos de árboles, sombrillas y paraguas (estos últimos por la semejanza que al abrirlos presentan con la erección) y todas las armas largas y agudas, cuchillos, puñales, picas, son representaciones del órgano genital masculino."⁵⁴ Así deben interpretarse, pues, las ramas o retoños de higueras que se usaban para fustigar en las fiestas Targelias de Atenas en honor de Apolo y Diana, como igualmente el mazo de paja, las varas de abedul, los palos de avellano o los bastones que ilustran con sus sangrientas huellas esta sádica historia de dolor.⁵⁵

Por lo demás no fue necesario el advenimiento del psicoanálisis para reconocer que en torno a la pena de azotes brota siempre un hálito de sensualidad. En Delaware del Sur, Estados Unidos, la picota a la que se ataba a los condenados, que habitualmente era una columna de piedra o de ladrillo y argamasa (una característica representación fálica), estaba pintada de rojo. Cuando el infeliz era atado a ella, de manera que parecía abrazarla, los negros solían decir, en alusión a la velada sumisión sexual, que abrazaba a Juanita la Roja. Y entre los marineros británicos, tan expuestos siempre a la flagelación, era muy familiar una parecida fantasía masoquista. Se decía del que era atado a un cañón (otro conocido símbolo del miembro viril) para ser azotado, que lo hacía para "casarse, abrazar o besar a la hija del artillero".

⁵⁴ Freud, Sigmund "La interpretación de los sueños"

⁵⁵ Hentig, Hans von

Podemos sintetizar ahora nuestros nuevos conocimientos. Es evidente que en este atroz castigo ha tenido lugar un fenómeno que Freud descubrió tempranamente en su aventura por el ignoto mundo del inconsciente: el desplazamiento. Los deseos y sentimientos no permanecen adheridos para siempre a los seres u objetos a los que un día invistieron. Sufren distintas vicisitudes y a menudo buscan nuevos destinos. Por supuesto, éste es un proceso inconsciente. No podemos advertirlo. Pero tiene lugar una verdadera transposición de afectos. Es un suceso normal en la economía psíquica de ese mundo abisal. Una característica singular de ese mundo maravilloso:

Tal idea es la de que en las funciones psíquicas debe distinguirse algo (montante de afecto, magnitud de la excitación), que tiene todas las propiedades de una cantidad -aunque no poseamos medio alguno de medirlo-; algo susceptible de aumento, disminución, desplazamiento y descarga, que se extiende por las huellas mnémicas de las representaciones como una carga eléctrica por las superficies de los cuerpos.⁵⁶

Y ello es lo que ha acaecido aquí con *romper el culo* y la *flagelación*. A través del tiempo un proceso de desplazamiento de afectos ha tenido lugar. Los impulsos crueles, inconscientemente, cambiaron su rumbo: se dirigieron desde el *culo* a la espalda, y desde la *pija* a la vara o bastón, y de allí al látigo. En muchos casos, incluso, como en el de nuestra conocida heroína literaria Dolly Morton, los azotes y el coito se suceden sin interrupción descubriendo su afinidad primordial. Y el mismo hecho era muy común en Brasil durante la época de la colonia. Este extravío emocional se producía mayormente en los tumultuosos años de la pubertad, por la sumisión del joven esclavo a los caprichos de su también juvenil señor. Era la llamada “bastonada” en que la fustigación con el bastón en el trasero del desamparado negro culminaba con la penetración de otro “bastón”, también duro pero carnoso, en el *culo* del pobre infeliz.

Es así como, enmascarada en la flagelación, la penetración anal del varón vencido o prisionero ha sobrevivido hasta nuestros tiempos como una de las formas preferidas con que se someten a los hombres. El placer de *romper el culo* al hombre derrotado no ha desaparecido aún. Sobrevive oculto en múltiples disfraces. Y el *azote* es uno de ellos. Pero no es difícil advertir su genuino rostro. En el fondo nada ha cambiado; todo es igual. *Idem sed aliter*, lo mismo pero de otro modo.

VI

No obstante, el sometimiento anal, en los castigos inventados por el hombre, no se manifiesta sólo tras la máscara de la flagelación. También lo hace francamente, sin velos y sin pudores. En realidad constituye junto con la castración una de las dos formas características de feminizar al hombre derrotado o preso. En la castración el hombre pierde sus atributos distintivos, y a través de la sodomía, al ser penetrado por la *pija* de otro hombre o cualquier sustituto de la misma, se perfecciona su transformación en mujer. Son los dos modos que, juntos o separados, expresan de manera insuperable el destino del varón derrotado.

⁵⁶ Freud, Sigmund “Las neuropsicosis de defensa”

La emasculación como castigo es una horrible costumbre de muy larga data. La encontramos ya en el antiguo derecho penal asirio, en Persia, Abisinia, Grecia, Roma, la Edad Media... toda la historia humana padece del estigma de esta espantosa forma de punir. La violación o el adulterio eran sus causas típicas. Y la explicación era sencilla: el delincuente debía ser castigado en el miembro con el que cometió la falta. Y es aquí donde la observación de estos sádicos hábitos humanos nos depara un nuevo motivo de sorpresa. Si bien es comprensible que se castigue en un órgano sexual un delito sexual, ¿cómo explicar que la misma sanción se aplique cuando el delincuente o el soldado vencido no han cometido ninguna falta de esa índole? Evidentemente las razones de esta ilógica conducta no deben buscarse en motivos conscientes sino en oscuras razones inconscientes ignoradas, incluso, por los mismos verdugos.

El psicoanalista inglés Edward Glover, en su libro *War, Sadism and Pacifism* (1933), aplicando el psicoanálisis al estudio de la historia, ha demostrado que en todas las guerras, internacionales o civiles, existen crueldades que exceden, manifiestamente, las necesidades tácticas de la lucha. En estos periódicos holocaustos en que los hombres se destruyen mutuamente se repiten siempre, como una obsesión, las mismas formas de envilecer al vencido. Y esto tiene lugar sea cuales fuesen las causas del conflicto bélico: el orgullo nacional herido, el ardor religioso de una “cruzada” o de una “guerra santa” o la insidiosa voracidad económica. Las guerras muestran siempre en su devenir una rutinaria uniformidad. El guerrero quiere degradar al adversario; busca humillar al enemigo. Y los modos supremos de sometimiento son la castración y la violación anal. En todo tiempo ha sido así. Son costumbres tan viejas y brutales como la guerra y... el hombre.

Los soldados del antiguo Egipto, por ejemplo, cortaban la *pija* del enemigo muerto y lo llevaban al correspondiente escriba para que lo registrase a su crédito.⁵⁷ También entre los abisinios se practicaba la castración sobre los enemigos muertos en combate; la *sellaba*. Pero cada guerrero debía castrar sólo a aquellos que él mismo hubiera abatido en lucha abierta. Pero además este castigo no conocía de rangos. Hasta los emperadores lo sufrieron. Los conjurados que mataron a Calígula no se olvidaron tampoco de atravesar con sus espadas sus genitales. También los testículos de los ejecutados por linchamiento sufrían a menudo una muerte póstuma ya que eran clavados en una pica y paseados en triunfo. Y en nuestra época, entre muchas otras experiencias similares, podemos observar en las crónicas de la guerra de Argelia cómo ambos bandos, franceses y árabes, raramente renunciaban a la poderosa pasión de cortar los genitales del soldado muerto para introducirlos luego en la boca.⁵⁸ Por otro lado es, además, muy conocido el fenómeno de psicología social en que las masas humanas acceden una y otra vez a la castración para extremar el castigo de sus enemigos.

Ni qué decir tiene que la pena del sometimiento anal, con sus variados matices, ha estado igualmente difundida.

En Haití uno de los castigos favoritos que se aplicaba a los esclavos era *brûller un peu de poudre au cul d'un nègre*; hacer arder un poco de pólvora en el culo de un negro. Otra de las variaciones de la misma idea era, *stuffing gunpowder*

⁵⁷ Durant, Will “Nuestra herencia oriental”

⁵⁸ Lartéguy, Jean “Los centuriones”

into the rectum and causing it to explode; rellenar el recto con pólvora y hacerlo explotar, suplicio este último donde la idea de *romper el culo* alcanzaba una de sus desarrollos más cumplidos. Pero esta violencia anales no se han circunscripto en el curso de la historia sólo a los negros. Así entre tantos otros ejemplos, en Italia, en Arezzo, junto al curso del río Arno, a cuarenta millas de Florencia, estalló en 1502 un motín contra una opresora comisión de esa ciudad en la que centenares de florentinos murieron. Una de las víctimas fue despojada de sus ropas y colgada. Entonces alguien, satisfaciendo una universal fantasía que no conoce de tiempos, razas o naciones, le introdujo una antorcha encendida en el culo. La alegre turba bautizó el cadáver con el nombre de *il sodomita*...⁵⁹

Tampoco ha padecido esta crueldad de limitaciones regias. El estadista inglés Winston Churchill (1874-1965) nos relata en este orden de ideas la horrible muerte de Eduardo II (1307-1327), rey de Inglaterra. Preso en el castillo de Berkeley, lo sacrificaron, dice eufemísticamente el historiador, “con medios horribles que no dejaban huellas en la piel”.⁶⁰ En otras palabras, le quemaron los intestinos con hierros al rojo vivo, introducidos por el *culo*.

Los prisioneros de guerra sufren también, con frecuencia, este horrible suplicio. El caudillo araucano Caupolicán (n. principios s. XVI-1558), que luchó bravamente contra los españoles a los que derrotó en varias batallas, al ser capturado fue condenado a la pena de empalamiento. La misma consistía, en espetar al prisionero en un palo. O dicho de otro modo, le atravesaban el cuerpo con un instrumento puntiagudo que... ¡le introducían por el culo!⁶¹ Y a miles de kilómetros de distancia elegimos, casi al azar, entre múltiples evidencias de este vetusto castigo, un conmovedor dibujo que se halla en *Les très riches heures du Duc de Berry-fol* del Museo Condé, en el castillo de Chantilly, que ilustra una escena del capítulo XVI del *Génesis*, en el que se ve la batalla que determinó la huida de los reyes de Sodoma y Gomorra, y muestra a un soldado afortunado que desde un caballo clava su lanza (claro símbolo fálico) en el *culo* levantado y desnudo de un guerrero vencido y postrado a sus pies.⁶² Y todavía en una época tan reciente como 1982 los diarios del mundo difundieron una inquietante fotografía en la que un grupo de soldados ingleses, prisioneros de tropas argentinas durante la guerra de las Malvinas, se ven obligados a echarse boca abajo y con el *culo* para arriba en un evidente resabio de aquella atávica sumisión anal...

Ahora reflexionemos.

Si todos estos castigos consisten en una vejación sexual, aunque el delito o las guerras no hayan tenido nada que ver, manifiestamente, con la voluptuosidad, es porque el hombre termina siempre, en lo más profundo de su alma, sexualizando cualquier conflicto.

Pero si esto es así, ¿cuál es entonces la verdadera naturaleza del trofeo por el que los hombres, inconscientemente, se afanan?

No es difícil descubrirlo. La rivalidad erótica entre varones no puede tener sino un solo origen. *Cherchez la femme!*; ¡buscad a la mujer! Ella es siempre, consciente o inconscientemente, el eterno motivo de todas las querellas viriles. No sólo en Troya se luchó por una hembra.

⁵⁹ Durant, Will “El Renacimiento”

⁶⁰ Churchill, Winston S. “Historia de Inglaterra”

⁶¹ Enciclopedia Espasa Calpe

⁶² La Biblia

VII

Nuestros hallazgos, no obstante, no terminan aquí. Es de esperar que estos modos tan difundidos y arraigados de sumisión no se manifiesten sólo en los hombres sino también en sus parientes y ancestros próximos: los animales. Y así es. La observación de sus conductas no defrauda nuestras expectativas. En ellos también la íntima unión de rivalidad sexual y sumisión se revela con pura transparencia.

“En el reino de los mamíferos antes parece deber el macho la posesión de la hembra al combate, que a la seducción”, dice Charles Darwin (1809-1882), el naturalista inglés, en *El origen del hombre* (1871). La ley rige tanto para los animales acuáticos como para los terrestres. Aun los más tímidos en la época de celo emprenden terribles combates. Y en todos los rituales de guerra los actos de sumisión tienen una curiosa semejanza: liebres, topos, ardillas, castores, guanacos, focas machos, cachalotes, ciervos, elefantes, toros salvajes... La afirmación del gran naturalista es, además, fácilmente verificable: la fiera disputa de los perros por la hembra sexualmente complaciente está al alcance de nuestros ojos. Hay algunos, incluso, que mueren destrozados por sus rivales mientras la montan. Sólo el más bravío y poderoso es el que disfruta de ella. Parecidas escenas descubrimos también en la vida de otro animal muy querido: el caballo. Por supuesto que este fenómeno se observa con mayor claridad en los casos en que estos animales viven en reservas en libertad o apenas restringida.

Los caballos, que viven en manadas libremente, rara vez se reúnen en grupos de más de doce. Los machos más fuertes poseen harenes de dos a ocho yeguas con sus respectivas proles. Los potros, por su parte, en su gran mayoría, cuando alcanzan los tres años de edad pierden la simpatía del jefe de la manada y son apartados de la familia. Viven entonces, sin hembras, en cuadrillas de machos jóvenes que sufren de igual destino. Todos ellos tienen un jefe que, aunque no mantenga relación sexual con sus subordinados, los dirige, controla y molesta como si de hembras se tratara (como sucede comúnmente en los grupos humanos formados exclusivamente por hombres).⁶³ Merodean todos en bandas, inmaduros y torpes aún para desafiar al caballo dominante, que retiene para sí todas las hembras. Pero esperan su turno. La vejez o debilidad del jefe les dará la oportunidad anhelada.

Mientras tanto las hembras, lujuriosas, invitan a los impetuosos machos adoptando la postura en sierra, orinando, levantando la cola, abriendo y cerrando los labios de la vulva y mostrando el clítoris.

Precisamente el lenguaje de las colas es interesantísimo. El caballo, cuando tiene miedo (igual que el perro) y en oposición a la yegua en celo, mete la cola entre las patas. Y es muy significativo que la misma frase, “irse con la cola entre las patas”, la apliquemos también frecuentemente para describir la conducta del hombre asustado. Pero de ninguna manera es ésta la única afinidad expresiva que nuestra intuición presiente entre nuestras respuestas emotivas y las de los animales. En realidad son múltiples y variadas. Así, igualmente, como frente a algún peligro grave los caballos se reúnen inmediatamente detrás del jefe al mismo tiempo que alzan sus colas y cagan,

⁶³ Vavra, Robert “La vida secreta del caballo”

nosotros acostumbramos decir de un hombre cobarde que “es un cagón” o “que se caga entre las patas”. Se manifiesta de esta manera, en estas incisivas pero espontáneas frases populares, la honda identificación afectiva con nuestros hermanos en la zoología. La misma frase se ha forjado en la historia misma de la evolución de nuestra especie. La fuerza de los mismos instintos crea entre ellos y nosotros una solidaridad incontrovertible.

Comprendemos a los animales porque también lo somos.

Es ésta una experiencia estimulante y enriquecedora. Freud la advirtió tempranamente durante el psicoanálisis de sus pacientes. Existe en el ser humano tanto como en los animales un lenguaje de los órganos. Los órganos del cuerpo expresan en ambos sus deseos y temores. Así sucedió por ejemplo, con el paciente famoso conocido como el “hombre de los lobos”. Al observar éste una vez a sus padres en coito en posición *more canino*, como los perros, cuando tenía un año y medio de edad, interrumpió el amoroso lance cagándose en la cama.⁶⁴ El descubridor del inconsciente no titubeó en ver en este hecho una señal indudable de las tendencias femeninas del pequeño: ¡se había identificado con su madre! Y la explicación era obvia. De haberlo hecho con su padre hubiera meado en vez de cagar. Pero la pasividad anal prevaleció en él sobre la actividad del pene. Los órganos mostraron así una capacidad de expresión psíquica que excedía en mucho las meras necesidades fisiológicas. Y por supuesto no fue ése un suceso raro o insólito. Por el contrario, es una experiencia común. A un paciente mío que padecía de erección muy deficiente del pene y eyaculación precoz, cuando llegaba su novia al motel para tener relaciones sexuales se le despertaban siempre... ¡ganas de cagar! No existen dudas, pues, de que los órganos del cuerpo saben hacer oír sus voces y que éstas son muy ricas y expresivas. No obstante, para nuestro propósito es especialmente interesante el idioma del miedo y la sumisión. En los caballos, por ejemplo, si bien una de las señales de miedo es el golpeteo de dientes (“castañeteaba de miedo”, se dice también entre los humanos), y otras formas típicas las constituyen, como sabemos, recoger la cola y encogerse de cuartos traseros o también cagar, existe además un gesto inesperado que ha sorprendido incluso a los expertos: ¡también ellos presentan el culo en señal de sumisión!... ¿Es necesario recordar aquí que la frase obscena *dar el culo* es también uno de los modos preferidos de describir el sometimiento de un hombre a otro?

VIII

La conducta de los caballos es indudablemente muy instructiva para nuestro estudio. Pero no podemos dejar de recordar aquí, como enseña el naturalista y premio Nobel austriaco Konrad Lorenz (1903), *Das sogenannte Böse* (1963), que estos típicos ademanes de sometimiento se advierten también con mucha claridad en un pariente muy cercano al perro: el lobo.

La vida agresiva del *canis lupus*, lobo común, es muy sugerente. Está, además, muy próxima a nuestra fantasía, ya que tiene una rica tradición popular y literaria. Dante lo llamaba *bestia senza pace*, y todos recordamos cómo ha asustado a los chicos en el cuento de Caperucita Roja. Pero ha sido también el legendario protector de niños abandonados, como la loba que amamantó a los

⁶⁴ Freud, Sigmund “Historia de una neurosis infantil”

fundadores de Roma, Rómulo y Remo. Es uno de los más inteligentes mamíferos terrestres. Para nuestra empresa son muy ilustrativas las luchas por el poder. Cuando actúan en manada son conducidos por un jefe. Pero la fidelidad al mismo es muy inestable: constantemente es desafiado. Y los retos terminan a veces con la muerte, ya que se muerden hasta destrozar las arterias y las venas. Si no es muerto, el lobo vencido se acostará ofreciendo el cuello al vencedor (los seres humanos, en cambio, se arrodillan ofreciendo sus manos unidas por las palmas en señal de pasiva entrega al guerrero victorioso). Y habitualmente el animal que antes buscaba, afanoso, el cuello de su rival, evita el mordisco fatal, lo olfatea, le gruñe le muestra los dientes y... ¡mea al lado de él!

Existen, además, definidas jerarquías. Cuando un lobo de rango inferior se acerca a otro de rango superior, avanza con las orejas un poco plegadas y, como entre los perros y los humanos (el simple soldado raso frente al poderoso general), con la cola entre las patas... En este sentido la frase obscena, *frunció el culo de miedo* expresa con insuperable elocuencia esta tendencia animal en nuestras respuestas humanas. Es indudable que el lobo, para meter la cola entre las patas, frunce también el *culo*. O dicho de otro modo: si aún tuviésemos cola, como nuestros antepasados los simios, frunciríamos el *culo*, también, al meterla entre las piernas.

Luego de este primer gesto de sumisión el lobo inferior se agacha frente al hocico del superior y lo lame con lengüetazos rápidos. Finalmente si el macho dominante continúa en postura arrogante, el lobo intimidado se tiende sobre el dorso y orina mientras aquél olfatea sus genitales. Y a través de esta incontinencia de orina el animal evidencia otra notable similitud con el hombre. El eyaculador precoz, una difundida forma de impotencia viril, es también un incontinente. Y por los mismos motivos. El impotente es siempre, inconscientemente, un hombre aterrado.

Estas actitudes de sometimiento se repiten ampliamente en muchos mamíferos. Y la costumbre de ofrecer el culo entre los machos se halla muy difundida entre nuestros ascendientes más cercanos: los monos. Se observa especialmente en los papiones, una especie de monos americanos y en los jóvenes mandriles de las costas occidentales de África. Lorenz cuenta una anécdota muy convincente:

Una vez vi en el zoológico de Berlín una momentánea pelea en serio entre dos robustos cinocéfalos sagrados (*Papio hamadryas*). Al momento siguiente, uno de los dos huía, y el vencedor lo perseguía y al final lo arrinconaba. No viendo otra salida, el vencido recurrió al ademán de sumisión, y el vencedor al punto se apartó y se fue de allí con las patas bien tiesas, en postura arrogante. Entonces el vencido corrió tras de él muy enojado e insistiendo en mostrarle su trasero, hasta que el más fuerte hubo reconocido su sumisión montándolo con cara de aburrimiento y haciendo al descuido unos cuantos movimientos de copulación. Solamente entonces pareció calmarse el vencido, y convencerse de que su rebelión le había sido perdonada.

Es evidente que toda la vida de nuestros peludos y feos antepasados nos es muy provechosa. Precisamente inspirado en las costumbres de los monos superiores, como los gorilas, Charles Darwin hubo de suponer que el hombre

primitivo vivía en pequeñas hordas dominadas por un macho más viejo y robusto que cuidaba celosamente de sus hembras, la mayoría de ellas hijas o hermanas y las vedaba fieramente a los demás.⁶⁵ Y también mataba, castraba o expulsaba a los rebeldes que se atrevían a enfrentar la ominosa prohibición. Ése era el verdadero rostro del padre ancestral del ser humano. Frente a él sus hijos, llenos de odio, luchaban hasta vencerlo o se sometían cagándose de miedo, o frunciendo u ofreciendo el culo en señal de humillación. El culo, sin duda, ha sido siempre el lenguaje preferido de la sumisión.

IX

La importancia del padre de esta horda primitiva en la historia de la cultura humana es casi imponderable. Sus terribles castigos sobreviven actualmente, apenas alterados, en los rituales de iniciación que tienen aún lugar en muchas sociedades primitivas. Ellos no son sino residuos de los feroces ímpetus de aquel progenitor horrible. Pero son residuos ritualizados y solemnes, y por ello, venerables.

Los rituales tienen lugar cuando los jóvenes llegan a la pubertad. Y ello no es casual. La pubertad es el momento en que pueden comenzar a disfrutar plenamente de la vida sexual. Por eso es la época elegida para la iniciación, ya que la sexualidad es, propiamente, su causa. La ceremonia consiste habitualmente en una mutilación: se circuncida a los iniciados. Y no es difícil percibir el propósito del angustioso ritual. Su mensaje, que se basa en el *pars pro toto*, la parte por el todo, es el siguiente:

*Ahora sos adulto. En adelante podés gozar de las mujeres. Pero ¡cuidado! Algunas son nuestras y están prohibidas. Ahora te cortamos el prepucio. Es una advertencia. Si infringís la ley te vamos a castrar.*⁶⁶

El padre primitivo castraba a los hijos atrevidos con sus mujeres; los gerontes que hoy circuncidan, sólo mutilan y amenazan. Éste es el avance que millares de años lograron sobre los conservadores y crueles hábitos ancestrales de crianza de los hijos. La castración y la circuncisión son meras variaciones de un mismo tema. Por esta razón el psicoanalista austriaco Theodor Reik (1888-1982), el *protégé* de Freud, en su libro *Ritual* (1914), pudo afirmar que la circuncisión constituye siempre un equivalente de la castración, siendo, además, la forma más efectiva de prohibición del incesto.

No obstante, si bien la circuncisión es la manera más conspicua de sometimiento ritual, no es de ningún modo la única. Como ya hemos advertido, el sojuzgamiento anal es su frecuente compañero. Y, de hecho, a los novicios en los ritos de pubertad entre los nativos de Australia se les *rompía el culo* luego de la circuncisión.⁶⁷

X

De cualquier manera no se agota en estas reliquias la fuerza de aquel tremendo padre protohistórico. Su sombra se proyecta aun en los productos

⁶⁵ Freud, Sigmund "Tótem y tabú"

⁶⁶ Reik, Theodor "The ritual"

⁶⁷ Reik, Theodor "Masoquismo en el hombre moderno"

más sofisticados de nuestra civilización. Y en ellos, tenuemente encubierto, tesoneramente persiste. Ése es el caso de la religión. En ese salvaje jefe que vivió en tiempos inmemoriales pensaba Freud cuando afirmaba que “Dios Padre habría existido otrora en carne y hueso sobre la tierra, ejerciendo su poderío como cacique de la primitiva horda humana”.⁶⁸ Él ha sido el modelo inconsciente de los dioses que surgieron en las religiones históricas. Por supuesto que no es ésta una afirmación totalmente original del psicoanálisis. La historia natural de la religión ha sido cultivada por muchos espíritus a través del tiempo. Y la idea de que el hombre primitivo crea dioses a su propia imagen es muy antigua.

Seis siglos antes de Cristo el griego Jenófanes de Elea, autor de poemas filosóficos que él mismo recitaba, señaló que:

*No hubo ni habrá jamás varón alguno que conozca con certidumbre las cosas de los dioses... Los mortales piensan que los dioses han nacido y llevan vestidos y tienen voz y traza como ellos. Pero si los bueyes y los leones tuviesen manos y pudiesen pintar y formar imágenes como los hombres, harían las de sus dioses a su propia semejanza y los caballos los harían como caballos y los bueyes como bueyes. Los etíopes harían a sus dioses de piel atezada y nariz roma, y los tracios los representarían ojizarcos y pelirrojos...*⁶⁹

En realidad los dioses conviven, igual que los humildes mortales, en medio de una típica familia. Padre, madre, hijos, hermanos... Es la familia humana desplegada en el ancho cielo. No es posible, sin embargo, saber exactamente cuándo comenzó este desplazamiento hacia las mansiones celestiales. Los comienzos históricos de las creencias religiosas se pierden en la noche de los tiempos. Pero son, sin duda, el producto de las fantasías oníricas del hombre primitivo. Fue en sus sueños, vehículos privilegiados de expresión de las situaciones traumáticas que durante la vigilia agobian al ser humano, donde el feroz y temido padre arcaico se manifestó por primera vez en horribles visiones. Pero lo hizo, igual que en los sueños del hombre civilizado contemporáneo, a través del ropaje del símbolo. No era el padre sino Dios. Y no era fácil para nuestro lejano antepasado, como tampoco lo es para el niño pequeño, distinguir certeramente, al despertar, entre el sueño y la realidad. Y las imágenes oníricas se agregaban entonces al mundo real, ya que para él, como para el inmortal Segismundo de Calderón de la Barca (1600-1681), las fronteras entre la vida y el sueño eran siempre muy ambiguas: “¿Qué es la vida? Una ilusión, una sombra, una ficción...”⁷⁰

Por esta razón los mitos religiosos no son sino, propiamente, los sueños colectivos de la humanidad primitiva. Y muestran en su tejido dramático los rasgos imborrable de aquellos tiempos lejanos. Los dioses se mueven siempre por motivos humanos, ¡demasiado humanos!...

Frente a estos hechos la afirmación teológica de que Dios es nuestro padre está psicológicamente justificada. La creencia en Dios tiene siempre su origen en las primeras reacciones del niño ante sus padres. Está siempre presente en el lenguaje religioso y se extiende a los representantes de Dios en la Tierra:

⁶⁸ Freud, Sigmund “Prólogo para un libro de Theodor Reik”

⁶⁹ Durant, Will “La vida de Grecia”

⁷⁰ Calderón de la Barca, Pedro “La vida es sueño”

Papst, padre, père, Papa... Por este motivo decía el psicoanalista inglés Ernest Jones, en *The Psychology of Religion* (1926), que:

*...la vida religiosa representa una dramatización sobre un plano cósmico de las emociones, temores y anhelos que surgen en la relación del niño con su padre.*⁷¹

Por tal razón el carácter de los dioses varía de acuerdo al espíritu de los pueblos que, inconscientemente, los crean. Así frente a la alegría y sensualidad, aunque no exenta de crueldad, de los dioses olímpicos, expresión del alma de la antigua Grecia, aparece como manifestación distintiva del genio judío el sombrío y despótico Jehová del Antiguo Testamento. Los dioses, como un espejo, revelan a sus propios pueblos. Además, fieles a su inspiración familiar, los sistemas religiosos han culminado cada vez más en el culto de la trinidad: padre, madre e hijo. En la religión cristiana la figura de la madre ha sido parcialmente eclipsada por el Espíritu Santo, si bien en los países católicos el difundido culto a la virgen María la ha elevado de hecho, como madre, a la divinidad.

No puede sorprendernos entonces, frente al devenir histórico de las creencias religiosas, descubrir que la misma violencia que advertíamos en los animales inferiores y en el hombre primitivo con su descendencia perviva aún en estas versiones sublimes de la familia humana. El padre arcaico se trasladó de la tierra al cielo, pero no cuidó de mudar su carácter. La castración y el sometimiento anal se mantuvieron, real o simbólicamente, tras especiosas justificaciones teológicas, como destinos previsibles de “los hijos de Dios”. El caso de la secta cristiana de los skoptzy constituye un ejemplo impresionante. Era una fanática comunidad que tuvo su origen en el s. XVIII en Rusia y prolongó su existencia hasta principios del actual. Todos sus miembros eran castrados y sus mujeres se prostituían con el permiso de sus maridos para evitar la extinción del grupo. El principal profeta de la secta de los castrados fue Condrati Selivanov. De él nos dice la Enciclopedia Británica:

*Selivanov era campesino e inició su carrera religiosa como ayudante de Andrei Ivanov, acusado este último por la policía zarista de haber convencido a otros trece campesinos de practicar la automutilación genital. A raíz de este episodio, los dos fueron presos y enviados a Siberia. Selivanov logró volver, y se proclamó a sí mismo “hijo de Dios” encarnado en la persona de Pedro III, emperador muy popular entre los campesinos. Más tarde se añadieron los títulos de “dios de los dioses” y “rey de reyes”. Anunciaba su testimonio divino de que los creyentes que practicasen la automutilación voluntaria serían salvados. Por este medio consiguió convencer y convertir a nobles, militares y hasta a religiosos de otras sectas. Por dieciocho años vivió en San Petersburgo, en la residencia de uno de sus discípulos, recibiendo doble homenaje como –Cristo y como zar-. En 1779 fue arrestado, esta vez por orden de Pablo I, e internado en un hospicio. Bajo el régimen de Alejandro I obtiene la libertad, pero en 1820 lo encerraron en un monasterio de Szerdal, donde murió en 1832, a la edad de cien años.*⁷²

⁷¹ Jones, Ernest “Essays in Applied Psychoanalysis”

⁷² British Encyclopaedia “Russian Religions”

Los skoptzy se llamaban a sí mismos “los limpios”, “los justos”, “los hijos del Señor”. Sostenían que Dios había creado a sus hijos para que vivieran en abstinencia sexual (como los potros o los monos expulsados de la manada o la horda). Y el pecado original consistió, precisamente, en violar ese mandato del padre celestial. Por lo tanto sólo podía expiarse con la amputación de los órganos pecadores: los genitales. Una vez castrados se reabrirían para ellos la puertas de los cielos.⁷³

La secta seguía literalmente las enseñanzas de Jesús (*Evangelio según San Mateo*, cap. XIX, versículo 12)

*...pues hay eunucos que nacieron así desde el seno de sus madres; y hay eunucos que fueron hechos por los hombres y hay eunucos que a sí mismos se han hecho eunucos por causa del Reino de los Cielos.
¡El que puede recibirlo, recíballo!*

Los sectarios citaban a menudo, también, otra exhortación del Redentor (cap. XVIII, vers. 8 y 9):

Por tanto, si tu mano o tu pie te fuere ocasión de caer, córtalo y échalo de ti: mejor te es entrar cojo o manco en la vida, que teniendo dos manos o dos pies ser echado en el fuego eterno. Y si tu ojo te fuere ocasión de caer, sácalo y échalo de ti: mejor te es entrar con un solo ojo en la vida, que teniendo dos ojos ser echado en el infierno del fuego.

Sin ser psicoanalistas, los skoptzy percibieron certeramente el transparente simbolismo genital de los miembros y los ojos y, prolijamente, se sometieron al mandato divino. A los iniciados les solían aplicar dos tipos de “purificaciones” o castraciones: la “Imperial” o “Gran sello”, que consistía en la amputación del miembro viril y los testículos y la “Pequeña”, en que sólo se extirpaba la bolsa escrotal.

Es indudable que la espantosa conducta de la secta era absolutamente singular y ajena a la liturgia de las grandes iglesias cristianas. Pero, sin embargo, tampoco era disparatada. Por el contrario. Su lógica era rigurosa: se basaba en exhortaciones divinas. Por otro lado, en nuestra época tampoco faltan mitigados sustitutos de aquellas siniestras ceremonias. Y si no, en la misma Iglesia de Roma, ¿no es acaso una castración simbólica el voto de castidad del sacerdote católico? La túnica adoptada por el clero ha sido, además, en muchas religiones anteriores al cristianismo, un símbolo de autocastración ritual. Los sacerdotes de Astarté, por ejemplo, diosa fenicia a la que se ofrecían sacrificios humanos, la vestían inmediatamente después de ser mutilados.

De cualquier modo la castración no ha sido en el curso de la historia la única forma de sometimiento ritual al padre de los cielos. Como enseñaba Theodor Reik en *Masochism in Modern Man* (1949), junto con ella aparecen otras, ya conocidas por nosotros, como la de ser usado como mujer, ser violado o fecundado.⁷⁴ Un resto arqueológico de este tipo atávico de humillación anal se expresa aún, inconscientemente, en la religión islámica. El musulmán debe orar cinco veces al día. Al rezar a Alá se prosterna agachando la cabeza hacia el

⁷³ Tractenberg, M. “La circuncisión”

⁷⁴ Reik, Theodor “Masoquismo en el hombre moderno”

suelo y con la frente en dirección a la Meca y la Kaaba mientras levanta llamativamente, su *culo*. La palabra *musulmanes* viene de *muslimin*, cuyo sentido es “los que se rinden”, e *Islam* significa, “sumisión”.⁷⁵

XI

La sumisión sexual al padre, enmascarado en el placer homosexual, se reveló patentemente, también, en el psicoanálisis de otro paciente mío.

Era un joven de veintiún años que vivía habitualmente entregado a una empecinada fantasía erótica. Constituía el ensueño favorito de sus masturbaciones. En ella se veía acostado, desnudo, boca abajo, y encima de él, intentando penetrarlo analmente, un amigo dos años menor. La imagen era la fiel reproducción de una escena real acaecida un año antes.

En realidad sus relaciones homosexuales no habían pasado de sentir la presión infructuosa de la dura, larga, pero delgada pija de su juvenil amante sobre el orificio de su culo. La penetración nunca tuvo lugar. Pero este juego sexual bastó, no obstante, para convertirse en el argumento principal de sus estremecimientos eróticos. Durante él se sentía gozosamente humillado.

Experimentaba, además, una especial y voluptuosa sensación de degradación cuando recordaba la malévola y agresiva pregunta de su compañero, que mientras empujaba decididamente con su pene, le decía: “¿Te gusta?”

Y la placentera sumisión alcanzaba su clímax cuando se sentía obligado a responderle, quedamente: “Sí”.

El gozo era entonces casi inefable. No sólo era degradarse... ¡sino reconocerlo! ¡Expresarlo con sus propios labios! ¡Oírlo de su propia voz! El orgasmo lo alcanzaba siempre en medio de esta subyugante humillación...

Pero luego de la eyaculación todo cambiaba. Una sensación de asco y vergüenza lo envolvía irremisiblemente. Se sentía inhibido de mirar a sus padres en la cara, era presa de hondos remordimientos y se prometía renunciar para siempre a sus perversos deseos. No lo haría nunca más. Se redimiría. No pensaría más en ello. ¡Sería un hombre nuevo!

Su determinación era sincera, pero duraba sólo hasta la reaparición de la excitación sexual. Entonces, lentamente al principio y más poderosamente luego, se dejaba seducir por las antiguas y familiares imágenes. La calentura lo envolvía cada vez más resueltamente hasta encontrarse finalmente, embargado por sus lujuriosas fantasías...

¡Y otra vez a empezar!

El psicoanálisis fue develando laboriosa y lentamente, sin prisa pero sin pausa, las ocultas raíces de su pasión masoquista. (El psicoanálisis crece como un rompecabezas: únicamente al final se comprende su sentido total.)

Sus primeras asociaciones nos llevaron a la pubertad. Podía recordar fielmente el despertar de su sexualidad; lo sorprendió con gran ímpetu. Experimentó entonces un verdadero remolino de sensaciones eróticas. Sus deseos se dirigieron, privilegiadamente, hacia una rubia, joven y bella empleada. Pero la chica distaba de ser complaciente. Alimentó, no obstante, con su imagen, el frecuentado mundo de sus masturbaciones. Pero todos sus afanes no pudieron seducirla. Y así fue como su primera aventura terminó en un fracaso. Y, lamentablemente, no fue el único. Sus anhelos viriles no podían encontrar el

⁷⁵ Durant, Will “La edad de la fe”

camino de la vagina. Recordaba siempre ese tiempo con la amargura de una gran frustración. Y fue, precisamente, sólo después de estos intentos fallidos con la mujer cuando comenzaron a irrumpir en su mente las inquietudes homosexuales. Y en esa ruta el tránsito fue más fácil.

En análisis de su carácter fue también revelador. Sentía una gran rivalidad hacia los hombres. Era hacia ellos agresivo y desafiante, pero también les tenía miedo. Un miedo inmovilizante frente a la pelea física. Sus alardes eran meramente verbales. Podría recordar así una serie de humillantes derrotas en peleas con sus compañeros de colegio en la lucha por el liderazgo. Cuando el rival evitaba el combate disuadido por sus gritos, desplegaba su personalidad en forma avasallante, pero ante la mínima resistencia física una angustiada inhibición lo invadía. No podía luchar. Y una obsesiva escena se repetía entonces, siempre igual a sí misma: terminaba echado en el suelo, inerte, paralizado, casi suplicante...

En una oportunidad, cuando tenía catorce años, se hallaba encima de su contrincante, arrodillado, dominándolo. No podía, sin embargo, pegarle. Sólo lo retenía en el piso. De golpe la situación se invirtió y su adversario se encontró sobre él. Pero el resultado fue entonces distinto. Éste no hizo gala de su misma misericordia, y le pegó en la cabeza hasta que, humillado, debió pronunciar las rituales y vergonzantes palabras que detenían el combate: "Me rindo".

Fue luego de haber relatado estos sucesos durante el análisis cuando un fecundo hallazgo tuvo lugar. El joven comenzó a percibir cada vez con mayor convicción que el humillante "*Me rindo*" frente a su compañero y el posterior y degradante "*¿Te gusta?*" de su amante homosexual resonaban en su alma con sórdida armonía, con aberrante afinidad. Y comenzó, también, a intuir que la sumisión anal se había desarrollado sobre el modelo de la sumisión física. Era un pequeño paso que separaba una de otra y él, sin duda, lo había dado. El varón lleno de miedo y derrotado se había transformado así, sutilmente, en mujer.

De cualquier modo presentía que su tendencia a la sumisión homosexual tenía una historia más larga, que se remontaba, incluso, a su temprana infancia. En ella tendría que haber padecido, sin duda, severas intimidaciones. ¿Pero cuáles y de quién? La respuesta no se hizo esperar.

Un día en plena sesión, sorpresivamente (los descubrimientos en psicoanálisis no tienen lugar por azar sino por sorpresa), lo asaltó un recuerdo de su niñez. En él se veía, angustiosamente, maltratado por un hombre. También se hallaba tirado en el suelo; también impotente y suplicante, y también aterrado frente a él. Era un hombre muy grande aunque no un extraño. Era su padre. ¡Así era como terminaban siempre las escaramuzas con su temido pero admirado padre! ¡Y ellas eran las huellas primordiales de las que sus experiencias escolares no eran sino su repetición inconsciente! Habían sido durante toda su vida un atormentador imán del que no podía librarse. Se sentía obligado a repetirlas, compulsivamente, sin cesar. En cada compañero había visto, inconscientemente, al padre terrible. Quería vencerlo, pero terminaba siempre, indefectiblemente, sometándose a él. Y esto con una fidelidad casi fotográfica. El desafío, la lucha y la sumisión final, era la eterna historia de un rutinario pero doloroso argumento.

Una conclusión, lógica pero implacable, se presentó entonces a su juicio. Si el sometimiento homosexual era el resultado de la sumisión física previa al

hombre, y si el modelo inconsciente del maltrato fue impuesto por su padre, ¿la humillación anal no sería por lo tanto ofrecida también a él?

Las premisas imponían la conclusión, pero aceptarla fue muy penoso. Sin embargo fue necesario arrostrar la verdad. Era el único camino hacia la cura. Comenzó entonces a distinguir, como en un sueño primero y más claramente después, con opresiva ansiedad, en la sádica y fría mirada de su partenaire homosexual el rostro lleno de determinación y casi impasible de su padre cuando le pegaba. Las dos caras se superponían perturbadoramente. Fue ésta para el paciente una experiencia impresionante pero decisiva. Porque en la misma medida en que esta visión se hacía más clara y segura, se desvanecía también la pasión homosexual. El perverso placer cedió, inexorablemente, al revelarse el verdadero rostro del hombre ante quien, analmente, se humillaba. No era el amor sino el masoquismo quien lo encadenaba a él.

XII

Romper el culo ha sido, pues, la frase obscena, las “malas” palabras que ocuparon nuestra atención. De toda la familia de palabras interdictas es, sin duda, una de las más angustiosas. Nos representa, sin concesiones, un mundo cruel y siniestro. Cuando nos detenemos, morosamente, en su significado, no podemos dejar de sentir una turbadora ansiedad. Es una de las situaciones más graves que pueda padecer un hombre. Y la hemos rastreado desde el mundo animal, pasando por el hombre primitivo y los antiguos dioses, los azotes y otros sádicos castigos, hasta las inmutables hecatombes de las guerras.

Y vale la pena repetirlo: que pueda padecer un *hombre*. Porque ahora que comprendemos mejor el sentido de este vocablo tan condenado advertimos que Freud, en este tema, no tenía razón. El deseo de *romperse el culo* entre hombres no se ha inspirado en la sodomía con la mujer. Más bien ha sido al revés. El sometimiento anal es el resultado de la lucha entre hombres. Y esto es así porque el hombre “se halla forzado a ver, ante todo, en el hombre un rival en la conquista de la mujer”.⁷⁶ Más precisamente es una forma de castigo, de humillación para el varón vencido. Por eso el marqués de Sade, que ve en tal impulso una exquisita creación masculina, es más profundo que el creador del psicoanálisis. La sodomía ha surgido entre hombres y sólo luego se recreó en la mujer. Pero sin embargo, no es tampoco un privilegio viril, una nota de orgullo, como se jactaba, vanamente, el escritor francés. Todo lo contrario. Constituye un verdadero fracaso. Una desesperada renuncia a lo que con nobleza llamó el emperador romano Antonio Pío (86-161) “el placer de los hombres”.⁷⁷ Es una radical inversión del instinto masculino. Más aún. Tal vez el único caso donde la palabra inversión se aplica con castiza propiedad. El varón homosexual no es un amante sino un masoquista.

Esta afirmación no supone, en realidad, sino una verdad trivial. El lenguaje vulgar, soberano y profundo, lo supo desde siempre. Del hombre viril que usa y disfruta, con ímpetu, de sus genitales se dice que “es un hombre que va al frente”. Del homosexual que ofrece, pasivamente, su culo se habla en cambio

⁷⁶ Freud, Sigmund “Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad”

⁷⁷ Durant, Will “César y Cristo”

que “es un marcha atrás”. Difícilmente exista mejor forma para expresar la inversión masculina que esta metáfora espacial tan lacónica y sabia.
¿Qué sentido tiene entonces desde este punto de vista la penetración anal de la mujer por el hombre?

Varios.

De hecho constituye muchas veces la única medida anticonceptiva posible. Pero es en estos casos, precisamente, donde a menudo la idea de *romper* casi se desvanece porque el uso de cremas o ungüentos mitiga el dolor de la introducción de la pija. Y de esta manera el sentimiento de sumisión se debilita sensiblemente.

Puede aparecer, también, incluso, en una pareja tiernamente unida como expresión ocasional de violencia.

La agresión, aunque se niegue, es una compañera infatigable del amor. *Odi et amo*; odio y amo, se quejaba el poeta latino Catulo (87-54 a.C.) por la cruel paradoja.

Y puede manifestarse, además, como una expresión de impulsos homosexuales subyacentes. Ello sucede cuando el hombre prefiere, casi exclusivamente, “conocer” a la hembra por el culo. La mujer es aquí, para él, sólo un pretexto. Y no lo es porque vea en ella, únicamente, con mayor o menor claridad, un hombre, sino porque, aunque parezca extraño... ¡él mismo es ese hombre!

Tiene aquí lugar una curiosa y singular disociación psicológica. El mismo varón que penetra es el que es penetrado. Y así al identificarse, inconscientemente, con la mujer revela sus ansias de sumisión. Este peculiar desdoblamiento homosexual de la personalidad constituye la fantasía típica de todas esas obsesivas inclinaciones anales.

De cualquier modo estos sádicos gustos son excepcionales. El hombre sano y robusto no ama estas complicaciones. Prefiere la tradicional pero subyugante simplicidad de la vagina. Ella es para él el verdadero paraíso. Y disfrutarla constituye una experiencia de amor, no de crueldad. No existe en verdad placer comparable. Es ésta una verdad intuitiva pero irrefutable. Y el que lo experimentó lo sabe. Porque aquí, más que en cualquier otro lugar, *che'ntender no la puó chi no la prova*; ¡no lo puede entender quien no lo prueba!

XIII

A través de este estudio hemos podido develar el origen de la misteriosa pero inextricable unión entre sadismo y analidad. La atávica sumisión sexual es su fuente inagotable, ya que *romper el culo* es un acto sexual, pero un acto de violencia sexual. El placer y la agresión se funden allí con naturalidad y firmeza, siendo además el numen y modelo en que se nutren todas las otras variadas formas de crueldad anal: chirlos, palmadas, golpes, patadas...

Pero sobre todo hemos logrado otro valioso premio para nuestro empeño.

Hemos descubierto que es siempre el padre, en su ropaje animal, humano o divino, el que real o simbólicamente somete, castra y... *rompe el culo* al hijo. El padre arcaico, celoso y feroz, de la horda primitiva. El padre que veía en su vástago un peligroso rival frente a la hembra. El mismo padre que, apenas debilitado y todavía vigoroso, aún habita en nosotros...

Es cierto, por supuesto, que el progenitor actual no sojuzga ya, analmente, a sus hijos. No sigue en esto el ejemplo de su terrible antecesor. Pero, no

obstante, quedan en él rastros de aquella violencia desmedida. Porque todavía, como en el caso de nuestro joven paciente, lo intimida y castiga sin piedad. Y con eso basta. El hijo, sin ayuda, espontáneamente, dará el paso siguiente. La sumisión sexual tendrá lugar en su fantasía. Es allí donde transformará la humillación física en sometimiento erótico. Y es ésta una secuencia tan compulsiva como inevitable. Si la rivalidad con el padre tiene su origen en la madre, toda violencia infligida por aquél será experimentada por el hijo, en lo profundo de su alma, como una derrota sexual. Y este desenlace fatal será facilitado, además, por las imborrables huellas dejadas en su memoria inconsciente por nuestra conocida y brutal historia de la especie.

El maltrato del hijo por el padre constituye así una verdadera situación traumática. Esto es, un acúmulo insuperable de estímulos desagradables. Y con ello una situación con poder alucinante. Y el tabú entonces, ciego pero fiel a sí mismo, condenará las palabras que como *romper el culo* provoquen inquietantes remembranzas. Pero, al impedir asociar mentalmente la angustiosa experiencia, impide también comprenderla y, de tal modo, superarla. Porque al no recordar los golpes y agravios que nos propinara nuestro padre nos vemos, inconscientemente, obligados a repetirlos sin cesar. Con cualquier sustituto. Al no recordar quedamos, irremediabilmente, fijados. Éste es el precio de la mala memoria.

Pero las consecuencias son, todavía, más graves aún.

La experiencia nos enseña que no sólo buscamos revivir, con todo hombre de autoridad, el maltrato que recibimos de nuestro padre: también nos identificamos con él. Y somos como nuestro padre. Y desde ese momento, y con todo el rigor de un prejuicio consagrado por el tiempo, agredimos a nuestros hijos como él nos violentó a nosotros. Y de ese modo, en su imaginación infantil, consciente o inconscientemente, le *rompemos el culo* también. Es un verdadero círculo infernal. Pero es un destino fatal, porque si hay una ley inflexible en los procesos psíquicos es la de que quien no quiere recordar su pasado se vea obligado a repetirlo.

Los antiguos griegos, para expresar esta demoníaca compulsión de repetición, acuñaron un mito singular: la historia de Ixión. Fue rey de los lapitas en Tesalia, cerca del monte Olimpo. Júpiter le había conferido la inmortalidad sirviéndole néctar y ambrosía. Pero Ixión intentó seducir a Juno, su esposa. El padre de los dioses decidió entonces castigarlo. Lo sujetó a una rueda de fuego y lo lanzó por los aires. Y como lo había convertido en un inmortal, el incesante girar de la rueda se convirtió para él en un suplicio eterno.

¿Cómo detener la marcha de la rueda maléfica que nos obliga al eterno tormento de someternos y someter a nuestros hijos? Sólo existe una solución: recordar. Únicamente la clara conciencia de nuestro pasado puede liberarnos de este inmutable retorno de lo mismo. En esto consiste la bendición de la buena memoria. Nos hace independientes. Dejamos de repetir lo olvidado y podemos, entonces, elegir. Y al hacerlo elevarnos, dignamente, desde la compulsiva sumisión al hombre hacia la viril rebeldía o la enriquecedora amistad. Como podemos también redimir mediante el amor a nuestros hijos del cruel destino de padecer, ritualmente, nuestra propia violencia, tan brutal como gratuita.

Pero para recordar genuinamente es menester hacerlo con palabras veraces; con palabras capaces de convocar, conmovedoramente, a las sombras del pasado. Y ellas son, precisamente, las “malas” palabras. Son ellas las que nos

conducirán siempre, rauda o lentamente, a nuestras primeras y grandes emociones: a la infancia, a sus pasiones y a sus temores incestuosos. Porque el drama incestuoso es siempre el recóndito sentido de todas las alucinantes palabras tabú. Siempre, siempre...

Grattez l'adulte et vous trouverez l'enfant, rasca en el adulto, y allí encontrarás al niño.

VI. El placer secreto

Se puede hablar asimismo de un retorno terapéutico de la masturbación. Muchos habrán hecho, como yo, la experiencia que significa un gran progreso cuando el paciente, en el curso del tratamiento, vuelve a permitirse la masturbación, aunque sin tener el propósito de permanecer detenido en esta fase infantil.

SIGMUND FREUD
(Contribuciones al simposio
sobre la masturbación, 1912)

I

Masturbarse, de acuerdo al *Diccionario de la Real Academia Española*, proviene del latín *masturbare*, y significa procurarse solitariamente goce sensual. Esta placentera, aunque prohibida costumbre, también es llamada onanismo. En nombre proviene del llamado pecado de Onán y su origen se remonta a la antigua tradición bíblica. El patriarca Judá había casado a su hijo mayor Her con Tamar. A la muerte de su primogénito, Judá quiso que su segundo hijo, Onán, tomara en matrimonio a la viuda, obedeciendo una antigua ley de los egipcios y fenicios. Pero Onán odiaba a su hermano muerto y el primer hijo del matrimonio debía llevar el nombre de aquél. Para impedir, entonces, esa odiosa posibilidad evitaba en el coito la concepción eyaculando el semen en el suelo. Si bien se ignora si con este fin practicaba el *coitus interruptus* con su mujer o simplemente forzaba la naturaleza con su mano, desde aquel momento el pecado de Onán consistió en la satisfacción sexual solitaria. Los hombres, los monos, los caballos y los perros caen en él regularmente. Según Voltaire, en su tiempo también sucumbían, y muy especialmente, “los estudiantes, los pajes y los frailes jóvenes...”⁷⁸ Pero obviamente, este goce egoísta no se circunscribía sólo al hombre. Al fecundo escritor francés Restif de la Bretonne (1734-1806) se le debe la más antigua descripción precisa de la masturbación femenina. Cierta vez observó a una mujer morena, bien formada y joven, y que había sido educada en un convento, mirando desde una ventana a un hombre muy atractivo. De pronto y bruscamente la dama mostró signos evidentes de excitación y entonces:

Me acerqué a ella y realmente me pareció que pronunciaba palabras tiernas: se había puesto colorada. Después suspiró profundamente y quedó quieta, estirando las piernas tiesa, como si le dolieran.

Y en la historia de la pintura acaso sea en *La Primavera* (1478), la famosa tela del pintor florentino Sandro Botticelli (1445-1510), donde el onanismo femenino alcanza su más bella aunque simbólica representación plástica. En el lienzo, “una poesía muda”, es la hermosa Flora, derramando flores sobre el prado, la que goza de estas deliciosas caricias. La joven, de formas aristocráticas y

⁷⁸ Voltaire “Diccionario filosófico”

refinada elegancia, tiene la mirada extraviada propia de quien se abandona a un seductor ensueño, mientras posa la mano derecha sobre un manojo de flores, símbolo universal de la vulva, que se halla, además, como para evitar toda duda, justo en su propio regazo.

La gratificación no se busca, no obstante, únicamente en los órganos genitales; puede disfrutarse, también en otros lugares de la anatomía. Muchas masturbaciones de mujeres o varones homosexuales consisten, así, por ejemplo, en introducirse rítmicamente algún objeto duro, grueso y largo en el *culo*.

En el *Satiricón* de Cayo Petronio (s. I), el mayor clásico de la pornografía romana y la más antigua novela conocida, su protagonista, Encolpio, se brinda este placer por procuración. Aconteció cuando la sacerdotisa del templo

trajo un falo de cuero, lo untó con pimienta, semilla de ortigas y aceite, y me lo fue introduciendo poco a poco en el culo.

En realidad todo el cuerpo es un ámbito propicio para estos placeres exclusivos. Regularmente van acompañados, también, de ricas ideas e imágenes lascivas. Todos los impulsos y amores prohibidos o imposibles hallan aquí una realización fantástica. Anna O, la primera paciente de un rudimentario psicoanálisis, llamaba a este mundo interior su "teatro privado". Y las representaciones de este teatro mental son el infaltable espectáculo del masturbador.

Por supuesto que el lenguaje vulgar no usa las incoloras palabras *masturbación* u *onanismo*. Ellos son términos fríos propios del idioma imparcial de la ciencia o los diccionarios. El habla popular dispone de una voz característica y, obviamente, obscena. Un vocablo proscrito de todo vocabulario distinguido, pero intensamente emotivo. A esta sensual pero egoísta satisfacción la denominó con una palabra derivada del término latino *palea*; hacerse la *paja*. Y hacerse la *paja* es otra, pues, de nuestras "malas" palabras.

II

Y lo cierto es que constituye una costumbre sexual muy difundida, a pesar de la condena moral. Pero es inevitable: nuestro cuerpo es un venero de sensaciones placenteras. Tradicionalmente se aceptaba que el "vicio de Onán" sólo podía adquirirse a partir de la pubertad. Es ésta una época en que la explosión de energías juveniles invita a esos propicios retiros solitarios. Allí estaba, luego, su origen.

El psicoanálisis ha desmentido, no obstante, esta consagrada aunque insostenible opinión. La observación desprejuiciada de la experiencia no se compadece con la tradicional creencia. Es más, sólo una tozuda negación de los hechos pudo mantenerla durante tanto tiempo, ya que es evidente que desde muy pequeños nos dedicamos a descubrir las deliciosas posibilidades de nuestra propia carne.

¿Quién no ha visto a un bebé entregado a la gozosa labor de chuparse un dedo? ¿O estirar rítmicamente, como si fuese una goma elástica, la piel del prepucio de su menudo pene? ¿O la niña pequeña frotar obsesivamente sus

muslos abstraída en voluptuosas sensaciones? ¿O combinar las caricias de los genitales con pellizcos del lóbulo de la oreja?

Es indudable que únicamente una arraigada y poderosa negación impidió apreciar la masturbación infantil. Descubrir lo obvio. Y por supuesto que es de por sí todo un enigma psicológico observar cómo es posible rechazar de nuestros ojos paisajes íntegros de la realidad.

No obstante, la respuesta es simple: es un resultado de la conciencia moral. La conciencia no sólo nos dice qué es lo que debemos hacer, sino también qué es lo que debemos ver. No sólo impide nuestro goce sensual, sino que también perturba nuestra mirada. Al obligarnos a negar lo que ven nuestros ojos, nos impide reconocer los hechos de la experiencia y, por lo tanto, establecer relaciones entre ellos. Nos impide, en suma... ¡ser inteligentes!

Por tal razón, cuanto más poderosa sea la prohibición de ocupar el pensamiento con los hechos de la vida sexual, más se dañará el intelecto. Razonamiento del que se siguen interesantes consecuencias para las diferencias intelectuales entre los sexos. Porque la llamada alguna vez “debilidad mental fisiológica de la mujer”⁷⁹ se ha derivado precisamente de esta severa interdicción. No es la biología sino la moral la que daña la inteligencia. Bertrand Russell (1872-1970), filósofo y premio Noble inglés en *Marriage and Morals* (1929), expresó así esta idea:

*... no puede negarse que las mujeres, término medio, son más estúpidas que los hombres, y creo que esto se debe en gran parte al hecho de que en la juventud se les impide más efectivamente que a los varones instruirse sobre el sexo.*⁸⁰

Ni que decir tiene que los hombres tampoco lucen una inteligencia indemne. Y es que la conciencia moral genera en todos una gran resistencia a la verdad. Freud veía en ello un pasajero ataque de demencia⁸¹, una fugaz aunque torpe limitación de nuestras facultades intelectuales. Y un ejemplo típico lo encontraba en la increíble idiocia que observaba en el psicoanálisis de sus pacientes cuando el conocimiento buscado enfrentaba una gran resistencia afectiva. La atención se negaba, entonces, a dirigirse hacia los lugares vedados. Y agregaba *sine ira et studio*, sin animosidad y sin prejuicio:

Otro modelo –científicamente imposible de utilizar- sería la muy notable imbecilidad que estamos acostumbrados a encontrar en los argumentos de nuestros adversarios, aun de los muy inteligentes en todo lo demás. También es esto sólo resistencia.

Lo realmente extraordinario no ha sido, pues, por ello el descubrimiento del onanismo infantil, sino el de la causa que impedía verlo, esto es, la prohibición moral. Y de tal modo la conciencia se nos revela así, inesperadamente, no sólo ascética sino también necia.

Cierta vez Ernest Jones le preguntó al gran maestro vienes cuáles eran las preferidas entre sus obras. Freud tomó entonces de su biblioteca dos tomos: *La interpretación de los sueños* (1900) y *Una teoría sexual* (1905), y dijo: “Confío

⁷⁹ Garma, Ángel “El psicoanálisis”

⁸⁰ Russell, Bertrand “Matrimonio y moral”

⁸¹ Freud, Sigmund – Abraham, Karl “Correspondencia”

en que ésta dejará pronto de ser actual a causa de su aceptación general, pero esta obra durará más”. Luego de una tranquila sonrisa, agregó: “Mi destino parece haber sido el de descubrir únicamente lo que es evidente de por sí: que los niños tienen sensaciones sexuales, cosa que todas las niñeras saben...” No existen, en verdad, dudas. El niño pequeño es, también, un diminuto *pajero*.

III

Las “malas” palabras *paja* y *pajero* nos impresionan fuertemente. Además, y como es propio de todas las palabras obscenas, nos representan plásticamente la experiencia sexual. Y ello es así, como sabemos, porque el conflicto entre el instinto y la prohibición provoca una situación traumática. Y ésta le brinda a la escena, como siempre, su peculiar fuerza alucinatoria. Vemos al hombre, a la mujer, al niño, que se entregan al placer secreto. Y sentimos también el escozor y la aprensión indefinible que suscita siempre la violación de un tabú. Y es que la condena moral ha dejado a través del tiempo su huella deletérea en nuestra alma. Fue rigurosa y obstinada. ¿Quién no ha escuchado hasta el cansancio las admoniciones perentorias de los vigilantes padres? : “¡Dejá de hacer eso, asquerosa!”. O prevenir, incluso, con el matiz de una espeluznante amenaza: “¡Mirá que te la voy a cortar!”...

La fiera condena a la masturbación, además, no ha conocido fronteras en nuestra civilización. Hubo épocas en que alcanzó rasgos verdaderamente descabellados. En la época victoriana se llegó a proponer y discutir ampliamente en una reunión científica la infibulación del prepucio de los adolescentes, colocando un anillo u otro obstáculo en el mismo, para impedir el onanismo. Se inventaron también “jaulitas” o “mordazas” para la pija de los chicos, cuyas llaves guardaba el padre, y hasta un dispositivo eléctrico que “denunciaba” toda erección infantil... ¡con un toque de campanilla en la habitación de los padres!

La *paja* llegó a ser así en nuestro mundo cultural una fuente inagotable de sentimientos de culpabilidad y vergüenza. Se constituyó en un “vicio” secreto, y como tal amenazó con funestas consecuencias: retardo mental, reblandecimiento del cerebro, caída de los dientes, debilitación de la columna vertebral... Y estos temores infantiles son compartidos, incluso, por muchos adultos. Tan indelebles son las huellas de nuestros primeros tabúes, ya que la masturbación es, por supuesto, en lo que a estos extremos se refiere, absolutamente inofensiva. Son sólo los gratuitos sentimientos de culpa los que vaticinan estos devastadores epílogos.

En estas fuentes se origina, por ejemplo, el miedo a la joroba, una típica ansiedad del varón. Es una reproducción de una de las posiciones características que éste adopta, como diría ingeniosamente Quevedo, para “amancebarse con su mano”⁸²: sentado, mirando su pija y curvando la espalda. La anormal protuberancia sería así una reminiscencia del “pecado” al mismo tiempo que un castigo. O, dicho de otro modo, el castigo nos revelaría cuál fue el crimen...

Obviamente, la valoración moral del onanismo no ha sido siempre la misma en el curso de la historia. El mundo antiguo, a diferencia del pensamiento judío y cristiano, veía en el instinto sexual un impulso divino, religioso, y los dioses

⁸² Cela, Camilo José

eran imaginados siempre, en la escultura, la pintura y la poesía, con todo el esplendor del cuerpo humano. La sexualidad era, además, un ingrediente fresco y espontáneo de la vida cotidiana de la Grecia clásica. Se manifestaba en estatuas, cuadros, vasijas, lámparas de terracota... Hasta los platos de los niños tenían dibujos de hombres y mujeres entregados al arte del amor. Estatuas de Príapo, protector de los jardines y los huertos, que tenía un falo descomunal, se erguían en las esquinas de las calles. Mujeres solteras y casadas se arrodillaban ante él y en sus plegarias pedían el don de la fertilidad. Las estatuas consistían en la cabeza de un hombre con barba, apoyada en un plinto, en medio del cual había un pene masculino en erección. En la víspera de su noche de bodas las jóvenes se apoyaban en él y ofrecían, candorosamente, su virginidad al dios.

No es de extrañar, entonces, que en ese ambiente de grata licencia sexual se hallasen zapateros que fabricaban falos de cuero para vender a damas deseosas de masturbarse. En el Museo Británico se encuentra un vaso donde una cortesana pintada lleva en la mano esa estimulante prótesis llamada *olisbos*, y en el Museum of Fine Arts de Boston, es posible observar dos vasos áticos con figuras negras pintadas por el Pintor de Amasis que representan a dos hombres acostados y entregados mórbidamente a masturbar sus largos penes con la mano.⁸³ En la obra teatral *Lisístrata*, “la Pacífica” de Aristófanes, el onanismo es también impúdicamente expuesto. Su representación se verificó en el año 412 antes de nuestra era, y fue escrita para apartar a los atenienses de la interminable y desastrosa guerra del Peloponeso contra los espartanos. Las mujeres deciden privar a sus maridos de las delicias del amor hasta tanto no concluyan un arreglo con el enemigo. Lisístrata, que es su líder, enuncia así su queja:

No queda ni sombra de hombre para cometer el menor adulterio. Y desde que los milesios nos traicionaron no he visto ni siquiera un falo de cuero de ocho dedos de largo que pueda servirnos de consolador en nuestra viudez...

En un mundo que rendía culto al cuerpo humano, las gozosas aventuras en el mismo disfrutaban de una bienhechora buena conciencia. En *Les chansons de Bilitis* (1894), una cortesana griega vuelca en sus epigramas un sensual, aunque privado, homenaje a sus senos:

Carne en flor, ¡oh mis senos!, ¡qué ricos son en voluptuosidades! En mis manos, ¡cómo se muestran cargados de infinitas dulzuras y de blandos y tibios perfumes!

En otro tiempo eran helados como el pecho de una estatua y duros como el mármol insensible. Pero desde que maduraron los quiero más todavía, quizá porque han sido amados.

Su forma abultada y lisa es el orgullo de mi torno moreno. Y bien los aprisione en la redcilla de oro, bien los ofrezca desnudos, siempre me preceden con su esplendor.

Sean dichosos esta noche. Si mis dedos inventan nuevas caricias, ustedes solos lo sabrán hasta mañana; porque esta noche, Bilitis se da a Bilitis.⁸⁴

⁸³ “Eros de Grecia”

⁸⁴ Louÿs, Pierre “Las canciones de Bilitis”

¡Qué mundo tan distinto el nuestro! Nos separa de él una gran distancia. Pero mucho mayor aún que los dos mil años que nos alejan del tiempo. Es una lejanía casi inefable. Es una distancia moral. Tan cargada de mala conciencia está en nosotros el placer de la masturbación que nos parece agravante calificar así el delicioso abandono nocturno de Bilitis. Y sin embargo, es la *paja* y no otra cosa lo que se hacía la cortesana en esa noche de caricias solitarias. Los armoniosos versos nos dejan una gran enseñanza. Creíamos que el onanismo era, irremediabilmente, una costumbre perversa. Y evidentemente no es así. Más bien pareciera que, en general, sólo son corruptas nuestras ideas sobre ella. Es la moral la que invalida la inocencia de los instintos. La naturaleza nunca es viciosa, aunque sí pueden serlo nuestros prejuicios. La perversión no está en la *paja* sino en la mente. Shakespeare dijo una vez en un verso célebre que *conscience does make cowards of us all (Hamlet, III, 1)*, la conciencia nos hace a todos cobardes. Hemos aprendido recientemente que también nos hace tontos, aunque sólo sea de manera temporal. Agreguemos ahora, confiadamente, que, además, nos hace perversos.

IV

El filósofo francés Diderot denunciaba la castidad como antinatural y aprobaba la *paja* como un alivio indispensable:

*La naturaleza no tolera nada inútil. Y entonces, ¿cómo se me puede reprochar que la ayude cuando pide mi ayuda por medio del menos equívoco de los síntomas? No debemos provocarla nunca, sino prestarle de cuando en cuando una mano.*⁸⁵

Y realmente constituye un gran avance cuando el paciente, en el curso del tratamiento psicoanalítico, vuelve a permitirse el onanismo. Aunque, por supuesto, sin el propósito de permanecer *sine die*, sin término, en este goce de ermitaño. “Prestarle de cuando en cuando una mano” a la naturaleza supone para él un saludable progreso. El paciente debe experimentar, sin miedo y sin vergüenza todos sus impulsos instintivos. Reconocerse en plenitud, para poder así tomar conciencia de la profunda verdad encerrada en los célebres versos del comediógrafo latino Terencio (185-159 a.C.): *homo sum; humani nihil a me alienum puto*; soy hombre y nada humano me es ajeno. Sólo de este modo podrá continuar su normal desarrollo sexual.

Uno de los más impresionantes descubrimientos de Freud fue, precisamente, el de que en el inconsciente no existe el tiempo. Los instintos reprimidos que en él habitan no evolucionan y permanecen siempre igual a sí mismos. Necesitan de la claridad de la conciencia para madurar. Únicamente así pueden integrarse, armónicamente, al resto de la personalidad. Como los árboles anhelan la luz para crecer.

V

De cualquier manera lo cierto es que la masturbación nunca es un puerto de destino. Por el contrario. Propiamente hablando es una defección. Lo que es

⁸⁵ Durant, Will y Ariel “La edad de Voltaire”

natural en la infancia se transforma en rémora con el paso del tiempo. La experiencia nos enseña que el ser humano, igual que los animales, sólo se hace la *paja* cuando no puede realizar el coito. Ya sea por interdicción moral o por coacción física. El onanismo florece así, siempre, en lugares donde la frecuentación mutua entre los sexos está vedada: cárceles, monasterios, cuarteles... O en situaciones como la descrita por los *Epigramas* de Marcial (X, 104-5):

*Detrás de las puertas se masturban los esclavos frigios cada vez que Andrómaca monta el caballo de Héctor.*⁸⁶

No obstante, es muy difícil que alguna pareja de amantes renuncie, al hacer el amor, a estas mutuas ofrendas. Ellas forman parte del más delicado lenguaje amoroso, y la masturbación se eleva en ellas a un delicioso altruismo de a dos. Como lo enseñaba Ovidio, en *Arte de amar*, III, en el caso de Livia, la tercera mujer del gran emperador romano, que:

*... ni aun ha desdeñado de prestar su mano dulce y rolliza para avivar los deseos de Augusto.*⁸⁷

Pero estos dones sólo se ofrecen como *hors d'oeuvre*, como prólogo o como insinuante obertura, pero nunca como acto final. Porque si las lúbricas finezas se llevan hasta sus últimos extremos dejarán siempre en los amantes un íntimo deseo de insatisfacción. Una segura sensación de incompletud e imperfección. (El masturbador crónico, por ejemplo, vive en un permanente estado de apatía, cansancio y mal humor.) Y ello es así porque el coito vaginal constituye una insustituible exigencia biológica. De tal modo lo ha impuesto la evolución de la especie con la autoridad del tiempo. El onanismo, en cambio, es sólo un refugio. Aun la *paja* más placentera no es sino un pobre subrogado del coito. De tal modo la prohibición, al condenar la masturbación, no ha hecho sino complicar, gratuita y cruelmente, un goce ya de suyo deficiente.

Reik, en su cautivante libro de memorias, *Fragment of a Great Confession* (1949), describe, francamente, esta penosa involución instintiva. Esta locuacidad constituye entre los psicoanalistas una insólita primicia, ya que Freud legó a sus discípulos una imagen de severa discreción. Si bien mencionó alguna vez "las indiscreciones que me veo forzado a cometer"⁸⁸, al publicar la interpretación de algunos de sus propios sueños, lo cierto es que fue un gran encubridor. En las muchas confesiones esparcidas por toda su obra aparece a veces como un hombre vengativo, otras como un mezquino, también como un ambicioso y hasta como un parricida... ¡pero nunca como un hombre sensual!⁸⁹ Sus alumnos, dócilmente, siguieron su ejemplo, ya que, según la literatura psicoanalítica, ninguno de ellos jamás se hizo la *paja*. Reik, con su sinceridad, fue una preciosa excepción.

Su esposa padecía una severa enfermedad cardíaca. Era una dolencia crónica interrumpida a menudo por largas fases de malestares agudos. Y él, que era entonces un hombre de treinta y cuatro años, se vio obligado a enfrentar una

⁸⁶ Lo Duca

⁸⁷ *Ibíd.*

⁸⁸ Freud, Sigmund "La interpretación de los sueños"

⁸⁹ Bernfeld, Siegfried "International Journal of Psychoanalysis"

dolorosa verdad: no podía ya tener relaciones sexuales con ella. Y se encontró por lo tanto frente a la dura disyuntiva de elegir entre la abstinencia sexual o la masturbación. De lo contrario se abría ante sí el camino de la infidelidad, ya que no ignoraba que la castidad es una empresa imposible. No se puede violentar, impunemente, durante mucho tiempo a la naturaleza. La neurosis, la enfermedad física o los trastornos del carácter son el precio inevitable de tan bizarra actitud. Sabía bien que "... la bendición de una castidad perfecta está limitada a los pocos a quienes Dios ama particularmente: los santos y los pobres de espíritu. En otras palabras, a las personas enfermas".⁹⁰ Reik es convincente y genuino al relatar la regresión instintiva que supone el retorno al onanismo:

Un hombre de unos treinta y cinco años, a quien las circunstancias externas e internas obligan a refugiarse en la masturbación, por lo general no se siente culpable y mucho menos en el sentido de un niño de nueve o diez años. No es necesariamente así. En muchos casos esta forma de gratificación sexual puede producir otras reacciones negativas distintas, por ejemplo, vergüenza. Ello significa que el hombre siente como degradante, nocivo para su autorrespeto como persona y como hombre, el tener que volver a utilizar, siendo adulto, este procedimiento infantil. Lo vive como algo incompatible con su edad y su madurez. Es como si el presidente de la Guaranty Trust Company, en lugar de frecuentar las canchas de golf, se uniera a niños de cinco y seis años para jugar a las bolitas en la esquina de su casa.

VI

Freud tampoco creía en el valor de la castidad. Por el contrario. Era a su juicio perniciosa, ya que la conducta sexual del hombre es el modelo inconsciente de su modo de ser en el mundo:

*No he tenido jamás la impresión de que la abstinencia haya ayudado a los hombres de acción independiente, o a los pensadores originales, o a los libertarios valientes, o a los reformadores; la conducta sexual del hombre simboliza frecuentemente su modo de reaccionar ante el mundo externo. El hombre que se apodera enérgicamente de la mujer deseada mostrará probablemente la misma energía y tenacidad en la persecución de otros fines.*⁹¹

Y lo que es válido para la continencia lo es también para la masturbación. Tanto una como otra establecen un prototipo psíquico dañino. Quienes se acostumbran a las satisfacciones solitarias en el mundo de la fantasía pierden la decisión de intervenir en el mundo real, de modificarlo, de tornarlo maleable a sus deseos. Se transforman en seres que piensan pero no actúan y sus vidas se agotan en manipular ensueños... El lenguaje vulgar los ha calificado con gran perspicacia psicológica. Los llama, obscenamente, *pajeros*. Es un tipo de persona que hace de la pasividad su estilo. Sus vidas son una historia de proyectos frustrados, de iniciativas inconclusas, de propósitos

⁹⁰ Reik, Theodor "Confesiones de un psicoanalista"

⁹¹ Freud, Sigmund "La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna"

fallidos. Y una fuerza misteriosa les impide cruzar la frontera que separa el mundo de las ideas del mundo de los hechos.

Evidentemente son caracteres muy poco envidiables.

Sin embargo, y para nuestra sorpresa, existen quienes no sólo padecen este mediocre destino sino que además... ¡lo elogian! Son personas que han hecho de la necesidad virtud. Y hasta han llegado, a veces, a justificar sus placeres secretos a través de los razonamientos de la más alta filosofía. Y, aunque parezca extraño, es éste un proceder que dista mucho de ser insólito. El crear doctrinas filosóficas para dar razón de inquietudes inconscientes es una actitud muy difundida. Más aún, para muchos es la verdadera fuente de la creatividad filosófica. Así Nietzsche, en *Más allá del bien y del mal* (1885), enseñaba que los filósofos son todos ellos, “abogados que no quieren llamarse así, y en la mayoría de los casos son incluso pícaros patrocinadores de sus prejuicios, a los que bautizan con el nombre de ‘verdades’ “.

Tal es el caso, en buena medida, por ejemplo, del griego Aristóteles (384-322 a.C.) Algunos piensan que la historia espiritual de Occidente no es concebible sin él. Dante, en su grandioso poema, dijo de él que su filosofía era la de aquellos que saben: *di coloro che sanno*. Los siglos, en fin, le dieron el consagratorio nombre de *Ille Philosophus*; El Filósofo.

Aristóteles amaba la vida contemplativa. Era para él la única verdaderamente humana. En su libro *Ética a Nicómano* (I, 1904-5-8) pregunta: ¿cuál es el supremo bien? La felicidad, sin duda. Pero luego cuando, consecuentemente pregunta ¿qué es la felicidad?, reconoce que la respuesta es dudosa. El vulgo y los sabios no coinciden en ella. Sin embargo, arguye el grave filósofo, tiene que consistir en una actividad que sea propia y exclusiva del hombre. Algo que lo distinga de los animales y de las plantas. Y lo distintivo del ser humano es la actividad del alma de acuerdo con la razón. Su felicidad reside, pues, en la vida intelectual. ¡Así razonaba nuestro ilustre filósofo!

Y, precisamente, uno de los más preciados méritos del intelecto es que, al ser simplemente contemplativo, no tiene ningún fin exterior a sí mismo, es autosuficiente y obtiene su placer sin ajenas dependencias. De tal modo, asegura el Estagirita en su *Política* (1267 a.):

Quienes ansían disfrutar de un gozo independiente deben buscarlo en la filosofía, pues todos los demás placeres requieren la asistencia de otros hombres.

La imagen de Dios que acuñó Aristóteles está hecha también a la medida de su hombre feliz. Es un dios que nunca hace nada. No tiene deseos ni voluntad. Su única ocupación consiste en contemplar la esencia de las cosas, y, puesto que él mismo es la esencia de todas las cosas, su único trabajo consiste en contemplarse a sí mismo. Dios, nos dice en su *Metafísica* (XII, 7, 1074-5):

Se piensa, pues, a sí mismo, porque él es lo más óptimo, y su pensamiento es pensamiento del pensamiento... Y así está él siendo acto de pensamiento que se piensa a sí mismo durante toda la eternidad.

Es un dios perezoso para el cual “la actividad más dulce y más excelente es la contemplación...” Un *roi faineant*, un rey holgazán. Y, además, un gran solitario.

Frente a la explosión vital, al derroche sensual, a los paradisíacos acoplamientos del divino Júpiter, el dios del filósofo es un enigma para el alma griega. Bien se ha dicho que parece copiado del mismo Aristóteles. Amaba éste tanto la contemplación que sacrificó a ella la imagen de la divinidad. Pero definir a dios como un ser inactivo “que se piensa a sí mismo durante toda la eternidad” es también una manera de caracterizar, elípticamente, a un masturbador. Por lo que el dios aristotélico se nos revela así, sorpresiva e irreverentemente... ¡como un dios *pajero*!

Pero, además, como éste no es en definitiva más que una criatura de su creador, nos revela con su efigie, y más allá de la distancia de los siglos, interesantes y ocultos aspectos de la vida erótica del filósofo inmortal. Y es este conocimiento una recompensa que satisface gratamente nuestra curiosidad psicológica, ya que el hallazgo de algunas de las relaciones existentes entre las personalidades de los filósofos y sus obras era, precisamente para Freud, uno de los modos en que “puede la filosofía recibir el impulso del psicoanálisis, y es pasando a ser objeto del mismo”.⁹²

VII

Un joven paciente nos brinda sobre nuestro tema una enriquecedora experiencia.

Tenía veinticuatro años, era universitario y soltero. Frecuentaba a una enfermera un año mayor que él. Era una mujer alta, delgada, de tez morena y con un rostro de rasgos particularmente finos. Su vida sexual, no obstante, era muy limitada. No gozaba casi con el coito vaginal. Prefería, en cambio, chupar sus grandes y apetitosas *tetas* mientras la chica le hacía, tiernamente, la *paja*. Sus encuentros, además, eran esporádicos, y en los intervalos se masturbaba a menudo pensando en ella. Había una fantasía que lo excitaba particularmente. Se imaginaba que la joven lo llevaba de la mano al baño, le tomaba la *pija* y lo hacía orinar. Era su ensueño preferido.

Un día, finalmente, quiso experimentar en la realidad su pertinaz inquietud. Su amante se mostró sorprendida, pero la iniciativa llenó su cara de color. Fueron al baño. Ahí la chica le desabrochó delicadamente la bragueta y tomó en su mano la *pija* endurecida y casi violeta. Luego, lentamente, la meada comenzó a fluir como si fuese un surtidor...

Al relatar su aventura durante el psicoanálisis el joven no podía eludir un fuerte sentimiento de malestar. Y no titubeaba en afirmar que lo que había hecho era un acto morboso y degradante. Se sentía, por lo demás, muy avergonzado.

Un día, durante una sesión en la que hablaba de su inquietante experiencia urinaria, fue asaltado, de pronto, por un recuerdo inesperado. Se veía en él a sí mismo. Era pequeño, de apenas cinco años de edad, con su madre en el baño. Ella lo observaba con maternal sonrisa mientras sostenía con la mano su *pitito*, que estaba duro, para hacerlo orinar.

Fue entonces cuando tuvo una súbita intuición. ¿Sería posible que lo que él creía un perverso deseo no fuese sino...? ¡un deseo infantil!

Le parecía extraordinario, increíble... pero al mismo tiempo sentía que un sentimiento de convicción crecía en él rápidamente. La escabrosa escena escatológica que tanta voluptuosidad le suscitaba resultaba ser la repetición de

⁹² Freud, Sigmund “Múltiple interés del psicoanálisis”

una inocente experiencia infantil. Sin embargo, había tenido lugar en ella una distorsionada sustitución de personajes. No era él cuando niño sino ya adulto, y no era su madre la dama sino una enfermera. Pero además existía otra gran diferencia.

En su tierna infancia había disfrutado siempre de un cándido goce sensual cuando su madre tomaba su diminuto pene con sus dedos. Era un íntimo placer que disfrutaba con generosa buena conciencia. ¡Es natural que la madre enseñe a su hijo a mear! Pero ahora, al reaparecer enmascarado, el deseo infantil era acompañado, en cambio, por una opresiva mala conciencia, por una enervante sensación de perversión...

¿Qué había sucedido?

VIII

La respuesta es simple. Entre la satisfacción infantil y su reproducción adulta tuvo lugar en la vida anímica del paciente un fenómeno nuevo y trascendente: la instauración de la conciencia moral. Y se dio fin de este modo a su despreocupado y feliz período de “inmoralidad infantil”.⁹³

De allí en adelante la vergüenza y los remordimientos fueron para él el precio del placer. Había perdido la inocencia, y las puertas del paraíso se cerraron sin piedad.

Es éste un proceso inexorable. Y, además, universal. Todo niño presiente en algún momento que el periódico y delicioso encuentro de su minúsculo pene con la gentil mano de su madre amenaza terminar. Innumerable signos se lo advierten. Y sufre, entonces, sin comprender cómo lo que ayer era bueno se transforma en malo, en una ominosa subversión de valores.

El relato no sólo nos ha ilustrado, sino que estimula también provechosas reflexiones. Gracias a él hemos aprendido que muchas monstruosidades no son sino, al mirarlas con el cristal de aumento del psicoanálisis, más que pequeños infusorios. Pero hemos descubierto además, *in primis*, sobre todo, que es la madre la que enseña al niño a descubrir las inmensas posibilidades placenteras de su propio cuerpo. Al tomar su pequeña *pija* entre sus dedos deja en su alma una huella indeleble que luego él seguirá con su propia mano. Con sus cuidados y caricias, con sus baños y perfumes, con todo el amoroso contacto que le inspira su amor, le revela a su hijo su propia piel y sus deleites. Ése y no otro es también el vestigio que dejó el amamantamiento. Porque, ¿qué es el placer de masturbarse chupándose el dedo sino la repetición del inefable placer de chupar la *teta* de la madre?

La madre es así, indudablemente, la primera maestra de la *paja*. Y con su tierno magisterio, como indica Freud, no hace más que cumplir con un deber impuesto por la naturaleza. Enseña al niño a descubrir su cuerpo y sus posibilidades amorosas. Pero no sólo le transmite la técnica de la masturbación. También se ofrece ella misma, inconscientemente, como imagen inspiradora de sus caricias solitarias. Francamente o cubierta por el taparrabo de un símbolo, como en el caso de la enfermera de nuestro juvenil paciente. Pero siempre ocupará un lugar de privilegio en el “teatro privado” de su hijo. Vemos de tal modo que el análisis de la prohibición de utilizar la “mala” palabra *paja* nos conduce en último término a un lugar conocido. A la misma fuente en

⁹³ Ibíd. “Nuevas observaciones sobre las neuropsicosis de defensa”

que se nutre la interdicción de todas sus congéneres: el riesgo de asociaciones incestuosas. La alucinante palabra, usada con impulso genuino, puede llegar a provocar turbadoras remembranzas. Es menester condenar, por lo tanto, voces tan insinuantes...

La conciencia moral es implacable, porque tras su rigidez se oculta una voluntad de olvido. Quiere provocar una fractura en el tiempo: romper la continuidad histórica entre el hombre y el niño. Busca la amnesia infantil... y la logra.

El psicoanálisis, en cambio, se propone exactamente lo opuesto. Quiere recordar. Y como dispone sólo de palabras para su faena arqueológica prefiere las más conmovedoras. Y no ignora que ellas son, sin duda, las "malas" palabras. Sabe que lo ayudarán a despertar el pasado, a llamarlo de nuevo a la vida. Es el único camino hacia la salud. Porque para lograr la integridad mental del hombre es necesario recuperar al niño que vive en él. Existe, es cierto, un inveterado prejuicio que ve en el hombre al padre del niño. Pero no es así. Más bien es al revés. Porque, como quería el poeta inglés Wordsworth (1770-1850), presintiendo acaso los hallazgos de Freud, en realidad el niño es el padre del hombre, y una piedad natural debiera unir entre sí todos los días de su vida.

VII. La prohibición suprema

*Él contempló la curva hermosa de sus caderas.
Era lo que le fascinaba hoy. ¡Cómo descendían hasta
la sólida redondez de las nalgas! Y en medio,
envuelta en el secreto calor, ¡la entrada secreta!*

D. H. LAWRENCE
(*El amante de Lady Chatterley*,
Cap. XV, 1928)

I

Hemos analizado hasta ahora una serie de “malas” palabras: *teta, chupar la teta o la pija, mierda, cagar, mear, romper el culo, hacerse la paja...* Hemos mirado, también, en los recovecos secretos de la crueldad y la sumisión. Y hemos descubierto como causa de la prohibición de todos estos vocablos la necesidad de negar aspectos de nuestra naturaleza humana. Además, hemos advertido la imposición de olvido un trozo de nuestro pasado. Penetramos, en fin, en el mundo del tabú. Pero no llegamos aún al momento supremo de la experiencia sexual y, por lo tanto, tampoco, a la suprema prohibición. Al dominio más severamente vedado, es decir, a la inefable experiencia del coito. Es allí donde la interdicción moral alcanza su altura más elevada, su fuerza más tremenda. Son las palabras más terribles: ¡*coger!*... ¡*pija!* y, por sobre todo, ¡*concha!*...

Éstas son voces definitivamente expulsadas de cualquier diálogo culto. Están, además, por supuesto, excluidas de cualquier diccionario decente. Y es inimaginable oír las en los labios de una maestra en un aula escolar. Provocan al pronunciarlas, más que ninguna otra de sus hermanas un decidido efecto alucinatorio. Y en cualquier diálogo su introducción subrepticia es fuertemente conmovedora. Por ello constituyen el ingrediente predilecto de todos los chistes “verdes”. Porque, ¿no es acaso el propósito de todo chiste obscuro sorprender con la representación plástica y vívida de un órgano o un acto sexual? Todo chiste descansa, por definición, en una sorpresa. Por eso no reímos de los chistes viejos. Pero el chiste nunca muestra su secreto francamente; sólo lo alude. Y el tiempo que separa la finalización del relato y el golpe de risa señala el proceso por el cual, inconscientemente, captamos el significado de la alusión, que es siempre un espectáculo sexual.

Así sucede, por ejemplo, en este chiste académico:

Un conocido catedrático de la Universidad que acostumbraba sazonar con numerosos chistes su poco amena disciplina es felicitado por el nacimiento de un nuevo hijo, que llega al mundo hallándose el padre en edad harta avanzada. “Gracias, gracias, responde el felicitado. Ya ve usted de qué maravillas es capaz la mano del hombre.”⁹⁴

O en este *lapsus linguae*, verídico y chistoso:

⁹⁴ Freud, Sigmund “El chiste y su relación con el inconsciente”

Hablando una señora en una reunión de un tema que, por el apasionamiento de sus palabras, se advertía que despertaba en ella intensas emociones secretas, dijo lo siguiente: “Sí, una mujer necesita ser bella para gustar a los hombres. El hombre tiene menos dificultad para gustar a las mujeres. Basta que tenga sus cinco miembros bien derechos”.⁹⁵

En ambos casos la imagen de la *pija* se reproduce prepotentemente ante nuestros ojos... Y ése y no otro, por supuesto, era el propósito de las ingeniosas ocurrencias. Ésta es también la razón por la cual los chistes obscenos se cuentan principalmente por hombres en presencia de mujeres. Constituyen un intento de mostrarles, agresivamente una desnudez. Es, por lo tanto, una forma de avance sexual. Pero es, además, un arresto exquisitamente viril. ¡Las mujeres no cuentan chistes “verdes”! Freud, en un sutil y cautivante estudio estético, señaló con precisión este peculiar carácter alucinatorio de las “malas” palabras:

El “dicho verde” es como un desnudamiento de la persona de diferente sexo a la cual va dirigido. Con sus palabras obscenas obliga a la persona atacada a representarse la parte del cuerpo o el acto a que las mismas corresponden y le hace ver que el atacante se las representa ya. No puede dudarse que el placer de contemplar lo sexual sin velo alguno es el motivo originario de este género de dichos.

El chiste “verde” es siempre una forma de superar la prohibición. Decimos chistosamente lo que no podemos decir seriamente. Sin duda es un progreso, pero presupone, no obstante, la interdicción. No la vence, sólo la elude. En las personas de moral más relajada, la procacidad no necesita ser chistosa para poder expresarse. Es espontánea y franca; carece de velos. La risa en cuestiones eróticas es por ello siempre ambigua. No implica necesariamente felicidad. A menudo es sólo un respiro, un momentáneo escape a la opresión. La sexualidad profunda y libre es ajena a la risa. La seducción puede, a veces, ser juguetona, pero la voluptuosidad es una cosa seria. Las fuerzas de la Naturaleza, decía el filósofo alemán Schopenhauer (1788-1860), obran seriamente en todas partes.⁹⁶ La risa en cosas sexuales, más de lo que se cree, no es tanto sinónimo de licencia como de censura. Vale aquí la frase de aquel filósofo oriental que, luego de visitar un país extranjero, comentó con simplicidad y acierto: “Este pueblo ríe mucho, no es feliz”.

II

¡Qué gran distancia afectiva existe entre los términos *coger* y coito; entre *pija* y pene; y, sobre todo, entre *concha* y vagina o vulva! Las “malas” palabras poseen un raro hechizo. Reproducen mágicamente frente a nuestros ojos el órgano o el acto sexual nombrado. Son casi omnipotentes, aunque, sin embargo, no todas tienen el mismo poder. La magia existe en proporción directa a la prohibición. Cuanto más miedo, más magia. El vocablo más condenado es el que más fuerza alucinatoria tiene. (La prohibición moral provoca el efecto de un trauma, de la explosión de una bomba. Es además un

⁹⁵ Ibíd. “Psicopatología de la vida cotidiana”

⁹⁶ Schopenhauer, Arthur “El amor, las mujeres y la muerte”

cuerpo extraño y siempre irritante incrustado en el alma.) Y de esta manera la distinta fuerza de los términos tabú origina una escala de valores entre ellos. Es una escala evidente aunque no la podamos verificar con ningún instrumento. Ni tampoco formular matemáticamente. Pero la intuimos. Es, ciertamente, una simple convicción afectiva, pero no por ello menos valiosa. En absoluto. Y es más importante aun que los conocimientos obtenidos por medio de la razón, ya que, como sostenía el filósofo francés Henri Bergson (1859-1941), en su *Introducción a la metafísica* (1903), es precisamente a través de la intuición y no del pensamiento como captamos la realidad más profunda. La intuición es el único impulso que puede colocarnos “de golpe en el corazón del tema”. Y es así como sentimos, experimentamos, que decir *coger* es moralmente grave, pero que lo es más decir *pija*, y más aún, todavía, decir ¡*concha*! Pero, ¿por qué?

La jerarquía entre las “malas” palabras es indudable, pero el orden de la serie, no obstante, no deja de ser curioso. Siendo el coito la más grande experiencia de placer dada por la naturaleza al hombre, y siendo la sexualidad el territorio predilecto de la conciencia moral, debiera ser *coger* la palabra más vedada. Pero la experiencia indica que no es así. *Pija* y *concha* reclaman para sí el dudoso privilegio.

Ahora bien, frente a tales hechos una obvia pregunta se impone. ¿Es posible que los órganos genitales en sí mismos estén más prohibidos que el propio acto sexual? Podemos responder afirmativamente sin hesitar. Y la causa arraiga en la índole misma de las “malas” palabras: en su extraña fuerza alucinante.

Las voces *pija* y *concha* reproducen con gran fidelidad e impacto visual los órganos genésicos. Su figura, su tamaño, su color y a veces, incluso, hasta su olor. Lo vemos con todo su encanto y esplendor. La palabra *coger* no los pinta, en cambio, de la misma manera. Y, por el contrario, en cierto sentido más bien los oculta. Nos muestra, es cierto, a la pareja en el acto del coito, pero en él los genitales se confunden entre sí y entonces... ¡no se ven! (Ésta es la razón por la que las fotos del coito de las revistas pornográficas, en su afán de mostrar el pene y la vagina de cualquier modo, son, habitualmente, muy rebuscadas) Es patente que en el momento de la penetración los genitales desaparecen entre la anatomía de los amantes y vemos sólo los cuerpos fundidos en el amoroso abrazo.

Por este motivo es que el vocablo *coger* es, relativamente, menos condenado. Lo que la moral persigue implacable es la visión, la imagen misma de los órganos. Ése es su criterio de valor.

Los descubrimientos realizados en las excavaciones de Pompeya nos brindan, afortunadamente, una magnífica ocasión de verificar nuestra intuición.

La ciudad romana había sido fundada por los oscos, uno de los antiguos pueblos de la Italia central en la costa del Mediterráneo, cerca de Nápoles, al pie del volcán Vesubio. Fue sepultada por la lava en el año 79 antes de Cristo. Las excavaciones comenzaron en 1748 y continúan hasta nuestro siglo. Han llegado así a nosotros valiosísimos testimonios del arte y la vida de sus habitantes. Han visto nuevamente la luz templos, edificios oficiales y particulares, calles, teatros y... ¡un lupanar! Y este prostíbulo constituye un tesoro arqueológico de valor incomparable, ya que nos da una amplísima información sobre las costumbres sexuales de la época.

Los numerosos frescos que ilustraban las voluptuosas especialidades de la casa descubiertos en sus ruinas son un insuperable *racconto*, una magnífica exposición de la sexualidad antigua. Las representaciones del coito, tal como lo cantara Ovidio (43 a.C.-17 d.C.), muestran a la mujer en las más variadas posiciones lascivas:

*et faciunt cura ne videantur anus;
utque velis Venerem iungunt permille figuras;
invenit plures nulla tabella modos.*⁹⁷

“Las mujeres maduras se entregan al amor en miles de posiciones que en ninguna lista de pinturas lascivas se pueden encontrar; en ellas la voluptuosidad es provocada sin artificios.”

Pero lo que resulta para nosotros especialmente interesante es que ninguna de las pinturas pompeyanas del coito se observan francamente... ¡los órganos genitales! A veces se evidencia el pene, pero la vulva nunca aparece en primer plano. A lo sumo podemos observar su vello. Y esto es muy significativo para comprender, todavía mejor, la jerarquía vigente entre las “malas” palabras. Nos permite precisar aun más sus valores, ya que no es difícil sospechar que lo menos representado es lo más prohibido.

La *concha* es, así, por exclusión, la visión más condenada.

La *Raccolta pornográfica* confirma nuestro aserto. Es la colección de objetos obscenos rescatados de Pompeya. Fue denominada así por Alejandro Dumas, *père* (1802-1870). Aún conserva ese nombre y constituye un documento invaluable de nuestra herencia cultural.

En sus más de doscientas cincuenta hojas y objetos eróticos con que cuenta, las reproducciones fálicas se repiten obsesivamente: relieves, estatuas, frescos, fuentes, trípodes, esculturas, vasos, sarcófagos, espejos, platos, ánforas, lámparas... En este insólito elenco pornográfico el miembro masculino se presenta en las más diversas formas, tamaños y colores, pero no aparece, en cambio... ¡una sola vulva!

Ella es la gran ausente. Y ello es así porque falta lo que no debe estar. Sobre ella cae, pues, evidentemente, la suprema prohibición, ya que no se ve *sino* lo que no deber verse. ¡Ni aun en un burdel!

La *concha* es, sin duda, la verdadera imagen imposible.

III

En realidad, si hiciésemos una encuesta entre representantes del sexo masculino preguntando si pueden darnos una descripción exacta de la vulva, su forma, tamaño y color, recibiríamos una respuesta desconcertante: ¡no pueden hacerlo!

Recién entonces advertirían, con sorpresa, que apenas si la miran cuando hacen el amor. Que no detienen nunca en ella, especialmente, la mirada voluptuosa, ni gozan observando los detalles de la “entrada secreta”. Incluso aquellos que disfrutan *lambendo lingua genitalia*, lamiendo los genitales, percibirían que no pueden, morosamente, estudiarla con esmero. Un hombre que no tiene dificultad alguna para retener los mínimos rasgos de un dibujo, o

⁹⁷ Ovidio “El arte de amar”

las más leves líneas de una estatua, o las delicadezas tipográficas de un libro, no puede, sin embargo, con seguridad... ¡describir fielmente la vulva!
Y es que difícilmente exista para el sexo fuerte un territorio tan ignorado como la geografía de la *concha*.

Al hombre que tanto la desea, nada lo angustia tanto, inconscientemente, como ese hueco delicioso y oculto de la mujer. Es una gran paradoja, funesta consecuencia de la intimidación moral. Por su influjo tiene lugar esta penosa desorientación instintiva donde lo más deseado se transforma en lo más temido. Y el espanto ocupa, entonces, el lugar del amor.

Así sucedió, por ejemplo, en el antiguo mundo griego. En sus mitos nos ha legado, simbólicamente, una imagen espeluznante del genital femenino: el rostro de la Medusa. Era una de las míticas Gorgonas, tres hermanas que habitaban el extremo Occidental de la Tierra, en las proximidades de los Infiernos. Tenían aspecto monstruoso: cabeza enorme y cabellera de serpientes, dientes largos y afilados, manos de bronce y alas de oro. Sus ojos centelleaban y quien osaba mirarlos quedaba petrificado. De las tres hermanas, sólo la Medusa era mortal. Era tan temible que amedrentaba no sólo a los hombres sino también a los dioses. Perseo, el hijo de Júpiter, le cortó la cabeza mientras dormía utilizando un escudo pulido como espejo por medio del cual miraba indirectamente la imagen del monstruo.

Freud, que no interpretó a menudo temas mitológicos individuales, no pudo resistirse en el caso de la horripilante cabeza decapitada de la Medusa. Y no dudó en reiterar aquí una ecuación descubierta tiempo atrás por el psicoanálisis: la decapitación es un símbolo de la castración, la amenaza más angustiada que pueda padecer el hombre.⁹⁸

La castración es un castigo. La sanción que sufrirá el niño que pretenda gozar sexualmente de su madre. Tras el análisis de innumerables pacientes y miles de sueños, constituyó éste uno de los grandes descubrimientos que Freud ofreció al mundo. Y, recurriendo a la tragedia griega, lo hizo célebre como “complejo de Edipo”.

Edipo, que mató a su padre Layo y se casó y le hizo hijos a su madre Yocasta, se castigó por su conducta arrancándose los ojos, simbolizando así la castración de sus testículos. El terror a la Medusa es, pues, para el genial intérprete de los sueños “un terror a la castración relacionado con la vista de algo”. Y ese algo es para el niño, como lo muestra la experiencia psicoanalítica, la visión del genital femenino rodeado de pelos. Obviamente, el de la mujer que el pequeño más quiere y más íntimamente conoce: su madre.

Pero la interpretación es más prolija aún. Los artistas –como el pintor italiano Michelangelo Caravaggio (1573-1609), que pintó entre 1591 y 1596 un escudo con el rostro amenazante de la Medusa, o como Benvenuto Cellini, el escultor, joyero, cincelador y medallista italiano, en su escultura más celebrada, *El Perseo* (1554)– suelen representar el cabello del monstruo con forma de serpientes. Pues bien, éstas, a pesar de ser horribles en sí mismas, son símbolos universales del pene y contribuyen, por lo tanto, a mitigar el espanto de la castración, ya que están en su lugar y lo sustituyen. Quedar petrificado, además, agrega Freud, significa efectivamente quedarse duro. ¡Y duro se pone el pene cuando está erecto! La petrificación es así, de tal modo, otra forma de negar la castración. Ésta es la razón por la cual Atenea, la diosa virgen del

⁹⁸ Freud, Sigmund “La cabeza de Medusa”

Olimpo, lleva este horripilante símbolo en sus vestiduras. Se convierte de tal manera en la mujer inabordable que repele todo deseo sexual, “ya que ostenta los genitales terroríficos de la madre”.

Observamos así, y no sin sorpresa, que en última instancia no es cualquier vulva, sino propiamente la *concha* de la madre la que aterroriza e inhibe al hombre.

El robusto y jocundo Pantagruel, de François Rabelais (1490?-1553), uno de los autores que más enriqueció el vocabulario francés, nos brinda una sorprendente e insospechable confirmación de la opinión de Freud sobre la angustia de castración.

El pillo de Panurgo, simpático y franco, enseña a Pantagruel una manera bien nueva de fortificar las murallas de París. Es además barata. Como ha visto que las vulvas de las damas de ese país valen menos que las piedras, piensa que convendría levantar con ellas las murallas. Primero las más grandes, después, cruzadas, las medianas, y por último, las pequeñas. Y a propósito de su idea le cuenta una curiosa historia.

En el tiempo en que hablaban las bestias, un pobre león se paseaba por el bosque de Bieure. De pronto vio venir a una vieja que buscaba palos secos. La mujer al ver al león se cayó de espaldas de tal forma que se le volvieron las faldas al revés. El león, piadoso, acudió para ver si la anciana se había hecho algún daño, y al ver sus genitales exclamó:

-¡Pobre mujer! ¿Quién te ha herido de esa manera?

Diciendo esto, divisó a lo lejos un zorro y lo llamó:

-¡Compadre zorro, ven, ven acá, que te necesito!

Cuando llegó el zorro le habló de esta manera:

-Compadre, amigo mío, han herido villanamente a esta buena mujer aquí entre las piernas; la herida, que tiene solución de continuidad bien manifiesta, es grande, desde el culo hasta el ombligo, mide cuatro, más bien cinco palmos medio; es un buen hachazo y no me cabe duda de que la herida es vieja...⁹⁹

El relato de Panurgo data del siglo dieciséis. Es evidente, pues, que el miedo a la castración no conoce fronteras ni en el tiempo ni en el espacio. Y no podría ser de otra manera. La angustia brota siempre, incesante, del magno conflicto incestuoso que todo niño debe soportar. Inexorablemente. La fantasía de Rabelais tiene hondas raíces y es, además, universal. Y las consecuencias son claras.

Si la vulva es una herida, significa, entonces, que la madre, y por lo tanto también todas las demás mujeres, son para el hijo varones castrados.

Bárbaramente castigados por sus deseos incestuosos. Ésa es la explicación última del espanto. Y el miedo a las mujeres que, consciente o inconscientemente, acosa a tantos hombres no es así, en el fondo, otra cosa que el miedo a la *concha*, al rostro de la Medusa, a la imagen misma de la castración.

IV

⁹⁹ Rabelais, François “Gargantúa y Pantagruel”

Afortunadamente, sin embargo, no todos los hombres tienen una idea tan fantástica del genital femenino. Ella es sólo un fruto maligno del miedo. El amor mira con otros ojos. Quien ha gozado del dulce arrobamiento que dispensa ese agujero encantador no puede, en alas del deseo, caer en tamaño error. El jardín de Venus, lejos de ser un paraje que erice los pelos, como lo quiere la aviesa conciencia moral, es, en realidad, un recreo acogedor, húmedo y cálido, rebozante de deleites. Por ello la palabra obscena *concha*, utilizada vulgarmente para nombrar a la vulva, está noblemente inspirada. Proviene del latín tardío *conchula*, diminutivo de *concha*. Y se refiere a la parte exterior y dura que cubre a los moluscos. Supone una delicada fantasía marina, y es, además, una representación muy apropiada. Tiene, también, el prestigio de una gran tradición. En el célebre cuadro que Botticelli pintó para sus mecenas Lorenzo y Giuliano de Médicis, *El nacimiento de Venus* (1480), el erótico símbolo aparece con pura transparencia.

En la pintura, una obra maestra de gracia, una joven desnuda surge del mar, de una *concha* dorada, cubriendo su vulva con sus largas y rubias trenzas; a su derecha una pareja de Céfiros, mitológicos vientos de los antiguos griegos, sopla empujándola hacia la playa, y a su izquierda una linda doncella le ofrece a la diosa un manto protector. La obra está llena de simbolismos y tiene, por lo tanto, un carácter fuertemente onírico. Y como un sueño merece ser comprendida. El agua, como una larga experiencia nos ha enseñado, simboliza el líquido amniótico en el que hemos estado suspendidos durante los nueve meses de gestación; el viento alude al desagradable cambio de temperatura experimentado por el bebé al emerger del cálido claustro materno, y la vestimenta ofrecida por la gentil joven representa las membranas fetales con las que nacemos cubiertos y que constituyen, inconscientemente, el modelo de todos los vestidos que nos cubrirán después. La dorada *concha*, finalmente, alude a la vulva materna por donde todos hemos salido a la luz.

Frente a la luminosa belleza de este *capolavoro*, parece increíble que el nombre de la cubierta de los moluscos, tan sugerente y tan descriptivo del genital femenino, pueda llegar a provocar, a través de una endiablada metamorfosis, sentimientos tan turbadores y angustiosos.

El embeleso que suscita la *concha*, de cualquier modo, ha sido también constante. Los poetas le han ofrendado, en todas las épocas, inspirados versos. El francés Ronsard (1524-1585) veía en ella, aunque no sin cierta turbación:

*la vermeillete fente.*¹⁰⁰

“Un tajo bermejo”. Y su compañero Remy Belleau (1528-1577), sin inquietud:

un petit mont feutré de mousse delicate trace sur le milieu d'un fillet
escarlata.¹⁰¹

“Un pequeño monte tapizado de delicado musgo, trazado sobre el medio de un hilo escarlata”. Y en nuestros días el premio Nóbel chileno Pablo Neruda (1904-1973) descubría, admirado, entre los muslos femeninos:

¹⁰⁰ Nabokov, Vladimir “Lolita”

¹⁰¹ *Ibid.*

*¡Oh qué musgo gigante!
¡y un cráter, una rosa
de fuego humedecido!*¹⁰²

No fueron menores los tributos que le rindió la novela. Así por ejemplo, Pierre Louÿs, el indiscutido maestro entre los amantes del mundo antiguo en sus aspectos más voluptuosos, en su *Aphrodite (Moeurs antiques)* (1896), un vívido fresco de la histórica Alejandría, nos ha dejado una subyugante descripción de la vulva y la vagina.

Djala, la esclava hindú, le canta a su ama Crisis, la bellísima cortesana. Recuerda en su canto melodías amorosas de su patria natal. Son deliciosas alabanzas a su dueña. Elogia sus cabellos, sus ojos, sus labios, su lengua, sus brazos, sus muslos y sus axilas, sus pies, su seno, su ombligo... Finalmente:

*Se hizo un silencio. La esclava alzó las manos y se inclinó.
La cortesana continuó:
-Ella es como una flor púrpura, llena de miel y de perfumes.
-Ella es como una hidra de mar, viva y blanda, abierta durante la noche.
-Ella es la gruta húmeda, el refugio siempre cálido, el Asilo donde el hombre descansa en su camino hacia la muerte.*¹⁰³

La descripción del genital femenino es hermosa. Pero, no obstante, también es, moralmente, vacilante. No sólo porque la idea de la muerte aparece asociada a ella, señalando la existencia de un vínculo obsesivo e inconsciente entre la felicidad más grande dispensada al hombre y el presagio más inquietante, sino también porque la licenciada cortesana, la dueña de todos los placeres, está ella misma sometida al arcaico tabú de las palabras y... ¡no puede nombrar a la *concha*! Sólo puede utilizar un pronombre personal: ELLA.

Finalmente, en la esclava, sometiéndose también ella a la suprema prohibición, el pánico prevalece:

*La mujer murmuró muy quedo:
-Es pavorosa. Es la cara de Medusa.*

V

Las consecuencias el miedo a la *concha* han sido para el hombre muy amplias y, además, inconmensurables. No ha habido aspecto de su existencia que no lleve huellas. Y entre otras cosas ha alterado en él la idea misma de la belleza. La reflexión sobre la belleza tiene una larga prosapia. Es, en verdad, tan antigua como la belleza misma. *¿Qué es lo bello?* es una pregunta muy antigua. Los pensadores griegos Sócrates e Hipias ya lo discutían en el amanecer de nuestra cultura.¹⁰⁴ Pero el problema no fue formulado con precisión hasta el advenimiento del filósofo alemán Immanuel Kant (1724-1804), en su *Crítica del juicio* (1790).

¹⁰² Neruda, Pablo "Los versos del capitán"

¹⁰³ Louÿs, Pierre "Afrodita"

¹⁰⁴ Ferrater Mora, José "Diccionario de filosofía"

Existe para el autor una diferencia notable entre el deleite de los sentidos y el placer estético. El primero es operativo; el segundo, en cambio, es sólo contemplativo. Uno es, por lo tanto, interesado, y el otro no. El placer contemplativo es un placer espiritual exclusivo del hombre; el goce operativo, el disfrute que brinda el uso de las cosas, es, por el contrario, un deleite sensible propio de cualquier animal y consiste en la mera satisfacción de sus necesidades fisiológicas. Por tal motivo, sostenía, sólo atribuimos belleza a un objeto cuya contemplación nos causa un placer desinteresado, es decir, un placer libre de todo deseo personal. Es la satisfacción que obtenemos, por ejemplo, al mirar una montaña, un árbol, una flor. La belleza es, en definitiva, una finalidad sin fin.¹⁰⁵

También Schopenhauer, que abrevó mucho en esta teoría, dice en su obra magna, *El mundo como voluntad y representación* (1818), que el goce estético que nos proporcionan los objetos bellos consiste:

en gran parte en que, sumidos en el estado de contemplación pura, libertados durante ese intervalo de toda voluntad, es decir, de todo deseo y de toda preocupación, nos libramos, por decirlo así, de nosotros mismos, y nuestra inteligencia deja de estar al servicio de nuestra voluntad...

Para estos filósofos la belleza es, así, un placer exquisitamente contemplativo que nos brinda un goce libre de todo interés egoísta. Un alto valor espiritual alejado de las mezquinas contingencias de la carne. Es la teoría estética más difundida, que reposa, además, sobre la tremenda autoridad de sus progenitores.

Y es cierto que el *argumentum ad verecundiam*, o el respeto que nos inspiran las opiniones de las personas famosas, es muy influyente en nuestros juicios. No obstante, ellas no son, de por sí, un criterio de verdad. El conocimiento no se legitima por mero aboengo. El testimonio de las autoridades es importante... ¡pero no tanto! La historia del pensamiento humano nos ha enseñado que la verdad no brota mágicamente de las palabras, por venerables que ellas sean, sino de los hechos. Y los hechos, en este tema, hablan con muy diverso lenguaje.

La belleza como placer independiente de todo deseo personal... ¿Pero ello es, acaso posible? ¿Podemos, por ventura, imaginar que el placer estético, como cualquier otro placer, pueda ser indiferente al instinto sexual, el modelo y fuente de todo placer?

La experiencia nos dice a grandes voces que es muy improbable. En realidad muy difícil; más aún, verdaderamente imposible.

¿Y es que conocemos algo que sea más interesado y práctico que el deseo sexual?

Es dable observar que para todo hombre robusto y sin mayores complicaciones no existe, profundamente, otro criterio de belleza que la mujer. En última instancia todos los objetos bellos los asocia consciente o inconscientemente con la hembra. Para él, como para la mayoría de los animales, como enseña Darwin, “el gusto por lo bello confina, según lo que nosotros podemos

¹⁰⁵ García Morente, Manuel “La filosofía de Kant”

comprender, con la atracción del sexo contrario”.¹⁰⁶ Y ésta es, sin duda, una afirmación mucho más razonable y más afín a nuestros sentimientos. Sentimos permanentemente en nuestra vida diaria, con la certeza que nos brinda una emoción profunda, que la belleza se alimenta del deseo. Él es su sabrosa vianda. Una cosa es hermosa porque lo que amamos es hermoso. Lo bello es siempre, para nosotros, lo deseado.

Los hechos suceden, pues, exactamente al revés de lo que afirman nuestros filósofos. No sólo es inexacto que la belleza sea un placer libre de todo deseo sexual. Es, además, ¡impensable que algo que pueda atraernos estéticamente con independencia de él! Y como el objeto del deseo sexual es para el hombre, naturalmente, la mujer, resulta que en definitiva el anhelo de copular es el manantial de toda belleza. Y esto se nos torna inmediatamente evidente si reparamos en que la naturaleza misma sólo nos embriaga con su hermosura cuando de alguna manera, con mayor o menor conciencia, nos despierta reminiscencias de la hembra.

Al fin y al cabo, ¿no hablamos a menudo de la “madre” naturaleza?

El premio Nóbel francés Anatole France (1844-1924) expuso con exquisita armonía verdad en una de las obras maestras de la literatura: *Thais* (1890). El libro describe un portentoso combate entre la voluptuosa Thais, prostituta de Alejandría, y Paphnutius, monje serio y austero que quiere convertirla. Pero el siervo de Dios se ve envuelto en su ardua empresa en un fiero conflicto espiritual. Comienza a sentir en su carne los mismos agujijones que condenaba en la mujer disoluta. Finalmente se enamora de ella y trata de poseerla. Y es entonces cuando Thais se le presenta en una visión y, consciente de ser como mujer el principio de toda belleza, le dice:

Yo soy la belleza de las mujeres; ¿en dónde pensás refugiarte, loco insensato, huyendo de mí? Hallarás mi parecido en el esplendor de las flores, en la flexibilidad de las palmeras, en el vuelo de las palomas, en el retozar de las gacelas, en el ondear del agua, en la luz suave de la Luna...

Hemos arribado así a una teoría muy distinta a la enunciada por Kant y Schopenhauer. La belleza no es, de ninguna manera, un placer desinteresado. Todo lo contrario. Su ser mismo es el interés. Un puro interés amoroso. Es el amor quien la engendra. Ésa es la conclusión. Lo bello es bello porque representa a la mujer o nos trae reminiscencias de ella.

Y esta afirmación es, indudablemente, mucho más respetuosa de la experiencia. Pero, sin embargo, tampoco nos satisface plenamente. Sentimos que aún quedan incógnitas por resolver. Hay algo no develado aún. El enigma de la belleza todavía guarda su último secreto.

Tratemos de llegar a él.

La mujer ha sido siempre, es cierto, la musa inspiradora del hombre en su búsqueda de lo bello. En el arte las reproducciones del cuerpo femenino se remontan a los tiempos prehistóricos. Así sucede con la *Venus con el cuerno*, por ejemplo, que se halla en el Museo de Saint Germain, en Laye, Francia. Aunque si bien es cierto que esta diosa arqueológica no coincide en absoluto con nuestros gustos actuales –es de formas gruesas, muy exageradas,

¹⁰⁶ Darwin, Charles “El origen del hombre”

ocasionadas tal vez por maternidades sucesivas—, incluso ya en los tiempos prehistóricos, las proporciones ideales de la hembra humana han variado mucho según los pueblos y las épocas.

A veces la exuberancia está de moda, como en las rollizas mujeres del pintor flamenco Rubens (1577-1640) o en las muy generosas del francés Ingres (1780-1867). En otras el gusto voluble se inclina hacia las damas casi planas del inglés Gainsborough (1727-1788) o las finas y alargadas del francés Chassériau (1819-1856). Pero hay en este culto religioso o profano de la imagen femenina un hecho singular. Y él constituirá, sin duda, una pista valiosa en nuestra búsqueda del sentido último de la belleza.

En toda esta sensual galería de arte se da una rigurosa constante; ¡la *concha* no se dibuja, ni se pinta, ni se esculpe jamás!

Y esto es algo verdaderamente curioso. La meta final del deseo no accede nunca a la imagen plástica. Es por cierto un hecho muy sugestivo. Pero también explicable. Porque, ¿es acaso posible, como querían nuestros adustos filósofos, mirar con desinterés una vulva lujuriosamente abierta ante nuestros ojos?

Evidentemente que no.

Allí, más que en ningún otro caso, si no lo impide el miedo, se despierta el interés más definido y concreto. Y no queremos, en absoluto, contemplar... ¡queremos actuar!

Y este hecho aporta una insospechada revelación que nos permite completar nuestra comprensión del fenómeno estético. Podemos avanzar otro paso y hacer una sugerencia mucho más comprometida.

Hemos visto ya que la mujer es para el hombre, consciente o inconscientemente, el modelo de toda belleza. Ahora bien, si aceptamos que frente a la vulva no podemos adoptar una actitud meramente contemplativa, ¿no será entonces que el goce estético del cuerpo femenino descansa en la prohibición de mirar la vulva?

O, dicho con otras palabras, ¿podremos permanecer en actitud estética frente al estímulo del genital femenino?

O, precisando más aún, ¿no será el sentimiento de la belleza uno de los frutos de la represión sexual?

Hagamos ahora, entonces, una nueva afirmación: gozamos mirando porque no nos permitimos gozar actuando. Y ésta pareciera ser la razón última de la experiencia estética. Para mantener el artificio que supone todo goce estético es menester recurrir a una penosa ficción. Es necesario eliminar la vulva del campo de nuestra mirada. Su presencia, poderosamente incitante, nos despertaría el deseo de la gratificación inmediata, y la contemplación dejaría el paso a la acción. Ante un estímulo de tal naturaleza es muy difícil permanecer impassible. El deseo nos llevaría de la visión al acto. Y en este elemental mecanismo psicológico se basan, precisamente, las obras pornográficas. En ellas no se busca el placer estético sino la lujuria, y en consecuencia la *concha* se muestra sin inhibiciones y sin pudor. No existe afrodisíaco más poderoso y eficaz.

Sólo ocultando la “flor púrpura, llena de miel y perfumes” de nuestros ojos, podemos obtener la suficiente distancia instintiva como para resignarnos a la contemplación. Es por esta razón que sólo llamamos bella y digna de ser contemplada a la figura femenina expurgada de sus genitales. Y sin embargo es evidente que un cuerpo de mujer sin vulva es un cuerpo mutilado. Una

verdadera corrupción de la naturaleza. No obstante ello, es en esta pervertida anatomía... ¡donde florece el sentimiento de la belleza!

La belleza nace, pues, en un terreno malsano. Es una flor extraña. Y su aroma no se respira sin peligro, ya que se huele en él una sutil corrupción. Pero si no es una flor que brote del deseo satisfecho sino del instinto frustrado, ¿no será entonces el sentimiento estético, a pesar del prestigio con que lo invistió un largo pasado y el elogio de la filosofía, una flor enfermiza? ¿No será ella también, acaso, una de las *fleurs du mal*, de las flores del mal...?

Lo cierto es que en el arte, el cuerpo femenino ha estado siempre aislado de la genitalidad. Belleza y vulva han sido siempre excluyentes. Y las colecciones de pinturas y esculturas que, ufanos, exhiben los museos del mundo así lo muestran. La interdicción moral, a través de los siglos, dio lugar al nacimiento de una nueva pero artificiosa emoción erótica: el placer estético. O, lo que es lo mismo, a un goce en que el instinto pervierte sus fines. No se busca ya gozar de la mujer sino sólo contemplarla.

La belleza resulta así ser una enajenación del deseo.

Alguna idea parecida a ésta debió tener Freud en mente cuando afirmó, más de una vez, que:

*Es notable que los órganos genitales mismos casi nunca sean considerados como bellos, pese al invariable efecto excitante de su contemplación; en cambio, dicha propiedad parece ser inherente a ciertos caracteres sexuales secundarios.*¹⁰⁷

VI

Uno de los casos más impresionantes de este extravío sensual no lo hallamos en un paciente del psicoanálisis, sino en un poeta genial: Dante Alighieri. Fue, junto con Beatrice, protagonista de uno de los amores más famosos. Todo comenzó cuando tenían nueve años y se encontraron en una fiesta dada por Folco Portinari, el padre de la niña. De allí en adelante la pueril pasión llevó al muchacho a buscar todas las ocasiones propicias para ver a la pequeña aunque sólo fuese para mirarla sin ser visto.

Después la perdió de vista hasta que ambos tuvieron dieciocho años. Entonces, un día la joven apareció ante sus ojos vestida de puro blanco entre dos gentiles damas y al pasar por la calle dirigió su vista hacia el tímido y confuso Dante. Esa mirada lo transportó hasta los límites de la bienaventuranza. Y permaneció embriagado.¹⁰⁸

En los años siguientes, siempre que ella aparecía en algún lugar, la sola esperanza de un simple saludo lo transformaba. Se sentía envuelto en un generoso calor de caridad y ningún hombre era ya para él su enemigo. La chica se mostraba tan afable que despertaba en los que la miraban, nos cuenta el poeta, un delicioso sosiego. “Ésta no es mujer, sino uno de los hermosos ángeles del cielo...”

Finalmente, en 1289, Beatrice se casó con un miembro de una rica firma bancaria... y un año más tarde murió. Dante, durante su vida, ni siquiera le había tocado la mano ni cambiado con ella una palabra jamás. Fue el amor más grandioso y descarnado de la historia.

¹⁰⁷ Freud, Sigmund “Una teoría sexual” y “El malestar en la cultura”

¹⁰⁸ Dante “La vita nuova”

El *grandissimo* poeta no se desanimó, no obstante, frente al soberano mandato de la muerte. Y en su *Divina Commedia* la buscó afanosamente en un maravilloso viaje a través del *Infierno* y el *Purgatorio* hasta encontrarla, embelesado, en el *Paradiso*.

Allí, ella le sonríe, conmoviéndolo en sus entrañas, y luego le pregunta:

¿Perché la faccia mia sí t'innamora...?

“¿Por qué te enamora mi rostro?”

Fue un hecho extraordinario. El hombre que había osado recorrer el camino que hombre alguno caminara jamás, al hallar a la mujer de sus sueños, un verdadero milagro de belleza para el poeta, *una cosa venuta da cielo in terra a miracol mostrare*, sólo pudo... ¡mirarle la cara!

Y es que allí empezaba y terminaba para Dante el cuerpo de su amada. Así lo dice, candorosamente, frente a la visión con que da fin al *Paradiso*:

*Dal primo giorno ch'i vidi il suo viso
in questa vita, infino a questa vista
non m'è il seguire al mio cantar preciso.*

“Desde el primer día que vi su rostro hasta esta visión no se cortó nunca el hilo de mi canto.”

Un rostro bellísimo. En eso consistía toda la anatomía de la mujer idolatrada. Para el inmortal florentino, Beatrice, indudablemente, no tenía *concha*...

VII

Es evidente que fue una extraña pasión. El instinto sexual de Dante estaba perturbado y la cara de la mujer amada ocupaba en su mente el lugar que naturalmente debía ocupar otro “rostro” más recóndito y sensual. Había tenido lugar en su alma un sutil desplazamiento del deseo. De abajo hacia arriba. Y éste no es un expediente nada raro. La experiencia nos enseña, por el contrario, que existe en nuestro espíritu, inconscientemente, una indudable identidad psicológica entre la vulva y la cara. Y muy a menudo los genitales femeninos son imaginados como un rostro ¿No hemos hablado ya, acaso, de la cara de la Medusa?

Es ésta una fantasía muy extendida. Hasta los fríos anatomistas al describir la vulva han descubierto en ella “labios” mayores y menores. El escritor Henry Miller dice que “hay *conchas* que ríen y *conchas* que hablan”,¹⁰⁹ y el francés Pedro de Bourdeilles, señor de Brantôme (1540-1614), en sus *Damas galantes*, insiste en la misma imagen cuando nos habla de una dama que llevaba entre sus piernas:

los tres bellos colores que son el encarnado, el negro y el blanco, pues su boca de abajo era colorada y bermeja como el coral, el pelo que la rodeaba graciosamente rizado y negro como el ébano como debe ser pues es una de sus bellezas y la piel, blanca como el alabastro, estaba sombreada por ese pelo negro.

¹⁰⁹ Miller, Henry “Trópico de Capricornio”

Los hombres que, como Dante, no se permiten gozar de la vulva y la vagina de la mujer deseada trasladada, sin conciencia de ello por supuesto, su febril deseo hacia zonas del cuerpo femenino autorizadas por la conciencia. Habitualmente el rostro. Y éste recibe de tal manera afluentes libidinosos que originalmente no le corresponden. Desplazamos nuestros deseos desde el semblante de la vulva hacia las facciones de la cara. Y al mismo tiempo el anhelo de copular desaparece para dar lugar al goce contemplativo. Este proceso constituye el principal origen de la belleza facial.

La identificación inconsciente de la cara y el genital femenino da lugar, también, a la conocida burla obscena dirigida a los jóvenes no iniciados en la vida sexual: "Decime, ¿vos conocés la cara de Dios?". ¿Y no presentimos en este dicho procaz la explicación del tabú que a los hombres primitivos les impide pronunciar el nombre de dios? Y es que quizá la efigie primordial de la divinidad no haya sido la imagen de un hombre sino la de una vulva. La *concha* es el rostro más auténtico de la mujer.

VIII

Pero la vulva no es sólo un rostro. Es todavía mucho más. Es, incluso, también, un ser independiente. Un doble de la mujer. O, mejor aún, la mujer no es más que su prolongación. Un atributo.

Lady Chatterley preguntaba a su amante:

-¿Qué es la concha?

-¡Cómo, no lo sabes! ¡Una concha! Lo que sos vos, ahí donde estás; y lo que te poseo yo cuando estoy dentro tuyo; eso es, todo junto.

-Todo junto –rió ella-. ¡Concha! Entonces significa copular.

-¡No, no! Coger es sólo lo que hacés vos. Los animales cogen. Pero la concha es mucho más que eso. Sos vos misma, ¿comprendés?...¹¹⁰

La vulva es una persona en sí misma. La mujer sólo se revela verdaderamente en ella. Es su epifanía. Así lo ha sentido siempre el hombre, que hasta la ha bautizado con nombres propios. La de Lady Chatterley se hizo mundialmente famosa como Lady Jane...

Pero las puertas del paraíso no tienen siempre esta acogedora imagen. Como sabemos, la conciencia moral tiene el poder de mudar la faz más atractiva en la más repulsiva. La prohibición del incesto troca, a menudo, el cautivante rostro de Venus en la cara horrible de la Medusa.

La interdicción de las palabras obscenas alcanza aquí su máximo vigor. Ésta es la suprema prohibición. Y experimentamos frente a la voz proscripta, más que con ninguna otra, la misma turbación que padecen frente a las palabras tabú los habitantes de las sociedades primitivas. La misma ansiedad que embarga a los tolamos de la isla Célebes, a los aborígenes de Australia central, a los indígenas de la isla Nias, a los cafres de África del Sur...¹¹¹

Y es comprensible que así sea. La prohibición enfrenta en este caso al deseo incestuoso más hondo y universal. Porque la vulva es siempre, como enseña Freud, en última instancia, la vulva de la madre. El orificio por donde todos

¹¹⁰ Lawrence, D. H. "El amante de Lady Chatterley"

¹¹¹ Frazer, James "La rama dorada"

hemos pasado y la fuente de una imperecedera, aunque inconsciente, nostalgia.

Cuánta razón tenía el antropólogo Frazer cuando afirmaba que “la ley prohíbe a los hombres realizar aquello que sus instintos les impulsan a hacer”, ya que, “¡lo que la naturaleza prohíbe y castiga no tiene necesidad de ser prohibido y castigado por la ley!”¹¹²

Y es que no hay nada en el mundo para el hombre, aunque él mismo conscientemente lo ignore, más precioso que el genital de su madre. Es además el modelo inconsciente de todos los que buscará después. Por tal razón, el tabú, al condenar la “mala” palabra *concha*, es más implacable que nunca. Ella es siempre, en lo profundo de nuestro ser, la *concha* de nuestra madre. Y en ella... ¡nunca se debe pensar!

¹¹² Freud, Sigmund “Tótem y tabú”

VIII. El anhelo del mar

*... el propósito, además, del acto sexual no puede ser
ningún otro que un intento de parte del yo
-un intento impreciso y desmañado al principio,
luego más conscientemente propuesto, y finalmente
en parte exitoso- de retornar al vientre materno,
donde no existe tan dolorosa desarmonía entre el yo
y el medio ambiente como caracteriza la existencia
en el mundo exterior.*

SANDOR FERENCZI
(*Thalassa, una teoría de la
genitalidad*, 1923, II)

I

*Contestó Júpiter, el amontonador de nubes:
-¡Juno! Allá se puede ir más tarde. Ea, acostémonos y gocemos del amor.
Jamás la pasión por una diosa o por una mujer se difundió por mi pecho ni
me avasalló como ahora: nunca he amado así...*

Con estas palabras, nos cuenta el poeta griego Homero (VIII antes de Cristo) en *La Ilíada*, XIV, el promiscuo rey del Olimpo expresaba a su esposa Juno el dulce deseo de hacer el amor.

Es éste un conmovedor anhelo que surgió con el mundo mismo y se repite desde entonces sin cesar entre hombres y mujeres. El lenguaje obsceno posee un término proverbial para nombrarlo: el deseo de *coger*. Y el análisis de esta vehemente exigencia de la carne constituye nuestro puerto de destino y el final de nuestro viaje por el mundo de los vocablos tabú, la “mala” palabra con que culmina la aventura sexual... y también nuestro estudio.

El término *coger*, como todos sus hermanos en la obscenidad, tiene una ilustre prosapia. Deriva del latín *colligere* y significa recoger, allegar. Su sentido sexual, sin embargo, es antiguo y fue corriente aun en España. Pero es en América, en la zona del Río de la Plata, donde ha arraigado con mayor fuerza. En la Argentina, por ejemplo, los hombres no pueden “*coger*” del brazo a una mujer sino únicamente “tomarla” o “agarrarla”.¹¹³ Es la voz elegida por el genio popular para hablar del deseo más poderoso del hombre, que le brinda una inefable voluptuosidad; que mantiene, ciego y empecinado, la vida de nuestra especie; que vence, así, incluso a la muerte misma, y al que... ¡no se puede nombrar con libertad!

Sólo un exangüe vocablo sustituto es tolerado por la severa censura para referirse a este impulso inmortal: el *coito*.

Es ésta una palabra a la que los psicoanalistas han dado en sus escritos amplia difusión. Pero es término científico, y, por lo tanto, casto y frío. Es imposible, obviamente, usarlo en un diálogo amoroso. Supondría, sin duda, una torpe e imperdonable invitación al fracaso. ¡Qué absurdo sería ofrecerle a una mujer tener un coito con ella! Pero, en cambio, qué viril y lujurioso es proponerle... ¡llevarla a *coger*!

¹¹³ Corominas, Joan y Pascual José A. “Diccionario crítico etimológico”

No obstante, el tabú de las palabras, si bien primitivo y anacrónico, tiene también su lógica y su método. *Coger* expresa el anhelo instintivo en forma visual, verídica y salaz. *Coito*, por el contrario, es únicamente su versión anestesiada. Pero es sólo de esta manera, desposeído de su fulgor erótico, como la ascética conciencia acepta al instinto. Sólo a través de una voz desmayada y frígida es como la prohibición permite a la pasión alcanzar la libertad y el esplendor de la palabra...

II

Alguna vez se ha hecho una sutil pregunta en materia de amores: “¿Qué satisface más en el goce del amor: el tacto, que es contacto, la palabra o la vista?”¹¹⁴

La contestación no es difícil. Es indudable que no puede haber gozo sin contacto, pero también es cierto que el deseo se alimenta por los ojos y se estremece con las palabras. La respuesta es, por lo tanto, que todos los placeres son necesarios. Mirar, oír, tocar, acariciar, besar, abrazar... constituyen el camino normal de todo amante. Y es una senda que debe ser respetada, porque el orgasmo genital se perturba si se entorpece la gratificación de cualquier goce previo. La experiencia nos enseña que así está determinado *in rerum natura*, en la naturaleza de las cosas.

Mirar y chupar las *tetas*, acariciar y besar el *culo*, *cagar* y *mear* en compañía, *chupar la pija*, hacerse mutuamente la *paja*... Todos estos placeres nombrados por el escandaloso elenco de “malas” palabras deben disfrutarse con libertad. Ésa es la ruta consagrada por el instinto. Más propiamente, su ruta canónica. Una anécdota de Brantôme, que pintó con gran ingenio, simpatía y lenguaje procaz, la sociedad francesa de su tiempo, es muy propicia a esta idea. Existían en la época muchos maridos entre los cristianos que no querían parecerse a los turcos, quienes no sentían placer mirando la *concha* de sus mujeres. Y, para diferenciarse acabadamente de ellos, se dedicaron, por su parte, a contemplarla sin prisa y con esmero. La amorosa solicitud los llevó, además, a dispensarle besos con magnífica prodigalidad. Era ésta una costumbre muy difundida y muy bien aceptada por las mujeres. Así, una dama española a quien su amante, saludándola, le dijo un día:

-Beso las manos y los pies, señora.

Respondió:

-Señor, en el medio está la mejor estación.¹¹⁵

La narración nos deja una buena lección: para los amantes dichosos no hay fronteras en el cuerpo deseado. Y esto en todas las épocas. Nada puede estar vedado. Todo debe ser permitido. Sólo así, en el franco fluir de todas las inclinaciones eróticas y en su libre expresión verbal, es como el instinto encuentra, con seguridad, el anhelado premio del orgasmo.

¹¹⁴ Brantôme “Segundo discurso”

¹¹⁵ *Ibid.*

Y ello se debe a que el deseo suscitado al mirar, oír u oler, al llegar a un cierto grado de excitación, impele, vigorosamente, hacia los abrazos y los besos, hasta que estos, al alcanzar suficiente ardor, dejan paso, espontáneamente, al deseo de penetrar. Cada satisfacción lleva a la siguiente. La excitación se acumula y empuja. Una gratificación sirve de escalón a la otra. Éste es el modo en que el deseo crece y se agiganta hasta lograr, finalmente, el éxtasis liberador.

Los goces previos, decía Ferenczi en *Thalassa* (1923), su obra maestra, son:

... como fuegos sin llama conectados por una mecha que finalmente dispara la explosión de la carga de energía instintiva acumulada en los genitales.

Por ello, *coger* no debe ser nunca una cuestión de costumbre. El *ars amandi* se impone. El arte de hacer que el deseo se desarrolle y crezca hasta su máxima tensión para liberarse luego, casi glorificado, en el momento supremo y único del orgasmo. Éste debiera tener siempre el carácter de una celebración donde toda la energía libidinosa contenida se desborde en una sola y definitiva explosión. Cuanto más grande la tensión, más intenso es el goce. De allí que la regularidad casi rutinaria del coito que muchas veces supone la vida del casado sea una gran enemiga del placer. Donde no existe aventura no existe tensión. Y sí la hay en cambio en la dulce ansiedad que despierta una nueva conquista amorosa. Es un hecho de conocimiento común que la variedad promueve y vigoriza el deseo de copular. En esta particularidad del instinto reside el verdadero problema de todo marido. Y sólo quien lo resuelve exitosamente asegura para su matrimonio un goce perdurable, ya que, como lo ha demostrado el psicoanálisis, “la fidelidad marital requiere una mayor demanda de potencia que la más activa de las exigencias poligámicas”.

John Donne (1573-1631), el poeta inglés sólo igualado por Shakespeare en su tiempo, debió percibir, sin duda, esta verdad psicológica cuando en su elegía XVII celebró, candorosamente, la promiscuidad:

*¡Qué felices los hombres de otros tiempos
que el vario amor juzgaban inocente!*¹¹⁶

III

En el acto del coito resuenan armoniosamente todas las formas anteriores del placer. Pero también, a veces, antiguas frustraciones irrumpen perturbadoramente. El psicoanálisis las conoce bien ya que al enfrentarlas enriqueció su caudal de conocimientos.

Así, por ejemplo, desde muy temprano se advirtió la íntima relación existente, en los individuos que padecen de eyaculación precoz, entre esta forma de impotencia y la incontinenia de orina en la infancia. Nuestros primeros conflictos dejan siempre huellas perdurables. Son hombres que no controlan la salida de su semen como tampoco de niños controlaban la de su orina. Y, como nota común, todos ellos comparten la experiencia de haber estado sometidos a padres atemorizadores. Y en su presencia, muchas veces,

¹¹⁶ Donne, John “Poems”

literalmente se orinaban de miedo. Un paciente mío que sufría de *eyaculatio praecox* me contaba que de pequeño se sentía frente a su severo padre como un perrito que se meaba asustado.

Situaciones traumáticas infantiles originan también la impotencia opuesta, la *impotentia eyaculandi*. El pene de los hombres que la sufren está durante el acto sexual siempre erecto, pero, a diferencia de los eyaculadores precoces... ¡no pueden eyacular! Ferenczi decía que la única beneficiada por este síntoma era la esposa del impotente...¹¹⁷

Es muy interesante señalar que los hombres que padecen esta perturbación, más rara que la anterior, han tenido siempre amplios períodos de estreñimiento durante la niñez e, incluso, en épocas más avanzadas de la vida. Es decir, que no disponen ahora de su semen como tampoco antes de sus materias fecales. Tan grande es la fuerza del pasado. Y aunque ésta parezca una afirmación exagerada o atrevida, es, en realidad, muy razonable y comprensible.

El niño, no sojuzgado aún por el rigor de los prejuicios, no comparte el desprecio adulto por el *grumus merdae*. Para él, por el contrario, la mierda que periódicamente fabrica constituye su producción más íntima y personal y, por lo tanto, más valiosa. Y cuando se niega a brindarla es como expresión de rebeldía. Usualmente es una respuesta a los odiosos apremios de sus padres. Negarse a cagar es, para el pequeño, una forma de negarse a dar.

En ambas formas de impotencia existe, pues, una identificación inconsciente entre la orina, los excrementos y el semen. Y de esta manera el desprecio que cae sobre los primeros se traslada, también, al último. Y así resulta que para estos individuos, en lo profundo de sus almas, *coger* no se distingue mucho de mear o cagar. Es un acto "sucio" y la mujer que se entrega a tan deleznable placer queda por ello, irremediabilmente "manchada"...

Ésa es la idea que anima, por ejemplo, a este poema de un *Cancionero* español:

*¿Habré yo anoche pecado
que, apagada la luz
y después de hecha la cruz
en esta cama acostado,
llevé, medio adormilado,
la mano hacia las pudicias
y empecé a hacerles caricias
y cosquillas sin cesar,
viniendo el juego a parar
en llenarme de pudicias?*¹¹⁸

Ni que decir tiene que estas personas, ya adultas, no padecen, habitualmente, ni de incontinencia ni de constipación, pero han desplazado esas conflictivas actitudes del pasado hacia el acto del coito. Las antiguas perturbaciones uretrales y anales se manifiestan, entonces, en la genitalidad.

Lo dicho es para la eyaculación. Pero el análisis del fenómeno de la erección nos permitirá integrar nuestros conocimientos y comprender aun más la psicología del *coger*.

¹¹⁷ Ferenczi, Sandor "Thalassa: A Theory of Genitality"

¹¹⁸ Cela, Camilo José

Tiene lugar aquí el síntoma de impotencia más característico en el hombre. Acaso su paradigma mismo: el pene flácido.

El origen de este problema no es difícil de descubrir. Y, como siempre, el lenguaje popular, intuitivo y profundo, nos pone en el camino de su solución. Sabemos que el pene erecto es un órgano en tensión, duro, firme, decidido... Pues bien, los individuos que padecen este tipo de impotencia son inhibidos y de carácter débil. Aunque intenten ocultarlo con variados artificios. Y es muy significativo observar que los calificativos que se aplican a estos sujetos pusilánimes son los mismos que se adscriben a un pene impotente: débil, flojo, apichonado, arrugado, achicado. ¿Y no acostumbramos decir de un hombre cobarde que es un tipo que se “achica”?

Y esto es así porque la *pija* es siempre un “doble” de la persona. Su reproducción en pequeño. Y lo que vale para el individuo vale también para ella. Pero todavía más. Acaso sea más exacto decir, incluso, que la persona en sí misma o es más que su duplicación. Con sus defectos y virtudes. Una copia. La experiencia psicoanalítica es al respecto muy elocuente. A medida que un paciente, a través del tratamiento comienza a liberarse de sus prohibiciones sexuales y recupera su iniciativa y fuerza erótica, no sólo se modifica su carácter sino también la consistencia de su propia *pija*. Ambos se tornan más fuertes, más duros, más penetrantes y agresivos. Es decir, más potentes. Esta es la razón por la que Freud decía que a través de la manera de conducirse de un hombre en su vida social podemos deducir las características de su vida sexual. Y si no, ¿no decimos a veces de un individuo que tiene inteligencia “penetrante” o que es un tipo “entrador”? ¿O de ese otro que es un sujeto que no se “arruga” nunca? ¿O de aquel de más allá que es una persona bien “parada”?

Quien padece de eyaculación precoz, en cambio, es “flojo”, tanto en su persona como en su pene, la ansiedad lo domina siempre y se derrama sin control. Y el que sufre de imposibilidad de eyacular, pero tiene la suficiente determinación para estar “firme”, no goza, sin embargo, de la capacidad de entregarse, y la *leche* no fluye.

El primero se asemeja a un flan; el segundo, a un hierro frío. Y la buena potencia, la *potestas coeundi*, exige, por el contrario, una armoniosa integración de vigor y de abandono. Tanto el hombre como su *pija* deben ser fuertes pero generosos...

Procesos similares tienen lugar en la mujer.

En ella la musculatura lisa de la vagina “parece imitar en sus contracciones espasmódicas como en su peristaltismo el placer oral de ingestión y el anal de retención”.¹¹⁹ La sabiduría vulgar, también en este caso, se mostró atinada. Percibió finamente este elemento oral del goce vaginal y lo manifestó en una conocida frase obscena: “Esta mina se ‘traga’ cualquier *pija*”.

En la perturbación conocida como vaginismo, en cambio, se producen espasmos musculares que impiden la salida del órgano viril. La técnica anal, aquí prevalece. La vagina está “estreñida” y atrapa dentro de sí al pene. Son los poco comunes casos de *penis captivus*.¹²⁰

De tal modo, una mujer que tenga moralmente prohibido chupar la *pija* no podrá desarrollar plenamente su capacidad de succionarla con la *concha*. Y

¹¹⁹ Ferenczi, Sandor “Ibíd.”

¹²⁰ Fenichel, Otto “Teoría psicoanalítica de las neurosis”

aquella que tenga vedado el placer de *cagar* gozando con el paso de un consistente *sorete* a través del *culo* no podrá concentrarse tampoco, adecuadamente, en la dura *pija* que entra y sale por su *concha*.

Es así como en el acto genital de la mujer, la flor de su feminidad, se revela también toda su historia sexual. Y es que *coger* no es, para ambos sexos, sino el momento culminante de un instinto muy rico y variado. Pero siempre idéntico a sí mismo. Por ello las heridas que la prohibición moral le ocasione, en cualquier momento de su desarrollo, dejarán en el alma dolorosas huellas. Una conflictiva herencia que dañará luego la vida genital. Sólo la plena libertad, en cambio, permite al deseo reconocer y seguir, fielmente, su destino instintivo.

IV

La prohibición de pronunciar “malas” palabras muestra ahora, como nunca, sus perniciosos frutos.

Los términos obscenos tienen gran capacidad para convocar a los afectos. Despiertan la pasión. Al no usarlos, por lo tanto, el ser humano se impide experimentar vívida y auténticamente su naturaleza sexual. Y traba de este modo la armoniosa evolución de su vida erótica. Frustra la espontánea integración de todas las manifestaciones del instinto en la suprema floración del orgasmo. El inefable momento, como decía el poeta latino Lucrecio (c. 99-55 a.C.) en que:

*...jam praesagit gaudia corpus,
Atque in eo est venus muliebra conserat arva.*¹²¹

“... el cuerpo presiente el placer, a punto de la siembra en la mujer”.

Por ello, para alcanzar con naturalidad el éxtasis es menester hablar. Romper el silencio allí donde se encuentran los cuerpos. Y hablar, por supuesto, obscenamente. Es necesario *chupar*, no sólo succionar; pedir la *leche*, no el semen; nombrar la *pija*, no el pene; elogiar la *concha*, no la vulva...

La libertad interior para expresar nuestras emociones y deseos eróticos es una condición de la potencia sexual. Únicamente así el instinto se descubre con amplitud. Ésta es una verdad consagrada del arte amoroso. Hace más de dos mil años Ovidio lo enseñaba en su *Ars amatoria* (2 a.C.), en versos que el poeta imaginaba ya inmortales:

*Sienta la mujer hasta sus médulas
disolverse de placer, y busque también
el mutuo goce final
que las acariciantes voces y murmullos
de felicidad no cesen jamás; y que en vuestros solaces
no falten las invocaciones lascivas.*¹²²

Las mujeres lujuriosas en ningún tiempo han ignorado esta verdad. El filósofo Federico Nietzsche reconocía que la charla obscena de su amante Lou Andreas-Salomé (1861-1937), la famosa psicoanalista, tenía un sabor salado

¹²¹ Lucrecio “Il poema della natura”

¹²² Ovidio “L’arte dell’amore”

que hacía que sus epigramas sonaran como sátiras insípidas,¹²³ y Brantôme, un verdadero venero de informaciones galantes, cuenta que en su época, el s. XVI, gustaban con sus amantes de hacerse “ver, tocar, gustar y abrazar por ellos, excitándolos con bellos y lascivos discursos, palabras arrebatadas y frases lúbricas”.¹²⁴

Y en el uso de este conmovedor vocabulario no había diferencias sociales. Las grandes damas eran más lascivas que las mujeres vulgares y las ramerías. Y las palabras voluptuosas eran pronunciadas con tanta gracia que eran capaces de despertar del sueño hasta a la misma diosa del amor. Ni siquiera el público las inhibía, ya que excitaban a sus amantes con palabras picantes en las mismas salas de las reinas o princesas. La palabra ha sido siempre un instrumento óptimo para enardecer el deseo. Las cortesanas romanas del *seicento* se burlaban de las grandes damas de la “ciudad eterna” que no eran diestras en el uso del lenguaje obsceno. Decían de ellas que

*chiavano come cani, ma che sono quiete della bocca come sassi.*¹²⁵

“Cogen como perras pero son mudas como piedras”.

La importancia de las “malas” palabras en el arte del goce sexual disminuye cuando se *coge* con una mujer que habla un idioma extranjero.

Las voces obscenas son, indudablemente, afrodisíacas. Por eso el tabú de las “malas” palabras supone una violencia a nuestra vida amorosa. Daña su integridad. Ésa era la idea de Freud, expresada en *Sobre una degradación general de la vida erótica* (1912). Pensaba que cuando se acepta el tabú que impide expresar obscenamente a la mujer nuestra pasión sólo existe un camino para evitar la impotencia: ¡violarlo!

Aunque parezca desagradable, y además paradójico, ha de afirmarse que para poder ser verdaderamente libre, y con ello verdaderamente feliz en la vida erótica, es preciso haber vencido el respeto a la mujer...

V

Pero ¿cuál es el propósito último que guía el eterno deseo de *coger*? ¿Cuál es el secreto anhelo que conduce, obstinadamente, a hombre y mujeres a través del tiempo y el espacio a fundirse en el amoroso abrazo?

La exploración psicoanalítica en el vasto territorio del inconsciente ha brindado una respuesta insospechada. Y la ha obtenido, sobre todo, mediante la elucidación del significado de los símbolos. El descubrimiento del sentido de este arcaico lenguaje deparó conocimientos sorprendentes.

Uno de los símbolos típicos es el del agua. El mar, por ejemplo, constituye un proverbial símbolo materno. La “madre” tierra es sólo un sustituto de la madre primitiva de todos los seres vivientes: el agua del mar.¹²⁶

El símbolo del agua significa nacimiento. El psicoanálisis de los sueños lo verifica siempre. También lo prueban los sueños colectivos de la humanidad: las leyendas y los mitos. Así, *verbi gratia*, el mito del nacimiento del héroe. Otto

¹²³ Nietzsche, Friedrich “Mi hermana y yo”

¹²⁴ Brantôme “Segundo discurso”

¹²⁵ *Ibid.*

¹²⁶ Rank, Otto “El trauma del nacimiento”

Rank (1884-1939), psicoanalista vienés discípulo de Freud, mostró cómo el héroe mítico es colocado, luego de su nacimiento, habitualmente, en un cesto o canasto y abandonado en el agua a su suerte. Posteriormente siempre es rescatado del gravísimo peligro por personas extrañas o animales.¹²⁷

Ése fue el caso de Sargón I, el fundador de Babilonia, en el mito más antiguo que ha llegado hasta nosotros; el de la historia bíblica del nacimiento de Moisés; de la antigua épica hindú con el nacimiento de Karna; también el de Edipo, que, en algunos relatos difieren de la tragedia de Sófocles, fue abandonado en el mar en una barquilla; el de Perseo, engendrado por Júpiter en Dánae, que también fue encerrado en un cofre, pero junto con su madre, y arrojado al mar; el de Rómulo y Remo, los fundadores de Roma, que fueron rescatados del agua por una loba que los amamantó y cuidó.

Pues bien, si tenemos en cuenta que todos estos relatos son leyendas sobre nacimientos, no nos resultará difícil descubrir en la canasta, cesto o barquilla un símbolo del útero. Como tampoco advertir que el agua a la que arrojan al héroe es una representación del líquido amniótico en el que ha vivido sumergido durante la preñez. Tales de Mileto (c.636-c.546 a.C.), uno de los siete sabios de Grecia y con quien comienza la filosofía griega, pensaba también, inconscientemente, en este líquido cuando afirmó que el agua es el origen y fuente de todas las cosas.

El hecho de que el agua simbolice el nacimiento no es sólo un nuevo y valioso conocimiento. Además nos brinda, por añadidura, otra develación inesperada. Y no menos admirable. Porque es realmente sorprendente observar la regularidad con que en los sueños, neurosis, mitos, folklore y literatura, no solamente el nacimiento sino también el coito ¡son representados por el mismo símbolo del rescate del agua!

Y cómo las sensaciones de nadar, flotar y volar expresan tanto ¡las vivencias del acto sexual como las de estar en el útero!¹²⁸

¿No será entonces que la meta última del *coger* es retornar al vientre materno? Veamos.

VI

*O paradiso dall'onde uscito,
fiorente suol...*

“¡Oh paraíso nacido de las aguas, suelo florido...!” canta el tenor en la bellísima aria de *L'Africana* (1865), de Meyerbeer (1791-1864), el gran señor de la ópera del siglo pasado.

Y no podía ser de otra manera. El agua y la flor son, precisamente, la imagen misma del paraíso, ya que constituyen los símbolos más exquisitos de la mujer. Representan su útero y su *concha*. Es decir, sus genitales. Y es allí donde se encuentra el verdadero paraíso del hombre. Ésta es la razón por la que una mujer embarazada nos despierta tan deliciosos y hondos deseos. Nos suscita *saudades*, añoranzas. El vientre voluminoso y pleno nos evoca, inconscientemente, nuestro propio “paraíso perdido”...

¹²⁷ Ibíd. “El mito del nacimiento del héroe”

¹²⁸ Ferenczi, Sandor “Ibíd.”

Resulta, es cierto, sorprendente que ésta sea la esencia del *coger*. Penetrar el vientre de la hembra. Y retornar así, en definitiva, al vientre de nuestra madre. Y sin embargo es así. Y, además, de hecho, se logra en buena medida.

Las íntimas sensaciones que tienen lugar en el alma de los amantes durante el embriagador diálogo de los cuerpos nos ilustran provechosamente sobre el recóndito propósito del instinto.

No obstante, no es fácil reconocerlas. El relato de los pormenores del acto sexual más íntimo y profundo enfrenta poderosas resistencias. Así, por ejemplo, en la literatura psicoanalítica, voluminosa pero en general aburrida, las prolijas descripciones del arrebatador deseo brillan por su ausencia. Las preocupaciones favoritas de estos modernos y profanos sacerdotes del amor se relacionan más con el “embarazo y nacimiento, con los actos preparatorios del coito y con las perversiones que con el significado y la explicación de los fenómenos del acto del coito en sí mismo.”

O si no, todavía, se dedican a temas mucho más intelectuales y fríos: estudios sobre el método, disquisiciones lingüísticas, indagaciones filosóficas... Reik se preguntaba, en *Listening with the Third Ear* (1948), si los lectores de las revistas de psicoanálisis no hacían antes de leerlas un... ¡solemne voto de vigilia! Y Ferenczi, que escribió el más importante estudio sobre los fenómenos del coito, no se animó durante largo tiempo a publicar su obra. ¡La retuvo nueve años!

Por supuesto que estos escrúpulos no son exclusivos de los psicoanalistas. Sus pacientes, con más razón, tienen también grandes dificultades para hablar sobre *coger*. Únicamente cuentan sus fantasías y emociones durante la cópula mucho tiempo después de estar habituados a relatar sin inhibiciones cualquier otro secreto o intimidad de sus vidas. Deben vencer siempre grandes obstáculos. No obstante, cuando hablan muestran que sus experiencias son siempre coincidentes.

Todos sienten la necesidad de aproximarse más y más a la mujer deseada, de estrecharse con ella. Anhelan juntar fuertemente sus cuerpos. Es como si quisieran, al apretarse voluptuosamente, superar sus límites físicos, quieren fundirse con la hembra en un solo ser.

Es éste un afán tan viejo como la historia del hombre. Es la misma idea que aparece en los *Upanishads* de los hindúes, la psicología más antigua de nuestra raza:

*Ciñendo a su amada, el hombre olvida el mundo entero: lo que está en él y lo que esta fuera de él.*¹²⁹

E igualmente en el conocido vaticinio bíblico, *Génesis*, II, 24, de que el hombre

se unirá con su mujer formando ambos una sola carne.

Coger es, sin duda, un anhelo de fusión. El hombre quiere entrar en la mujer. Y la mujer sentirlo adentro. Y ésta es la comunión más íntima dispensada por la naturaleza a quienes se aman. La dulce unión en la que existen dos corazones pero un solo latido.

¹²⁹ Marchi, Luigi de “Ibíd.”

Esta verdad es, por lo demás, patrimonio natural de nuestra sabiduría simple y cotidiana. ¿No decimos, acaso, de un hombre enamorado, que está “metido”? Y, ¿no destacamos y precisamos la afirmación agregando, a menudo, que está “metido con patas y todo”? Y, por otro lado, ¿quién en su vida no ha tenido un “meteión”?

No obstante, la condena moral de la promiscuidad dificulta la conquista de estos amores profundos. Y ésta es, sin duda, una auténtica paradoja para moralistas: sólo entra profundamente quien sabe que puede salir. Quien no puede entrar y salir libremente de los vientres femeninos... ¡no se mete! Las trabas a la libertad sexual levantan una valla en el camino del hombre hacia una honda unión con la mujer. Y es que el goce sensual está más allá de toda fidelidad compulsiva. El verdadero amor se alimenta de la libertad y sólo con ella se torna perdurable.

Éste es el sentido de la incomparable reflexión del Mefistófeles de Goethe, *Fausto* (1808):

Es una ley que se aplica a los diablos y a los espectros; después de haber penetrado en alguna parte es necesario que salgan. El primer acto depende de nosotros; pero nos volvemos esclavos cuando se trata de cumplir el segundo.

VII

Ya Platón, por boca de Aristófanes, cuatrocientos años antes de nuestra era, en un famoso diálogo, *Banquete*, V, 192, había intuido que el pertinaz propósito del deseo no era sino el de salvar la frontera de los cuerpos:

...creería acabar de oír lo que desde tanto tiempo atrás anhelaba al ayuntarse y fundirse en el amado: hacerse de dos uno solo.

Y en la realidad la *pija* alcanza, propiamente, esta fusión. Se introduce en el cuerpo amado. Y como es característico de todo hombre potente, como señalaba Freud identificarse con su órgano sexual, siente que es él mismo quien penetra.¹³⁰ Retorna al vientre por procuración. Y es que el falo es para nuestro inconsciente una persona en sí mismo. Tanto es así que hasta se lo bautiza con nombres propios y diminutivos. En Colombia se lo llama Carlitos; en Cuba, Pepe; en México, Sancho; en Chile, Pepito; en Perú, Juanito... Ésta es la razón por la que el coito vaginal no sólo es necesario sino también indispensable. Sólo él permite anular, temporalmente, los confines de la carne. Pero *coger* permite, todavía, una gratificación más íntima. El hombre gozante no se identifica únicamente con su *pija*. Lo hace también con su *leche*. Y en el éxtasis, al fluir su semen, siente que él también se derrite. No es la leche sino él quien se disuelve.

El amante poseído por el amor, dice Sócrates a través de Platón (469-399 a.C.), el filósofo griego, *Banquete*, I; 206, cuando

... está con pujos de engendrar encuentra algo bello, se sosiega, derrámase entre delicias, procrea y engendra...

¹³⁰ Ferenczi, Sandor “Fantasías de tipo Gulliver”

Y es así como, finalmente, al “derramarse entre delicias” puede el hombre en su nueva y voluptuosa identidad alcanzar *ad litteram*, literalmente, las añoradas aguas...

VIII

Pero, ¿qué sucede en la mujer?

Es obvio que ella también ha estado en el útero y que, por lo tanto, también desea volver a él. La naturaleza, no obstante, le ha negado este indecible placer. Éste es un privilegio viril. Pero le ha concedido, en cambio, un goce incomparable. Su misión no es entrar sino recibir. Ella no penetra, alberga. Por ello en los sueños las típicas representaciones femeninas son las habitaciones, los pasillos, las casas...

Ella goza hospedando al hombre. Es cierto que a veces únicamente experimenta a su huésped en forma más circunscripta, como cuando susurra con la dura *pija* dentro de sí: “*La siento muy adentro*”. Pero es que no se manifiesta así, todavía, su más delicada esencia. Ella se revela sólo cuando desplaza la sensación que le despierta el rotundo falo hacia toda la persona de su amante. Es recién entonces cuando siente que lo recibe en plenitud. Es el momento delicioso en que, estremecida, le dice: “*Te siento muy adentro*”. No obstante, el instante verdaderamente arrobador lo disfruta cuando el hombre deja en ella su simiente. Ella entonces le pertenece. Y la retiene y atesora. Por eso no quiere que él se retire de su *concha* después de eyacular. Al mantener dentro de ella el pene y el semen es como si guardara ya el hijo que engendrará en sus entrañas. Para ella, hombre, *pija*, leche y niño constituyen, profundamente, un solo ser. Y a todos cubre con el manto cariñoso de su vientre. Ella es el mar...

IX

Alejandro Dumas, *fiis* (1824-1895), en su célebre novela *La Dame aux Camélias* (1852), presintió, inconscientemente, en páginas cautivantes, que *coger* consistía en un retorno a las aguas primordiales.

Margarita Gauthier y Armando Duval, los inolvidables amantes, descansaban en el campo. Y vivían allí en un perpetuo embeleso. Sus días transcurrían plenos de felicidad. Para Armando, Margarita era el centro de la creación. A la noche, en un ameno bosquecillo, gozaban imaginando la hora en que estarían uno en brazos del otro hasta el amanecer. A veces prolongaban esta estrecha intimidad durante días enteros. Y entonces después de

*aquellas pruebas exhaustivas solíamos dormirnos, sin importarnos nada la hora que fuese, pero como el amor está siempre pronto a desvelarse, resultaba que nuestro sueño era corto y leve, y en esto nos parecíamos a los buzos, que suben a la superficie del agua tan sólo el tiempo para tomar aliento.*¹³¹

¡Estar bajo el agua! ¡Ser un buzo! Imposible expresar mejor la experiencia profunda del *coger*. En el agua nacimos y al agua queremos volver.

¹³¹ Dumas, Alejandro “La dama de las camelias”

Y de este inagotable deseo nace, también el placer estético que nos provoca mirar, con palabras de Homero, el *Polyphloisboio thalasses*, el mar de muchas olas...

X

Se torna ahora comprensible la “tediosa monotonía” con que se repite el deseo incestuoso hacia la madre en el psicoanálisis de los pacientes varones. Éste no significa otra cosa que el propósito de volver a su vientre. Por esta razón uno de los insultos más tremendos que se regalan los hombres: “¡*Andá a la concha de tu madre!*”, se nos descubre ahora como muy ambiguo. ¡Porque allí es, precisamente, adonde todo hombre quiere retornar desde el momento mismo de nacer!

La *concha* es el inevitable pórtico que hay que cruzar en la senda del regreso. La terrible ofensa oculta, pues, una cortesía. El agravio enmascara un gesto cordial.

Éste es el motivo por el que *coger* es una alucinante palabra tabú. *Coger* significa siempre *ab imis*, en su más honda raíz, *coger* a la madre. Esto es, volver a su seno. En esto consiste el universal deseo de Edipo. Y por lo tanto, su uso franco y espontáneo en la vida cotidiana amenazaría despertar entre padres e hijos a los “perros que duermen”.¹³²

La condena de la “mala” palabra *coger* se propone, de tal modo, sepultar el deseo incestuoso. Ésa es, en verdad, su vana pretensión. ¡Como si la amnesia pudiese alterar el pasado! Lo cierto es que el pasado está allí y para siempre. Es irrevocable. Sólo se puede reprimirlo; alejarlo de la conciencia. Pero la enfermedad es siempre el precio fatal de gesto tan arbitrario. La mala memoria es muy costosa. Schopenhauer, que en tantas cosas anticipó los descubrimientos del psicoanálisis, lo sabía bien: “La verdadera salud del espíritu no es otra cosa que la memoria perfecta del pasado”.¹³³ Y sólo las “malas” palabras, con su obscenidad, pueden evocar fielmente la historia joven de la pasión. Sólo ellas son capaces de ir en busca del tiempo perdido.

Por ello la vigencia del tabú de las palabras es siempre señal de neurosis en una sociedad, de malestar en la cultura. La salud no se compadece con la represión o la hipocresía. Más todavía, verdad y salud son aquí sinónimos. *Nosce te ipsum*, conocete a vos mismo, es la versión latina de la famosa advertencia inscrita en el frontón del templo de Delfos en la antigua Grecia. Y era ése, sin duda, un consejo sabio y enriquecedor, porque dar a las cosas su verdadero valor es, indiscutiblemente, la forma más inteligente y más alta de la virtud.

¹³² Freud, Sigmund “Análisis terminable e interminable”

¹³³ Schopenhauer, Arthur “El mundo como voluntad y representación”

IX. Elogio de la obscenidad

TABÚ

¿Tiene el psicoanálisis serias razones para condenar las relaciones incestuosas de madre e hijo? Y si es así, ¿cuáles son? No pueden ser evidentemente las razones que derivan de un simple tabú.

SIGMUND FREUD
(Carta a Marie Bonaparte,
30 de abril de 1932)

I

Ab uno disce omnes; con una sola conocemos todas las otras. A través de múltiples senderos todas las “malas” palabras nos llevan al mismo lugar. Todas, sin excepción, nos conducen a la infancia. Súbita o morosamente, pero con fatal seguridad. Lo que vale para una vale para todas: *teta, leche, chupar la teta y la pija, culo, cagar, mear, mierda, sorete, pedo, romper el culo, hacerse la paja, concha, coger...*

Las palabras obscenas poseen el privilegio de suscitar reminiscencias de angustias y placeres incestuosos. Y además reproducen siempre, únicamente, órganos adultos. Ése es un rasgo que las caracteriza.

Ésta es la razón por la que Voltaire nos impresionó fuertemente cuando leímos, en la sorprendente carta con que comenzamos nuestro itinerario obsceno, que le decía a su sobrina que su *pija* estaba enamorada de ella y que besaba, a más de eso, su *culo* gentil. Y es que el filósofo llevaba a cabo el incesto por partida doble. Lo evocaba en las palabras y mostraba que lo había consumado ya, además, en la persona.

Comprendemos ahora por qué la censura cae implacable ante estas temidas voces. Se debe al mismo motivo por el que nos estremecemos al oírlas.

Violamos un tabú. El más terrible y siniestro: el tabú del incesto.

La colisión entre el sentimiento incestuoso y la repulsa moral supone un fuerte golpe emotivo. Una verdadera situación traumática. Y todo trauma, como en los sueños, provoca alucinaciones. Ya sea físico, como un accidente automovilístico, o moral, como una terrible amenaza. Por ello las “malas” palabras son alucinantes. Y ése es un atributo distintivo. Son hijas del espanto, de la angustia moral, del horror al incesto. Es éste quien las hace abominables. El misterio, pues, se devela.

Juguemos con nuestra imaginación. Probemos, en nuestra fantasía, hablar obscenamente con nuestros padres. Auténticamente, sin escamotear afectos. Mirándolos a los ojos... ¡Sería imposible!

Nos sentiríamos turbados, incómodos, ansiosos. Experimentaríamos lo mismo que si alguien les relatara, en nuestra presencia, un chiste brutalmente obsceno. Nos invadiría una vívida pero inquietante conciencia de nuestra naturaleza animal. De nuestros cuerpos y su sensualidad. Y, como Adán y Eva, descubriríamos que estamos desnudos...

Una antigua y silenciosa resolución se rompería, entonces, en pedazos. Un tácito acuerdo que se remonta a la más tierna infancia. Es allí cuando los padres, atentos y pacientes, enseñan a su curioso hijo las palabras con que nombrará al mundo: “Esto se llama gato...”; “Esto es un perro...”; “Una mesa...”; “Árbol...”

En su lento y amoroso magisterio incorporan a la mente del niño los rudimentos del idioma. Y al hacerlo no sólo promueven un diálogo incipiente, sino que estimulan, además su inteligencia. El pequeño al nombrar al mundo también podrá pensarlo.

Pero ¿qué padre o madre pone la misma tierna solicitud y diligencia en brindar a sus hijos los vocablos que describen el mundo del sexo? ¿Quién satisface la inquietud de su hijo al observar su libidinosa mirada inquisidora diciéndole: “Esto se llama pija...”; “Esto se llama concha...”

Evidentemente nadie.

Y nace entonces para el niño un mundo fracturado. Un universo de cosas con nombre, legítimo, oficial y otro innominado, ignorado, huérfano. Uno amparado por el diccionario de la lengua; el otro proscrito. Y es el silencio quien establece la frontera. Y ella quedará rígidamente establecida en el alma del pequeño porque éste comprende muy bien ese mensaje sin palabras. Lo que no se nombra es... ¡porque está prohibido!

No existe condena más grande que el silencio. Y de esta manera un paisaje íntegro de la realidad permanecerá a oscuras, inconsciente, para él. Y éste es un hecho que dejará hondas huellas en su alma. Sucede que en esta tradicional confabulación de silencio se establece la primera represión infantil ya que, ¡sólo somos conscientes de lo que podemos nombrar!

El mundo existe para nosotros sólo y en cuanto ha sido bautizado. Únicamente a través de la palabra reciben la plena luz de la conciencia los sentimientos y deseos que moran en el inconsciente. En esto consiste la verdadera magia del verbo. Al nombrarlas otorgamos vida a las cosas. Y en ello radica toda la eficacia del psicoanálisis. Brindamos al adulto, en el curso del tratamiento, las palabras que le birlaron sus padres. Esto es, las palabras obscenas. O, lo que es lo mismo, las palabras incestuosas. Las que luego serán las *malas palabras*...

El deseo incestuoso, durante el psicoanálisis, debe ser recordado y revivido con toda intensidad. Hay que hablar para vencer el tabú y hacerlo con acento genuino. Obscenenamente. Sólo así el instinto puede ser hecho consciente y aceptado. Un psicoanálisis que no supera el tabú del incesto no alcanza el puerto seguro de la salud.

Y ello es muy comprensible. El complejo de Edipo no es únicamente *kernkomplex*, el complejo nodular de “todas y cada una de las neurosis”,¹³⁴ sino que lo es, también, de muchas enfermedades orgánicas, como el infarto de miocardio, el asma, la úlcera, las inflamaciones reumáticas, la obesidad, las jaquecas, los vómitos, los antojos... Ellas no son, nos dice el psicoanalista español Ángel Garma (1904-1993) en *El psicoanálisis* (1978), más que elaboraciones especiales de la misma y arraigada pasión.

La importancia de darle palabras al deseo es, pues, verdaderamente imponderable.

¹³⁴ Freud, Sigmund “Esquema del psicoanálisis”

Pero, ¿cuál es el origen de este ominoso tabú?

La prohibición del incesto es universal. Rige tanto en sociedades primitivas como civilizadas. Pero sus razones no son, de ningún modo, tan serias como su rigor. De hecho no existen razones biológicas que la justifiquen. La procreación entre parientes próximos no es necesariamente perjudicial.¹³⁵ Por lo demás, el matrimonio entre madre e hijo es el único que se prohíbe en todas las culturas. Pero no sucede lo mismo con la unión entre padre e hija. Ramsés II (1300-1233 a.C.), el último de los grandes faraones egipcios, se casó no sólo con una, sino con varias de sus hijas.¹³⁶ Y en la actualidad esta relación incestuosa es permitida, por lo menos, entre los azande, un pueblo de África central.

Los placeres incestuosos han estado muy difundidos en el curso de la historia. No sólo los incas, en el antiguo Perú, eran partidarios del matrimonio entre hermanos. Entre las familias reales hawaianas esta boda era obligatoria. Y estas nupcias eran habituales en el antiguo Egipto. Tanto es así que se ha dicho, con razón, que el gobierno de los faraones se parecía al de Napoleón hasta en el incesto. El rey a menudo se casaba con su hermana. Y la costumbre estuvo en vigor durante miles de años. Es evidente que los egipcios no creían que el incesto degenerara el linaje...

El matrimonio entre hermanos, además, era común en el pueblo. En el s. II después de Cristo dos tercios de los ciudadanos de la provincia de Arsínoe todavía gozaban con esta profunda intimidad fraternal.

La *Biblia* misma, por otro lado, tampoco está exenta de estas lúbricas familiaridades. Desde el *Génesis*, XIX, 30-8, nos sorprende ya con el incesto del anciano Lot con sus bellas hijas. Envuelto en los vapores del vino, tal como lo vemos en el voluptuoso lienzo del pintor alemán Albrecht Altdorfer (1480-1538), *Lot y sus hijas* (1525), no trepida en unir la satisfacción del deseo incestuoso con la promiscuidad.

En la Edad Media los incestos eran numerosos¹³⁷ y actualmente distan mucho de ser un hecho extraordinario.¹³⁸ La psicoanalista francesa Marie Bonaparte (1882-1962), en su libro *La sexualité de la femme* (1953), menciona en este sentido la historia de tres chicas que fueron iniciadas exitosamente a la vida sexual por sus propios hermanos.¹³⁹

Pero lo más común en nuestra cultura es el incesto desplazado. Esta situación tiene lugar cuando no se satisface el deseo con la persona deseada sino con una parecida.

Existen así jóvenes que se unen en matrimonio con mujeres mucho más grandes que ellos. Y algunas de estas uniones son muy felices. Y también famosas. Tal es el caso del estadista inglés Benjamín Disraeli (1804-1881), Lord Beaconsfield, quien se casó con una mujer dieciséis años mayor.¹⁴⁰ Pero sin duda, los más corrientes son los matrimonios opuestos. Es decir, hombres que eligen como esposas a jóvenes que podrían tener o tienen la

¹³⁵ Linton, Ralph "Estudio del hombre"

¹³⁶ Durant, Will "Nuestra herencia oriental"

¹³⁷ Durant, Will "La edad de la fe"

¹³⁸ "Incesto: el último tabú", *Selecciones de Reader's Digest*, setiembre 1981

¹³⁹ Bonaparte, Marie "La sexualidad de la mujer"

¹⁴⁰ Freeman, Erika "Insights, Conversations with Theodor Reik"

edad de sus hijas. Uno de los casos más conocidos es el de Rubens, el célebre pintor flamenco.

Luego de fallecer su primera mujer, Isabel Brant, con quien tuvo tres hijos y que tenía catorce años menos que él, se casó nuevamente, cuatro años más tarde, con Elena Fourment. La chica le dio otros cinco hijos, y si bien no era su hija, sí lo era de su amigo de toda la vida... ¡Le llevaba treinta y siete años!

El gran artista había consumado el incesto por subrogación...

III

Los hechos mencionados han sido, sin duda, muy ilustrativos, pero no agotan nuestra curiosidad. Podemos aún profundizar la inquisición.

¿Por qué el tabú del incesto es tan riguroso con el deseo sexual del hijo hacia su madre? ¿Cuál es el motivo de esta regla sin excepciones? ¿Por qué, en ningún lugar, puede *coger* con ella?

La respuesta no puede consistir, evidentemente, en razones que deriven de un simple tabú. Sería un círculo vicioso. El tabú, obviamente, sólo sabe prohibir. No tiene argumentos. Es de su propia índole que exista de por sí. Y es que las prohibiciones más poderosas que ha instituido la humanidad son las más difíciles de justificar. Sus orígenes se pierden en un pasado inmemorial. La cuestión del incesto, decía Freud, es exactamente la misma que la del canibalismo:

En la vida moderna hay, por supuesto, razones reales contra el acto de matar a un hombre y devorarlo, pero ninguna razón para no comer carne humana.

141

Evidentemente no es el tabú, sino la razón enriquecida por la experiencia la que puede darnos una respuesta confiable. Acudamos, pues, a ella.

Hemos visto que, en realidad, no todas las relaciones incestuosas son prohibidas con igual rigor. Y éste es un hecho interesante que nos abre la posibilidad de analizar el tabú desde una nueva perspectiva. Si lo considerásemos por sus consecuencias es posible que lográsemos avanzar unos pasos más hacia la solución del enigma. Y ello es muy razonable. Si existiese alguna persona beneficiada por la prohibición no sería para nada exagerado deducir que es ella quien lo ha establecido. Y, en verdad, averiguarlo no es difícil.

Si la relación sexual entre hijo y madre es la única universalmente condenada y en cambio es tolerada aún en algunos lugares la unión del padre con la hija, resulta ser que el único excluido es el hijo, y el padre el auténtico privilegiado.

Siendo así no es aventurado afirmar que, siendo suyos los beneficios de la prohibición, suya ha de ser también su autoría.

El tabú ha nacido, sin duda, por voluntad del padre, ya que es él quien lo usufructúa. Y en realidad es un hecho que no debe extrañarnos, ya que durante nuestro estudio lo hemos conocido bien. Es el padre feroz de la horda humana primitiva. La suprema prohibición se debe a sus bárbaras maneras.

Era un macho celoso y brutal para quien sus hijos constituían peligrosos rivales. Todas las hembras eran suyas. No es difícil comprender, entonces, la

¹⁴¹ Jones, Ernest "Vida y obra de Sigmund Freud"

singular excepción que estableciera el tabú. ¡Quien dicta la ley cuida de sus derechos!

Las mujeres constituían la propiedad más valiosa de aquel hombre terrible. Todas eran para él. Tan grande y temido fue su poder que dejó huellas muy hondas en el alma de sus descendientes. Rastros de ese avasallante dominio lo hallamos todavía en tiempos históricos recientes. El *jus primae noctis* del antiguo derecho anglosajón, o el privilegio del señor feudal de desflorar a sus siervas el día de su casamiento, eran, por ejemplo, un vestigio de aquella potestad omnímoda.¹⁴²

La universal prohibición impuesta al hijo de *coger* a su madre ha sido legislada, pues, por aquel fiero padre protohistórico. Él estableció el terrible tabú. Y desde entonces, generación tras generación, el hijo, ya padre, prohíbe a su progenie lo mismo que le prohibieron a él. Así ha sido desde siempre. Es el mecánico automatismo con que los seres humanos transmitimos y cultivamos, solemnemente, nuestros más hondos prejuicios...

En esta triunfante pretensión patriarcal descansa el tabú.

Esta imposición, sin embargo, no es siempre pacífica. Muchas veces trae serias consecuencias. El parricidio, el asesinato del padre, es la más grave. Por eso no tienen razón quienes, como Diderot, al expresar la diferencia entre el mundo primitivo y el civilizado, afirman que

*si el pequeño salvaje quedara abandonada a sí mismo, conservara toda su imbecilidad y reuniera a la escasa razón del niño en la cuna la violencia de las pasiones de un hombre de treinta años, estrangularía a su padre y se acostaría con su madre.*¹⁴³

Esta idea, muy difundida, no es sino una confusión generada por el propio tabú. Y constituye un serio error. El asesinato del padre nunca es una consecuencia del deseo incestuoso sino, por el contrario, de su prohibición.

El filicidio, esto es, el maltrato, la intimidación o la matanza de los hijos, como lo ha demostrado el psicoanalista argentino Arnaldo Rascovsky (1907-1995), en *El filicidio* (1973), precede siempre al parricidio. Y la prohibición del incesto es su forma primordial.

El hijo amado por sus padres y no sometido por ellos al tabú experimentará confiadamente el deseo erótico hacia su madre y no agredirá a su padre. La natural rivalidad filial es, en estos casos, templada por el amor. Edipo cogió con Yocasta, su madre, y mató a Layo, su padre, es cierto. Pero ambos, previamente, habían querido asesinarlo.

El hijo, a pesar de su competencia amorosa por la madre, no ataca nunca al padre bondadoso. Es sólo la prohibición incestuosa, que le impone su progenitor, la que exaspera en él el deseo de venganza. No es el amor hacia la madre sino el odio hacia el padre el que conduce siempre a la tragedia.

Los hechos son muy distintos, en cambio, cuando los padres hablan obscenamente y le ponen nombres al incesto. Y es que de esa manera autorizan el deseo. Es el único modo de superar, genuinamente, el tabú. Y es, además, la única actitud bienhechora hacia el hijo, ya que cuando el pequeño

¹⁴² Rank, Otto y Sachs, Hans "The Significance of Psychoanalysis for the Mental Sciences"

¹⁴³ Freud, Sigmund "Esquema del psicoanálisis"

puede hablar de su deseo incestuoso deja de ser esclavo de él. Éste es el inestimable beneficio que brinda hacer consciente lo inconsciente. El pensamiento consciente permite un dominio más alto de los impulsos sometidos a él. Ésa es la base de la terapia psicoanalítica. Cuando hablamos de los instintos, dice Freud, no los hacemos desaparecer, lo que sería “imposible y por otra parte no sería de desear”, sino que lo que logramos es “una sumisión del instinto”.¹⁴⁴ Es decir que sólo hablando de la sexualidad es como podemos controlarla. El psicoanálisis, de este modo, al hacer consciente lo inconsciente utilizando ampliamente el lenguaje obsceno, cumple así con el ideal moral de la filosofía sencilla y sincera de Aristipo de Cirene (360 a.C.), el pensador griego (Digo. L. II. 75), quien sostenía que:

*Poseo pero no soy poseído; pues el dominar los placeres y no dejarse dominar por ellos es cosa óptima, y no el abstenerse de ellos.*¹⁴⁵

IV

Freud reveló, espléndidamente, su arte interpretativo al mundo en el famoso análisis de la fobia de un niño de cinco años. El mismo es conocido como el caso de Juanito. El pequeño paciente fue analizado en 1908. Constituyó el primer psicoanálisis realizado a un niño y, curiosamente, fue hecho por... ¡correspondencia! El padre, admirador de Freud, condujo el tratamiento bajo el asesoramiento epistolar del creador del psicoanálisis.

Juanito padecía de terror a los caballos. Y la fobia llegó, en un determinado momento, a impedirle, incluso, salir a la calle. El pequeño vivía, pues, virtualmente prisionero.

El síntoma era en realidad un desplazamiento: el caballo representaba al padre. Como deseaba intensamente a su madre, inconscientemente, le temía. Era su rival.

Freud lo vio personalmente sólo una vez. Y en esa entrevista su intervención fue brillante y profunda:

*Luego comencé a explicarle que le tenía miedo a su padre precisamente por lo mucho que él quería a su madre. Creía, sin duda, que el padre le tomaba a mal aquel cariño, y eso no era verdad; su padre lo quería también mucho, y él podía confesarle sin miedo todas sus cosas. Mucho antes de que él viniera al mundo sabía yo que iba a nacer un pequeño Juanito que querría mucho a su madre, y por ello mismo le tendría miedo a su padre, y se lo había dicho así a este último.*¹⁴⁶

Freud no le dijo a Juanito que debía renunciar a sus deseos. Por el contrario. Le aseguró que su padre los conocía y... ¡aceptaba el incesto! No condenó el instinto sino que demolió la conciencia moral. Lo primero hubiera sido una admonición que habría dejado incólume el tabú; lo segundo constituyó una auténtica liberación del mismo. A partir de esta consulta el estado psíquico del niño evolucionó hasta su cura total.

¹⁴⁴ Freud, Sigmund “Análisis terminable e interminable”

¹⁴⁵ Mondolfo, Rodolfo “El pensamiento antiguo”

¹⁴⁶ Freud, Sigmund “Análisis de la fobia de un niño de cinco años”

D. H. Lawrence, una de las figuras más notables de la narrativa inglesa contemporánea, acusaba a Freud de fomentar la violación del tabú del incesto.¹⁴⁷ La imputación era desafortunada y, sin duda, gratuita. El paciente psicoanalítico no consuma el incesto, como no lo hizo Juanito, pero lo que sucede, en cambio, es que habla sobre él. Y lo hace *sans peur et sans reproche*, sin miedo y sin reproche. Piensa en el incesto y lo hace hasta sus últimos extremos, esto es, obscenamente. Y de este modo, como enseña Freud, al vencer el hombre “el horror a la idea del incesto con la madre o la hermana”,¹⁴⁸ y la mujer con su padre o hermano, le devolvemos la salud.

¹⁴⁷ Rieff, Phillip “Freud: la mente de un moralista”

¹⁴⁸ Freud, Sigmund “Sobre una degradación general de la vida erótica”

Sigo siendo un liberal de viejo cuño.

SIGMUND FREUD
(Carta a Arnold Zweig,
26 de noviembre de 1930)

I

Los juristas gustan de enseñar que el derecho penal ha evolucionado desde las prohibiciones tabú, pasando por las venganzas colectivas como la *faida* de los antiguos germanos, la ley del talión, “ojo por ojo, diente por diente”, la compensación de ofensas mediante un sistema de pagos, hasta llegar, finalmente, a las formas racionales de los códigos civilizados.¹⁴⁹ Para ellos, por lo tanto, el tabú no alimenta ya la vida jurídica, y su estudio corresponde, únicamente, a la historia del derecho.

Esta interpretación del desarrollo del derecho criminal es, sin duda, optimista. Pero también exagerada. Y luego de nuestro estudio, además, insostenible. La condena legal de las “malas” palabras constituye su refutación rigurosa. Es evidente que el pensamiento primitivo está muy arraigado aún en nuestro ser y que “nuestras semejanzas con el salvaje son todavía mucho más numerosas que nuestras diferencias”.¹⁵⁰ ¡El tabú sobrevive aún, lozanamente, en el código penal!

Freud lo sabía muy bien:

*De todas las creencias erróneas y supersticiosas de la humanidad, que se supone que han sido superadas, no existe ninguna cuyos residuos no se hallen hoy entre nosotros, en los estratos más bajos de los pueblos civilizados o en las capas superiores de la sociedad culta. Lo que una vez ha llegado a estar vivo se aferra tenazmente a conservar su existencia.*¹⁵¹

Y el tabú de las palabras es un ejemplo.

Las “malas” palabras aguardan aún su libertad para ocupar su lugar en el vocabulario legítimo de la vida cotidiana. Y sin malicia. Sólo así perderán su carácter traumático y alucinatorio y recuperarán su inocencia. Y no serán más ni “buenas” ni “malas”, sino simplemente palabras. La palabra no tendrá ya entonces magia, porque toda magia es hija del espanto, y se disolverá, además, su grosera naturaleza material para volver a ser sólo el nombre de las cosas.

Las voces obscenas deben disfrutar, pues, de plena libertad en el lenguaje hablado y escrito de colegios y universidades; en la radio, los periódicos y la televisión. Y deben incorporarse, también, a los ascéticos diccionarios de las taciturnas academias del idioma.

Y es que liberando el lenguaje liberamos también el alma. Sólo así podrá el hombre zafarse de la cruel y arcaica coacción psíquica del tabú, recobrar su independencia moral y ampliar con ella, además, su inteligencia.

¹⁴⁹ Soler, Sebastián “Derecho penal argentino”

¹⁵⁰ Frazer, James “La rama dorada”

¹⁵¹ Freud, Sigmund “Análisis terminable e interminable”

La condena de las “malas” palabras constituye una reliquia de nuestro pasado ancestral que lleva en sí las huellas de las terribles prohibiciones que le dieron origen. Es, propiamente, una pieza arqueológica en nuestro mundo civilizado. Es necesario, por lo tanto, superar esta inercia moral. Nuestra salud mental y psíquica lo exige. El lenguaje obsceno no deber ser ya más perseguido, atávicamente, por la ley y, por el contrario, debe ser objeto de tutela.

El ser humano tiene derecho a la obscenidad porque tiene derecho a pensar, sentir y expresar francamente sus emociones eróticas; porque tiene derecho a gozar lujuriosamente de la pasión amorosa; porque tiene derecho a su integridad mental y física evocando, fielmente, sus fantasías y recuerdos incestuosos; porque tiene derecho a desarrollar su inteligencia sin censuras... Los descubrimientos del psicoanálisis no dejan dudas sobre la legitimidad de esta exigencia. Y no admiten tampoco excusas.

Y esta pretensión constituye una alta demanda moral, porque en el lenguaje obsceno se revela la esencia misma de nuestro ser, la *ipsa hominis essentia*. Con él se expresa en su forma más pura y transparente, sin velos y sin pudores, el misterio y eterno instinto que existe desde el origen de la vida, porque es la vida misma que nos brinda con el prodigio de los hijos, el don de la inmortalidad, y que hace que el hombre en el éxtasis de su pasión encuentre reposo a su inquietud, se descubra, como nunca, a sí mismo, y reciba en el voluptuoso mensaje de sus entrañas la arrobadora certeza de cumplir con su destino.